



2014

Boletín Oficial del Obispado de Salamanca



Diócesis de Salamanca

2014

Boletín Oficial del Obispado de Salamanca

BOLETÍN OFICIAL
DEL OBISPADO
DE SALAMANCA



2014

Depósito Legal: S. 21-1958

Imprenta KADMOS

Salamanca 2014

Sumario

Págs.

Obispo

DECRETOS	Año Jubilar Teresiano en España	5
	Convocatoria de Elecciones para el Consejo Presbiteral.....	7
	Constitución del Nuevo Consejo Presbiteral en la Diócesis de Salamanca	8
HOMILIAS	Solemnidad de Santa María, Madre de Dios	11
	Epifanía	16
	Bautismo de Jesús	19
	San Juan de Ávila	24
	IV Centenario de la Beatificación de Teresa de Jesús.....	29
	Domingo de Ramos	34
	Misa Crismal.....	38
	Aniversario de la Fundación de la Congregación de Hermanas del Amor de Dios.....	43
	Fiesta de la Dedicación de la Catedral	49
	Fiesta de la Virgen de la Vega	52
	Retiro sacerdotal de la semana de pastoral.....	58
	Comienzo del curso pastoral	64

	Eucaristía de Acción de Gracias por la Beatificación de Mons. Álvaro del Portillo.....	70
	Novena de Santa Teresa de Jesús.....	75
	Celebración de Vísperas en la Apertura del V Centenario del Nacimiento de Santa Teresa de Jesús.....	81
	Apertura del V Centenario del Nacimiento de Santa Teresa de Jesús.....	84
	Preparación de la Asamblea Diocesana.....	90
	Inmaculada.....	96
	Navidad (Misa de Medianoche).....	101
	Navidad (Misa del día).....	105
Curia Diocesana		
	CANCELLERÍA-SECRETARÍA	
	Nombramientos.....	109
	Ordenaciones.....	120
	Sacerdotes fallecidos.....	120
Conferencia Episcopal Española		
	Defender la vida humana es tarea de todos.....	121
Santa Sede		
	Benedictus PP XVI (litterae decretales).....	123
	«Motu Proprio». <i>Fidelis dispensator et prudens</i>	126
Noticias		
	Bodas de oro Sacerdotales.....	129
	Bodas de plata Sacerdotales.....	129
	Declaraciones a favor de la Iglesia.....	129
	La persecución a los cristianos aumentó en 2014	130

Obispo

DECRETOS

Año Jubilar Teresiano en España

Con motivo del V Centenario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús, ocurrido en Ávila el día 28 de marzo de 1515, y del IV Centenario de su Beatificación, que tuvo lugar el día 24 de abril de 1614, el Papa Francisco, a través de un Decreto de la Penitenciaría Apostólica, fechado el día 24 de abril de 2014, ha concedido a todas las diócesis de España un Año Jubilar Teresiano, desde el día 15 de octubre de 2014 al 15 de octubre de 2015, con las siguientes determinaciones:

1. Se concede la gracia de la indulgencia plenaria a los fieles verdaderamente arrepentidos, con las condiciones acostumbradas: confesión sacramental, Comunión Eucarística y oración por las intenciones del Romano Pontífice, que podrá lucrarse una vez al día y también podrán aplicar por las almas de los fieles todavía en el Purgatorio, si visitan en forma de peregrinación alguna catedral, templo o santuario jubilar y allí asisten a algún rito sagrado o, al menos, oran durante un tiempo suficiente ante alguna imagen de santa Teresa solemnemente expuesta, terminando con la oración del Padrenuestro, Credo, invocación a la Virgen María y a santa Teresa de Jesús.

2. Los devotos cristianos que estuvieran impedidos a causa de la ancianidad o por grave enfermedad, igualmente podrán lucrar la indulgencia plenaria si, arrepentidos de sus pecados y con propósito de realizar lo antes posible las tres acostumbradas condiciones, ante alguna pequeña imagen de santa Teresa de Jesús, se unieran espiritualmente a las celebraciones jubilares o peregrinaciones y rezan el Padrenuestro y el Credo en su casa o en el lugar donde permanezcan a causa de impedimento, ofreciendo los dolores y molestias de la propia vida.

3. Todos los fieles de España, si estuvieran en cama, también podrán alcanzar indulgencia parcial, incluso varias en un mismo día, cuantas veces con corazón contrito practicaran obras de misericordia, actos penitenciales o de evangelización propuestos por el obispo diocesano, invocando a santa Teresa de Jesús, que compensó su deseo de martirio con limosnas y otras buenas obras.

4. Finalmente, para poder acceder con más facilidad al divino perdón conforme a la autoridad sacramental de la Iglesia, en aras de la caridad pastoral, esta Penitenciaría ruega encarecidamente que los penitenciaros de las iglesias catedrales, los canónigos y clero, y además los Rectores de los santuarios se dispongan con ánimo generoso a la celebración penitencial y administren la Sagrada Comunión a los enfermos.

En orden a hacer efectiva la consecución de la gracia de la Indulgencia jubilar en la Diócesis de Salamanca, es necesario concretar los lugares y otras condiciones que la Penitenciaría Apostólica ha dejado a la decisión de los obispos diocesanos.

En consecuencia, por este Decreto determinamos:

1. En la Diócesis de Salamanca, los fieles podrán alcanzar la gracia de la indulgencia plenaria en la Catedral y en los siguientes templos:

En la ciudad de Salamanca: Iglesias de las Parroquias de El Carmen, Santa Teresa, Fátima y Santísima Trinidad. Iglesia del Convento de los Padres Carmelitas Descalzos, Iglesia del Convento de los Padres Carmelitas Calzados y las iglesias en las que se expone, de forma prolongada o perpetua, el Santísimo Sacramento para la Adoración de los fieles.

Fuera de la ciudad de Salamanca: Iglesias de los Monasterios de las Carmelitas Descalzas de Alba de Tormes, Cabrerizos, Peñaranda de Bracamonte, Ledesma, Mancera de Abajo y Cabrera. Iglesia del Monasterio de San José de las Batuecas y Santuario de la Virgen de la Peña de Francia.

2. Las religiosas de clausura no pertenecientes a la Orden del Carmen podrán alcanzar la gracia de la indulgencia plenaria en la Iglesia o capilla de su propio Monasterio, permaneciendo en adoración del Santísimo Sacramento expuesto de forma solemne en la custodia.

3. Los fieles que estuvieran en cama podrán alcanzar la gracia de la indulgencia parcial cuantas veces con corazón contrito practicaran obras de caridad en forma de limosna para los pobres, actos penitenciales de ofrecimiento de los sufrimientos de su enfermedad o actos evangelizadores de testimonio de su fe y de su confianza en Dios ante quienes conviven con ellos, los cuidan o los visitan, así como con la oración por el fruto espiritual del Año Jubilar Teresiano y de la Asamblea para la renovación misionera de la Diócesis de Salamanca.

Dado en Salamanca, el día 5 de octubre de 2014.

Convocatoria de Elecciones para el Consejo Presbiteral

Se ha terminado el plazo de cinco años para el que fue constituido, el día 24 de febrero de 2009, el Consejo Presbiteral Diocesano, que celebró su primera sesión el día 23 de marzo de 2009.

En consecuencia, hay que proceder a la renovación de los miembros del Consejo Presbiteral y, por el presente Decreto, ordeno que se proceda a la designación de los miembros elegidos del Consejo, en la proporción que determina el artículo 10, letra b) y según el procedimiento establecido en el artículo 13 de los Estatutos del Consejo Presbiteral. Para ello:

- Los arciprestes convocarán todos los párrocós –y vicarios parroquiales del arciprestazgo– para elegir entre ellos un representante. Actuarán como escrutadores los dos sacerdotes de menor edad. El arcipreste comunicará el resultado al Secretario Canciller del Obispado.
- “Para los grupos de sacerdotes de la enseñanza, capellanes, religiosos, jubilados y delegados diocesanos la mesa electoral será presidida por el Vicario General y el Secretario Canciller del Obispado, que enviará la convocatoria y levantará acta de la sesión. Serán escrutadores los dos sacerdotes más jóvenes del grupo. A los religiosos se les dirigirá la convocatoria a través del Superior de la casa respectiva”. (Estatutos, art. 13). El grupo de los religiosos elegirá dos representantes; cada uno de los restantes elegirá uno. Si los electores del grupo de la enseñanza son menos de seis, se integrarán en el grupo de los capellanes. Los sacerdotes sin cargo parroquial, que pertenezcan a más de un grupo de electores, comunicarán al Secretario Canciller del Obispado en qué grupo desean votar. Los sacerdotes del grupo de los Delegados Diocesanos tienen derecho a voto en este grupo, aunque tengan voto también en otro grupo de electores.
- Las elecciones se realizarán antes del día 10 de mayo y de acuerdo con el c.119.

Dado en Salamanca, el día 7 de abril de 2014.

Constitución del Nuevo Consejo Presbiteral en la Diócesis de Salamanca

Recibida la comunicación oficial de los miembros elegidos para el Consejo Presbiteral, en conformidad con la convocatoria de elecciones ordenada el día 7 de abril de 2014, estos son los nuevos miembros del Consejo Presbiteral en la Diócesis de Salamanca, que estará integrado durante cinco años por los siguientes presbíteros:

Miembros natos:

Florentino Gutiérrez, Vicario General
Tomás Durán, Vicario de Pastoral
Casimiro Muñoz, Vicario Judicial
José Vicente Gómez, Rector del Seminario
Jesús Terradillos, Presidente del Cabildo de la Catedral

Miembros elegidos:

Fernando García Herrero, Jesús Jiménez, Joaquín Tapia, José Luis Sánchez Moyano, Francisco Javier García Santos, Andrés Pinto Barbero, Miguel Martín Yuste, Javier Alonso Talegón, Manuel Muiños, Andrés González Buenadicha, Anastasio Fariza, Isidoro Crespo.

Miembros de libre designación episcopal:

Policarpo Díaz, Delegado de Pastoral Universitaria.
Juan José Calles, Delegado de Pastoral Familiar.
Emilio Vicente de Paz, Delegado de Liturgia.
Ricardo de Luis Carballada, Prior de San Esteban.
Eusebio Gómez Navarro, Prior de los Carmelitas Descalzos.
Fructuoso Mangas.

Dado en Salamanca, el día 22 de mayo de 2014.

HOMILÍAS

Solemnidad de Santa María, Madre de Dios

En la Navidad hemos celebrado el nacimiento del Hijo de Dios y hoy celebramos a la Madre que le dio a luz. La Virgen María es la Madre de Dios porque el niño Jesús fue concebido en su vientre por obra del Espíritu Santo y es el Hijo de Dios. Así se lo había anunciado a María el ángel Gabriel: *“El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo de cubrirá con su sombra; concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. El Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios”* (Lc 1, 31. 35).

El apóstol Pablo nos ha enseñado en la carta a los Gálatas (4, 4-7) que el hecho de la maternidad virginal de María aconteció *“cuando se cumplió el tiempo”*, *“cuando llegó la plenitud del tiempo”* (Gal 4, 4), es decir, en el momento de la historia humana libremente **elegido** por Dios para dar a conocer a todos el misterio de Cristo, en quien fueron creadas todas las cosas y por medio de quien todas han sido con Dios reconciliadas (cf. Col 1, 16-20). *“Llevado de su amor –leemos en la carta a los Efesios– (Dios) nos destinó de antemano, conforme al beneplácito de su voluntad, a ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, para que la gracia que derramó sobre nosotros, por medio de su Hijo querido, se convierta en un himno de alabanza a su gloria”* (Ef 1, 4-6). Y la misma carta continúa diciendo: *“(Dios) nos ha dado a conocer sus planes más secretos, los que había decidido realizar en*

Cristo, llevando la historia a su plenitud al constituir a Cristo en cabeza de todas las cosas, las del cielo y las de la tierra” (Ef 1, 9-10).

En este último texto se ha señalado que la historia humana alcanza su plenitud en el tiempo de la vida y glorificación de Cristo. En efecto, la historia de la humanidad ha alcanzado su momento de plenitud cuando el Hijo de Dios hecho hombre nos ha llevado a la plena conciencia y reconocimiento de que somos hijos de Dios, herederos de los bienes de su reino y autorizados para clamar a Dios con confianza ¡Abba! ¡Padre! Reconocer este lugar central que Dios ha asignado al hombre en el mundo es signo de la plenitud del tiempo.

Hoy iniciamos el año 2014 de la era cristiana, invocando la bendición prometida por Dios en la primera lectura de hoy. En efecto, el breve texto del libro de los Números nos ha recordado la fórmula entregada por Dios a los sacerdotes para bendecir en su nombre a los israelitas, con el compromiso garantizado de su eficacia. Esta es la oración de bendición: *“El Señor te bendiga y te proteja; el Señor ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor; el Señor se fije en ti y te conceda la paz”* (Num 6, 24-26).

Dios ha cumplido ya su compromiso; y ha llevado a plenitud su bendición sobre los miembros de su pueblo al mostrarles visiblemente su rostro en Jesús, que es la imagen perfecta del rostro invisible de Dios. Así nos lo recuerda la carta a los Hebreos, cuando afirma que Dios *“nos ha hablado por el Hijo”*, el cual *“es reflejo de su gloria”* (Heb 1,3). Por ello, hoy presentamos nuestra súplica de bendición con estas palabras: Que el Señor Jesucristo nos bendiga y nos proteja en el nuevo año; que nos conceda la gracia de conocer su rostro y de reflejarlo día a día en nuestra propia vida; que abra nuestros ojos para reconocer su imagen en todos los hermanos; que se fije con amor en nosotros y nos conceda su luz, su salvación y su paz.

La fiesta de Santa María, Madre de Dios, nos invita a centrar especialmente nuestra atención en esta afirmación de la carta a los Gálatas: *“nacido de una mujer... para que recibiéramos el ser hijos por adopción”*. En esta frase se comienza a acentuar que María es la madre del Hijo de Dios en función de la misión de Jesús en favor de todos los

hombres: para que cuantos reconocen la gloria del Hijo único del Padre reciban el poder para ser hijos de Dios (cf Jn 1, 12). Es decir, ser la Madre del *“Hijo único de Dios, que es Dios y está en el seno del Padre”* (Jn 1, 18), es ser la Madre de Dios y de todos los que recibimos por la fe en el Hijo único el poder de ser hijos de Dios por adopción.

La adopción como hijos de Dios no se realiza por un trámite legal, consignado en un documento, sino por el don del Espíritu. Así lo afirma explícitamente el texto de la carta a los Gálatas: *“Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abba! Padre. Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios”* (4, 6-7). El envío del Espíritu a nuestros corazones da origen a nuestra condición de hijos y es la prueba de que somos hijos de Dios, a la vez que es la garantía de nuestro derecho a participar en la herencia del Hijo único.

Una parte de esta herencia que el Hijo nos ha dejado es María, su Madre virginal, confiada a nosotros como Madre espiritual. Esta herencia se ha transmitido también como obra del Espíritu Santo. María concibió al Hijo único de Dios por obra del Espíritu Santo y es madre de los que vivimos en Cristo por el don de su Espíritu. Es decir, el Espíritu Santo nos hace hijos de María al hacernos participar de la vida de su hijo Jesús. Por ello, la maternidad de María respecto de Jesús es el modelo para comprender su maternidad respecto de nosotros. Y Jesús es el modelo de nuestra forma de ser hijos de Dios e hijos de María.

De María tomó el Hijo de Dios su carne y su sangre. Pero lo decisivo no es nacer de carne y de sangre, ni de amor mundano, sino de Dios (cf Jn 1, 13). Y Jesús declaró dichosa a su madre no por haberle tenido en su seno y haberle alimentado con su pecho, sino por haber escuchado la Palabra de Dios y haberla puesto en práctica (Lc 11, 27-28). Pues la maternidad de María tiene como fin el nacimiento de la verdadera familia de Jesús, que está constituida por los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica; éstos son la madre y los hermanos de Jesús (Lc 8, 19-21).

La lectura evangélica nos ha conducido una vez más al pesebre de Belén. Allí se encuentra el niño recién nacido: hijo de María porque lo ha dado a luz e hijo de José según la ley (cf. Gal 4, 7); un hijo que, sin embargo, sólo Dios podía darnos al ser concebido en virtud de la acción del Espíritu Santo (cf. Lc 1, 35).

El anuncio del nacimiento del Mesías hecho por los ángeles a los pastores (cf. Lc 2, 8-15) ha iluminado sus corazones por completo; la palabra que proclamaba el cumplimiento de la promesa dirigida a los hijos de Israel los ha movido a correr hacia el lugar del nacimiento, donde encuentran todo tal como se lo había indicado la palabra del ángel: “María, José y el Niño, acostado en el pesebre”. Y ese niño, acostado entre pajas y envuelto en pañales, que expresan su pequeñez, su impotencia, su condición plenamente humana, es reconocido por los pastores como el Mesías ya nacido en el seno del resto de Israel, aquella porción de hombres y mujeres humildes y pobres que esperaban sólo al Señor (cf. Sof 3, 12-13). Y todos los que han contemplado la escena se convierten inmediatamente en testigos y comienzan a narrar la novedad de aquel nacimiento a cuantos encuentran, transmitiendo también, junto con la buena noticia, su admiración y su alegría por la acción cumplida por Dios de una manera tan escondida y humilde, a la vez que tan evidente a los ojos de la fe.

María, por su parte, ve, escucha, medita y da vueltas en su corazón a estos acontecimientos, y llega a encontrar en la inesperada venida de los pastores la confirmación de lo que se le había anunciado por el ángel a propósito de su hijo.

El Niño nacido es un primogénito (cf. Lc 2, 7), un hebreo hijo del pueblo santo, y como tal llevará en su carne la señal de la alianza con Dios, la circuncisión (cf. Gn 17). Junto con esta señal recibe un nombre que indica la total pertenencia de ese hijo a Dios y el contenido de su misión. Ese nombre es Jesús, que significa “el Señor salva”, o sea, el Salvador. En el momento de recibir ese nombre, Jesús derrama sangre, del mismo modo que en la cruz, al derramar nuevamente su sangre hasta la muerte, recibirá de Dios el nombre de Kyrios, Señor. Y María, que hoy se nos muestra como la madre de Jesús, será reconocida también

como Madre de Jesús hombre y Dios, como Madre de Dios y madre adoptiva de los hijos de Dios.

La Navidad es el anuncio de la paz a todos los hombres a los que Dios ama; es la fiesta de la fraternidad universal de los hijos de Dios. A este significado de la Navidad ha respondido el Papa Francisco con su Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz sobre “la fraternidad, fundamento y camino para la paz”.

La fraternidad entre los hombres nace del reconocimiento de la paternidad de Dios, según la expresión de Jesús: “*Uno sólo es vuestro Padre, el del cielo,*” ...”y todos vosotros sois hermanos” (Mt 23, 8-). Y la fraternidad es el fundamento principal del respeto de los derechos humanos, de la solidaridad, del compromiso para vencer la pobreza, de la justa ordenación del sistema económico, de la lucha contra la guerra, la corrupción y el crimen organizado, del respeto al destino universal de los bienes y al equilibrio de la naturaleza.

El Papa concluye su Mensaje diciendo: “La fraternidad tiene necesidad de ser descubierta, amada, experimentada, anunciada y testimoniada. Pero sólo el amor que viene de Dios nos permite acoger y vivir plenamente la fraternidad. El necesario realismo de la política y de la economía no puede reducirse a un tecnicismo privado de ideales, que ignora la dimensión trascendente del hombre. Cuando falta esta apertura a Dios, toda actividad humana se vuelve más pobre y las personas quedan reducidas a objetos de explotación. Sólo si pueden moverse en el amplio espacio asegurado por esta apertura a Aquel que ama a cada hombre y cada mujer, la política y la economía conseguirán estructurarse sobre la base de un auténtico espíritu de caridad fraterna y podrán ser instrumento eficaz de desarrollo humano integral y de paz... Que María, la Madre de Jesús, nos ayude a comprender y a vivir cada día la fraternidad que brota del corazón de su Hijo, para llevar la paz a todos los hombres de esta querida tierra nuestra”.

Epifanía

La liturgia de la Iglesia presenta a Jesús en la fiesta de la Epifanía como luz y salvación de todas las gentes.

Jesús ha venido al mundo en Belén por medio de María, la virgen de Nazaret, esposa de José; allí los pastores, que acudieron al recibir el anuncio del ángel, contemplaron “*un niño envuelto en pañales*”, “*acostado en el pesebre*” (Lc 2, 12.16). Jesús, el Salvador, el Cristo Señor, es ya una presencia en medio de su pueblo: es un descendiente de David, es el Mesías, al que le espera el título de rey de los judíos. Pero Jesús es también aquel que realiza la promesa hecha a Abrahán de un descendiente en el que serían bendecidas todas las naciones de la tierra, toda la humanidad (cf. Gn 12, 1-3): desde su nacimiento Jesús es buscado y reconocido por los gentiles, cuya primicia son los magos venidos de oriente a adorarlo.

El significado teológico y espiritual de esta fiesta lo explica de forma sintética san Pablo en el texto de la carta a los Efesios. Se refiere el apóstol al progreso habido en la manifestación del “misterio” de Jesucristo, que no había sido manifestado a los hombres en otros tiempos y ahora se ha revelado a él y los demás apóstoles y profetas. El misterio consiste en esto: “*que también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la promesa en Jesucristo, por el Evangelio*” (Ef 3,6).

Pablo ha comprendido que el plan misterioso de Dios era precisamente ofrecer su revelación a todas las naciones, para introducir a todos los hombres en la comunión íntima con Él. Se trata de una sorprendente novedad: “*ya no hay distinción entre judío o no judío*” (Gal 3, 28).

La tradición de la Iglesia ha leído la historia de los Magos a la luz del salmo 72,10 y de Isaías 60,1-6, cuyos textos ha incluido la liturgia de hoy en la primera lectura y en el salmo responsorial.

El salmo 72 es un canto de homenaje al rey de Israel, para el que se invoca la gracia de la sabiduría de Dios que le haga capaz de regir al pueblo con justicia y rectitud; así florecerá la paz en sus días. Para este rey justo y pacífico se invoca el título de rey universal, ante el que

se postren todos los reyes y al que todos los pueblos le sirvan. Más en concreto se menciona el tributo que han de pagarle los reyes de Tarsis y de las islas y los reyes de Saba y de Arabia, es decir, los reyes de occidente y de oriente.

El texto de Isaías 60, 1-6 canta la gloria del Señor que amanece sobre Jerusalén y la llena de su luz, en medio de las tinieblas del mundo: *“¡Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti! Mira: las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad los pueblos... Y caminarán los pueblos a tu luz, los reyes al resplandor de tu aurora”*.

Todos los pueblos caminarán a la luz de Jerusalén y traerán hacia ella sus riquezas. Pero, a diferencia del salmo 72, Isaías se refiere solamente a los dones de incienso y oro que vendrán a ofrecerle desde Madián y Efá, y de Saba, en camellos y dromedarios. Así pues, Isaías se sólo refiere de forma explícita a los venidos de oriente. Y esta tradición es la que recoge Mateo en su relato de los Magos de Oriente, que se presentaron en Jerusalén preguntando por el recién nacido rey de los judíos.

Desde el Oriente, la tierra de los buscadores de Dios, algunos sabios, los Magos, vienen a Jerusalén, la ciudad santa de los judíos. Ellos no pertenecen a la descendencia de Abrahán, no conocen al Dios verdadero y vivo: por tanto, no son conducidos por la Palabra de Dios recogida en la Ley y en los Profetas. Pero su búsqueda de Dios, su lucha contra los ídolos, su pensar y escrutar la naturaleza, les da la posibilidad de una interpretación que los lleva a seguir la señal entrevista en la luz de una estrella. Todavía no saben que esa estrella señala hacia el Mesías (cf. Nm 24, 17); para ellos es suficiente que traza un camino, les abre un sentido.

A estos Magos les ha atraído el humilde nacimiento de aquel Niño en la campiña de Belén. Hasta allí acuden porque la encarnación del Hijo de Dios ha sido el modo elegido por Dios para unirse con cada hombre y con toda la humanidad. Además, al rey de Israel, al rey que ocupará el trono de David (cf. Lc 1, 32-33), le están esperando con ansia todas las gentes. Aquellos Sabios, para encontrarlo, deben subir a Jerusalén (cf. Is 60, 1-6) y escuchar las Escrituras que, custodiadas por el pueblo santo, contienen las promesas de Dios. A lo largo de los

siglos, la escena descrita por san Mateo ha sido interpretada, cantada y representada de múltiples maneras; y sin embargo, por encima de todas ellas se ha transmitido siempre este mensaje esencial: que la venida de los Magos a Belén es la respuesta de la humanidad al Dios que ha querido nacer entre nosotros para ser el Emmanuel, el “Dios con nosotros” (cf. Mt 1, 22-23; Is 7, 14).

El diálogo de los Magos con los representantes oficiales de la religión de Israel representa un encuentro frustrado entre la sabiduría humana y la revelación de Dios. Porque ante el nacimiento del Mesías nos encontramos con dos actitudes contrarias. Los sumos sacerdotes y escribas, encargados de interpretar las Escrituras, respondieron de acuerdo con la Palabra de Dios: el Mesías, el Rey de Israel nacerá en Belén (cf. Mi 5, 1); pero no la obedecieron ni aceptaron el cumplimiento de la profecía. Los Magos, en cambio, obedientes primero a su búsqueda de Dios y ahora también a la revelación contenida en las Escrituras, reemprendieron el camino y llegaron a la casa con inmensa alegría, guiados por la estrella; entraron en la casa y allí “*vieron al niño con María, su madre*”. También ellos, como los pastores, encuentran una sencilla realidad humana, que es experimentada en sus corazones como manifestación de Dios, que los llena de gozo y provoca su adoración: “*Y cayendo de rodillas lo adoraron; después, abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra*”.. Pero su encuentro con el Mesías no significó el fin de su búsqueda, ya que regresaron “por otro camino”, para continuar buscando la verdad de modo diferente.

El Niño nacido en Belén aparece hoy como un don de Dios a la humanidad, pero también como el esperado de todo el género humano, incluso de aquellos que no conocen la fe de los que creen en el Dios único. Sólo así la bendición puede alcanzar a todas las naciones (cf. Gal 3, 14), según la promesa hecha a Abrahán: “*En ti y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra*” (Gn 28, 14). En la descendencia de Abrahán se encuentra también el propio Jesús (cf. Mt 1, 1), el Mesías. Más aún, él es la “*esperanza del confín de la tierra*” (Sal 65, 6), capaz de atraer hacia sí a todos los hombres (cf. Jn 12, 32).

Esta epifanía, que a través de los sabios venidos de Oriente alcanza a los gentiles y paganos, no anula la primogenitura de Israel, el pueblo

al que pertenecen “*el don de la filiación adoptiva, la gloria, las alianzas, el don de la ley, el culto y las promesas; suyos son los patriarcas y de ellos procede el Cristo, según la carne*” (cf. Rom 9, 4-5). Pero esta epifanía pone en evidencia también que aquel niño es dado como bendición a toda la humanidad. La universalidad de la buena noticia del Evangelio es afirmada enseguida, ya desde el momento mismo del nacimiento de Jesús, y la contemplación de los Magos aparece como una profecía que se cumple en la historia de la Iglesia, cuando el evangelio alcanza a todas las gentes y a todas las culturas de los pueblos, en cuya búsqueda religiosa están presentes simientes de la palabra de Dios, soplos del Espíritu Santo. En las gentes de todas las culturas y tradiciones religiosas está presente desde la eternidad la imagen de Dios que nunca puede ser negada o anulada (cf. Gn 1, 26-27), pero necesita ser descubierta e interpretada a la luz de la manifestación de Jesucristo como “*imagen del Dios invisible*” (Col 1, 15).

La Epifanía es la memoria de que Jesús el Mesías, el Hijo de Dios e Hijo del hombre, está destinado a la humanidad y de que hombres de todas las razas y culturas han sabido reconocerlo, y han participado en la herencia de Abrahán. No olvidemos que ya no hay distinción entre judío o no judío (cf. Gal 3, 28), sino que todos los hombres de la tierra pueden encontrarse en él, “*fuera de Dios y sabiduría de Dios*” (1 Cor 1, 24), fuente de gozo y vida plena.

Pero la fiesta de la Epifanía constituye para nosotros también una amonestación. Los cristianos, ¿somos capaces de testimoniar la salvación definitiva traída por Dios en Jesucristo? Como los sumos sacerdotes y los escribas de Israel, podemos meditar asiduamente las Escrituras, incluso haber sido designados para ser sus intérpretes, y a pesar de eso continuar ciegos y desobedientes a la revelación de Dios. Podemos ser muy expertos en custodiar el tesoro de las Sagradas Escrituras y celosos de nuestras certezas de fe y, sin embargo, no reconocer la constante presencia y actuación de Dios en todas las circunstancias de nuestra vida diaria. Por ello, hoy pedimos que el Señor nos dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo, y que reconozcamos en el sacramento eucarístico su presencia viva y santificadora.

Bautismo de Jesús

Termina hoy, con la fiesta del Bautismo, el tiempo de las manifestaciones de Jesús: en la Navidad se manifestó a los pobres, representados por los pastores; en la Epifanía, a los Magos, en representación de todos los pueblos; hoy, al recibir de Juan el bautismo en el río Jordán, es manifestado por Dios como su Hijo amado, y es así acreditado como Mesías ante el pueblo de Israel para el inicio de su misión de anuncio de la llegada del Reino de Dios.

El bautismo es la primera ocasión en que Jesús, ya hombre maduro, entra en la escena pública. No se muestra como protagonista de gestos extraordinarios ni de una enseñanza, sino como hombre plenamente solidario con los pecadores. El camino emprendido por Jesús, ya desde el comienzo de su ministerio, se caracteriza por el abajamiento, la humildad, la misericordia para con los hombres; y de esta manera da a conocer el misterio de Dios (cf. Jn 1, 18).

Juan el Bautista comenzó su predicación con esta llamada: “*Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos*” (Mt 3, 2). A esta invitación se adhieren muchos judíos, los cuales, decididos en sus corazones a cambiar de mentalidad y a producir frutos de conversión, se hacen lavar por él en el río Jordán, para que se les perdonen los pecados (cf. Lc 3,3). Atraídos por su predicación, también los publicanos, es decir, los pecadores públicos, vinieron a bautizarse (cf. Lc 3, 12). Pues bien, en esta fila de pecadores que se dirigen a Juan confesando sus propios pecados está Jesús, plenamente solidario con los pecadores, confundido entre ellos.

Es inaudito el hecho de que Jesús, aquel que está sin pecado y viene de Dios, a quien Juan acaba de anunciar como “*más fuerte que yo*”, que “*os bautizará con Espíritu Santo y fuego*” (Mt 3,11), se presente en medio de los pecadores y se ponga entre ellos para ir a recibir un bautismo en orden a la remisión de los pecados: pero esto es exactamente lo que sucedió.

El hecho de que Jesús quiera hacerse bautizar causa la sorpresa del Bautista. Juan ha comprendido que Jesús es el “*Cordero de Dios*” sin mancha, dispuesto para ser ofrecido y, en consecuencia, no ve la necesidad del bautismo, que implica el arrepentimiento de los pecados, en su caso. De ahí que le diga: “*Soy yo el que necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?*” (Mt 3, 14).

Sin embargo, Jesús sabe que debe hacerse bautizar y le dice al Bautista: “*Déjalo ahora. Esta bien que así cumplamos toda justicia*” (Mt 3, 15). ¿Qué significa cumplir toda justicia? La justicia tiene en la Biblia un significado más amplio del que nosotros le damos en la forma ordinaria de hablar.

Pablo nos hace comprender que Dios es “justo” porque “justifica”, “hace justos” a los hombres que se confían a Él (cf. Rom 3,22-31 etc.). Jesús ha venido a propagar la justicia de Dios, que nos hace justos. Para propagarla, debe introducirse entre los pecadores y aceptar el tratamiento que ellos merecen. Jesús, inocente, debe sufrir en lugar de los pecadores en el plan de Dios, para hacerlos justos y cumplir así la justicia plena. Se trata de un misterio de amor, de solidaridad por amor. Jesús se solidariza con nosotros, pecadores, para abrirnos el camino de la justificación, de la santidad.

Y justamente en el momento en que Jesús sale de aquel agua cargada con los pecados de la humanidad, “*se abrieron los cielos y vio que el Espíritu Santo bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz de los cielos que decía: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco*” (Mt 3, 16-17). Así, mientras Jesús está en oración, es decir, a la escucha de la voz del Padre, se cumple el anuncio de Isaías, que hoy hemos proclamado: “*Sobre él he puesto mi espíritu*” (Is 42, 1); más aún, es como si Dios dijera a Jesús: “Te amo con un amor eterno porque ya de inmediato revelas mi rostro, mi misericordia para con los pecadores”. Era difícil pensar que Dios amara a los pecadores, mas para que no hubiera dudas al respecto, nos lo ha mostrado en el primer acto de la vida pública de Jesús. El Padre quería ver a Jesús entre los pecadores; y precisamente en este abajamiento quería manifestarlo lleno del Espíritu Santo. Así testimonia la voz del Padre que su justicia se ha realizado y ha llevado a su cumplimiento las profecías de la Escritura.

El texto de Isaías nos ayuda a comprender mejor el significado de las palabras que el Padre dirige a Jesús. “Este es mi Hijo querido, mi predilecto”. El Siervo de Dios que describe el profeta es también su elegido, en el que Dios se complace, y sobre el cual ha puesto su espíritu, para implantar el derecho y la justicia en la tierra y para abrir los ojos de los ciegos y dar la libertad a los cautivos. Y el texto de los Hechos de los Apóstoles sitúa la misión de Jesús en continuidad con la predicación del bautismo de Juan y la describe diciendo que Jesús de Nazaret “*ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, ... pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él*” (Hch 10, 38). De esta forma explícita también el testimonio del Padre sobre su Hijo amado.

En el acontecimiento del bautismo de Jesús se revela la unidad de la acción salvadora de la Santísima Trinidad: Jesús es el Hijo amado, en el que el Padre se complace. Y el Espíritu Santo viene sobre Él, para que pueda comunicarlo a todos los creyentes. De esta manera se manifiesta que el acontecimiento del bautismo de Jesús anticipa todo el sentido de su vida, misión y predicación, hasta la muerte. Jesús, al sumergirse en el agua para ser bautizado, manifiesta su intención de hacer frente a la muerte para vencer al pecado. Y al salir del agua, preanuncia la resurrección que seguirá a su pasión.

En el bautismo de Jesús encontramos, pues, el verdadero fundamento de su vocación y de su misión: el amor del Padre, atestiguado por el Espíritu Santo, desciende y permanece sobre él, habilitándolo para que ejerza el ministerio del Mesías profeta del tiempo definitivo, en el que Dios “*nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha realizado los siglos*” (Hebr 1, 2). Más aún, su bautismo es manifestación de fe y obediencia a la voluntad del Padre, que le lleva a gozar de una experiencia de amor paterno de Dios hacia él y de su amor filial al Padre.

La fiesta del Bautismo de Jesús es para nosotros también memoria de nuestro bautismo y, al mismo tiempo, de la voz de Dios dirigida a cada uno de nosotros: “Tú eres mi hijo”. Cada uno de nosotros es hijo de Dios, es causa de su complacencia, si reconociéndose pecador emprende el camino de conversión, de retorno a Él. Sobre cada uno de

nosotros desciende y reposa el Espíritu Santo si sabemos invocarlo y disponerlo todo para acogerlo. Así podemos sentirnos hijos de Dios, capaces de llamarle: “Abba, Padre querido” (cf. Mc 14, 36; Rom 8, 15; Gal 4, 6), y de vivir de las energías del Espíritu. Energías escondidas pero que no dejan de mostrarse eficaces en nuestra vida; energías más fuertes que el pecado y, como veremos un día, más fuertes incluso que la muerte.

La fiesta del bautismo de Jesús nos llama a la actualización de nuestro bautismo y a la renovación de una fe que nos haga capaces de descubrir en nuestra búsqueda diaria de Dios, la búsqueda que Él hace de nosotros; en el amor que nos damos unos a otros, el amor que Él nos tiene; y en nuestra solidaridad con los hombres, nuestros hermanos, su paternidad sobre cada uno de nosotros.

De la memoria del Bautismo de Jesús brota también una pregunta crucial para nosotros, sus discípulos: sumergidos en la muerte y resurrección de Cristo mediante el bautismo recibido (cf. Rom 6, 4-5), ¿estamos dispuestos a dar testimonio a todos del amor misericordioso de Dios? Si hemos experimentado el amor de Dios que nos salva, ¿cuánto esperamos para salir a anunciarlo?, ¿cuánto empeño ponemos en prepararnos? ¿Somos capaces de reconocer el propio pecado y aceptar que él lo perdone con su infinita misericordia, o sea, con su Espíritu Santo? Jesús ha iniciado su ministerio entre los pecadores para revelarnos esto, y después, a lo largo de toda su vida, ha ofrecido a todos los que encontraba el anuncio del perdón de los pecados; incluso lo ha dejado a sus discípulos como tarea fundamental: anunciar y ofrecer en su nombre a los hombres de todas las naciones el perdón de los pecados (cf. Lc 24, 47). Para esta misión entregó el Señor Resucitado el Espíritu Santo a los discípulos (cf. Jn 20, 22-23). El Espíritu Santo, recibido en el bautismo, nos hace hijos de Dios, nos llena de su amor y nos hace libres de todo temor. Así podemos vivir con paz y alegría en medio de los sufrimientos que lleva consigo el seguimiento del Señor y el testimonio del Evangelio.

San Juan de Ávila

Queridos hermanos en Cristo y en su Sacerdocio. En esta celebración tan gozosa de la fiesta de San Juan de Ávila, patrón de los sacerdotes, os saludo con especial afecto y alegría a los queridos hermanos que celebráis hoy los cincuenta y los veinticinco años de vuestra ordenación: Ángel Benito Martín, Antonio Romo Pedraz, Aureliano Martín Flores, Evaristo Martínez Alegría, Fernando Martínez Suárez, Francisco Delgado Hernández, Félix Hernández García, Joaquín Martín Martín, José Labajos Alonso, Manuel Hernández Clavero, Manuel Pombo Suárez, Miguel Ruano Vacas, Jesús Jiménez Benito y Luis Martín Figuero.

El Señor nos ha ungido en Cristo con “*aceite de júbilo*” (cf. Hb 1, 9; Sal 45, 8) y nos exhorta hoy a acoger y cuidar el gran don de la alegría sacerdotal que nos ha sido dado con el sacramento de la imposición de manos (cf. 1 Tim 4, 14). Hemos sido ungidos con óleo de alegría para ungir con óleo de alegría al pueblo fiel de Dios; para ser servidores de la alegría del Evangelio, que “*llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús*” (EvGa 1).

La alegría cristiana y sacerdotal tienen su fuente en el Amor del Padre: “*Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor... para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud*” (Jn 15, 9.11). El Señor desea que la alegría de este Amor “*esté en nosotros*” y “*sea plena*” especialmente en los sacerdotes. Él nos llena de gozo y aliento con su declaración de amistad: “*Vosotros sois mis amigos... soy yo quien os he elegido*” (Jn 15, 14.16).

Todos los presbíteros nos sentimos hoy gozosamente amados por Jesús, porque nos ha dado parte en su ministerio de lavar los pies de los discípulos (cf. Jn 13, 14-15), y nos ha entregado su Espíritu para continuar su misión y perdonar los pecados (cf. Jn 20, 21-23); porque con su poder nos ha enviado a anunciar el Evangelio, a bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28, 18-21) y a celebrar la eucaristía en memoria de él (cf. Lc 22,19; 1 Cor 11, 23-26). Y nos unimos hoy a la acción de gracias de quienes habéis mantenido

la fidelidad en el ministerio durante 50 y 25 años y, junto con vosotros, renovamos con gozosa gratitud nuestra acogida de su elección y llamada al ministerio sacerdotal. En comunión de amor con Jesucristo queremos renovar hoy de nuevo nuestra alegría misionera en el anuncio de su Evangelio, contemplado con amor y leído en el corazón.

El Papa Francisco nos ha mostrado tres rasgos significativos de la alegría sacerdotal: es una alegría que nos unge, es una alegría incorruptible y es una alegría misionera.

Una alegría que nos unge. Es decir: que penetró en lo íntimo de nuestro corazón, lo configuró y lo fortaleció sacramentalmente. Y así lo expresan los signos de la liturgia de la ordenación: la imposición de manos, la unción con el santo Crisma, el revestirse con los ornamentos sagrados, la participación en la primera consagración. La gracia se derrama íntegra, abundante y plena en cada sacerdote y le unge hasta los huesos. Y el eco de esa unción es la alegría, que brota desde dentro.

Una alegría incorruptible. El inmenso Don recibido es fuente incesante de alegría: una alegría incorruptible, que el Señor prometió, y que nadie nos podrá quitar (cf. Jn 16,22). Esta alegría puede estar ocasionalmente adormecida por el pecado o por las preocupaciones de la vida, pero, en el fondo, permanece como el rescoldo de un tronco encendido bajo las cenizas, y siempre puede ser renovada, según la recomendación de Pablo a Timoteo: “Te recuerdo que reavives el don de Dios que hay en ti por la imposición de mis manos” (cf. 2 Tm 1,6).

Una alegría misionera. La alegría del sacerdote está en íntima relación con el pueblo de Dios porque se trata de una alegría eminentemente misionera. La unción es para ungir al santo pueblo fiel de Dios: para bautizar y confirmar, para curar y consagrar, para bendecir, para consolar y evangelizar. Y como es una alegría que solo fluye cuando el pastor está en medio de su rebaño, también en el silencio de la oración, es una “alegría custodiada” por ese mismo rebaño. Incluso en los momentos de tristeza, en los que todo parece ensombrecerse y el vértigo del aislamiento nos seduce, esos momentos apáticos y aburridos que a veces nos sobrevienen en la vida sacerdotal, aun en esos momentos el pueblo de Dios es capaz de custodiar la alegría, es capaz de protegerla,

de abrazarte, de ayudarte a abrir el corazón y reencontrar una renovada alegría.

Esta alegría del pastor es custodiada también por tres hermanas que la rodean, la cuidan, la defienden: la pobreza, la fidelidad y la obediencia.

La alegría sacerdotal es una alegría que se hermana con la pobreza. El sacerdote es pobre en alegría meramente humana ¡ha renunciado a tanto! Y como es pobre, él, que da tantas cosas a los demás, la alegría tiene que pedírsela al Señor y al pueblo fiel de Dios. No se la tiene que procurar a sí mismo. Sabemos que nuestro pueblo es generosísimo en agradecer a los sacerdotes los mínimos gestos de bendición y de manera especial los sacramentos. Muchos, al hablar de crisis de identidad sacerdotal, no caen en la cuenta de que la identidad supone pertenencia. No hay identidad –y por tanto alegría de ser– sin pertenencia activa y comprometida al pueblo fiel de Dios (cf. EvGa 268). El sacerdote que pretende encontrar la identidad sacerdotal buceando en su interior quizá no encuentre otra cosa que señales que dicen “salida”: sal de ti mismo, sal en busca de Dios en la adoración, sal y dale a tu pueblo lo que te fue encomendado, que tu pueblo se encargará de hacerte sentir y gustar quién eres, cómo te llamas, cuál es tu identidad y te alegrará con el ciento por uno que el Señor prometió a sus servidores. Si no sales de ti mismo el óleo se vuelve rancio y la unción no puede ser fecunda. Salir de sí mismo supone despojo de sí, entraña pobreza.

La alegría sacerdotal es una alegría que se hermana con la fidelidad a la única Esposa, a la Iglesia que nace de la fecundidad de nuestro ministerio. Los hijos espirituales que el Señor le da a cada sacerdote, los que bautizó, las familias que bendijo y ayudó a caminar, los enfermos a los que sostiene, los jóvenes con los que comparte la catequesis y la formación, los pobres a los que socorre... son esa “Esposa” a la que le alegra tratar como predilecta y única amada y serle renovadamente fiel. La Iglesia viva y concreta, que el sacerdote pastorea en su parroquia o en la misión que le fue encomendada, es la que lo alegra cuando le es fiel, cuando hace todo lo que tiene que hacer y deja todo lo que tiene que dejar con tal de estar firme en medio de las ovejas que el Señor le encomendó apacentar.

La alegría sacerdotal es una alegría que se hermana con la obediencia. Obediencia a la Iglesia jerárquica que nos da la parroquia a la que me envía, las licencias ministeriales, la tarea particular, y que, además, nos edifica y mantiene en la unión con Dios Padre, del que desciende toda paternidad. Pero también la obediencia a la Iglesia en el servicio: disponibilidad y prontitud para servir a todos, siempre y de la mejor manera. El servicio generoso del sacerdote hace de la Iglesia casa de puertas abiertas, refugio de pecadores, hogar para los que viven en la calle, casa de bondad para los enfermos, campamento para los jóvenes, aula para la catequesis de los pequeños de primera comunión. Donde el pueblo de Dios tiene un deseo o una necesidad, allí está el sacerdote que sabe oír y siente un mandato amoroso de Cristo que lo envía a socorrer con misericordia esa necesidad o a alentar esos buenos deseos con caridad creativa.

El llamado al ministerio sacerdotal ha de sentir que existe en este mundo una alegría genuina y plena: la de ser sacado del pueblo al que uno ama para ser enviado a él como dispensador de los dones y consuelos de Jesús, el único Buen Pastor. Él quiso asociar a muchos pastores a su ministerio para estar y obrar. Él mismo, en la persona de sus sacerdotes, cuidando de los pobres, agobiados, oprimidos y excluidos de la tierra. En esta fiesta de San Juan de Ávila os invito a pedir al Señor Jesús que haga descubrir a muchos jóvenes el ardor del corazón que enciende la alegría de responder con prontitud a su llamada.

En esta fiesta de nuestro santo patrono os invito a rogar al Señor Jesús que cuide el brillo alegre en los ojos de los sacerdotes jóvenes y llene su corazón de su Amor, que los impulse a salir al mundo para entregar su vida al servicio del pueblo fiel de Dios y les haga sentirse felices en el ejercicio del ministerio diario. ¡Cuida Señor en tus jóvenes sacerdotes la alegría de quemar la vida por ti, para hacerlo todo nuevo contigo!

En esta celebración también pido al Señor Jesús que confirme la alegría sacerdotal de los que ya tienen varios años de ministerio y siguen llevando con fidelidad y amor generoso el peso del diario trabajo pastoral. ¡Cuida Señor la profunda, sabia y madura alegría de los curas adultos!

Por intercesión de San Juan de Ávila, pido al Señor Jesús que resplandezca la alegría de los sacerdotes ancianos, sanos o enfermos. Es la alegría de la Cruz, que mana de la conciencia de tener un tesoro incorruptible en una vasija de barro que se va deshaciendo. Que sientan la alegría de ver crecer y pasar la antorcha a los más jóvenes. Que aprendan a presentir en la fugacidad del tiempo el gusto de lo eterno y saluden sonriendo la prometida esperanza que no defrauda.

La misión sacerdotal muestra el verdadero camino de la realización personal, a saber: la vida se alcanza y madura a medida que es entregada para dar vida a los otros. Por tanto, un cura buen pastor debe encontrar su alegría en dar la vida por las ovejas; y no debería tener permanentemente cara de funeral. Necesitamos recobrar y acrecentar cada día la alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Y Dios quiera que el mundo actual pueda recibir el anuncio de Jesucristo “no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo” (EvGa 10).

Nuestra alegría espiritual, como la de María, es una alegría en Dios, nuestro salvador, porque ha mirado nuestra humildad (cf. Lc 1, 47-48). El sacerdote es una persona muy pequeña que ha sido engrandecida con el don inconmensurable del ministerio en nombre y representación de Jesucristo. El sacerdote es el más pobre de los hombres si Jesús no lo enriquece con su pobreza, el más inútil siervo si Jesús no lo llama amigo, el más necio de los hombres si Jesús no lo instruye pacientemente como a Pedro, el más indefenso de los cristianos si el Buen Pastor no lo fortalece en medio del rebaño. Nadie más pequeño que un sacerdote dejado a sus propias fuerzas; por eso hemos de confesar cada uno como María: soy sacerdote porque Él miró con bondad mi pequeñez (cf. Lc 1,48). Y desde esa pequeñez asumimos nuestra alegría.

María, Madre de Jesucristo, el Evangelio viviente, ruega por nosotros y haznos capaces de llevar la alegría del Evangelio hasta los confines de la tierra; y que ninguna situación humana se vea privada de su luz.

IV Centenario de la Beatificación de Teresa de Jesús

La liturgia de la octava de Pascua prolonga *el día que hizo el Señor para nuestra alegría y nuestro gozo*. Y la Palabra de Dios va introduciéndonos en las experiencias que tuvieron los primeros discípulos en sus encuentros con el Resucitado. Además, nos acerca al primer anuncio gozoso de los apóstoles sobre el significado salvador de la muerte y resurrección de Cristo y nos ilumina así para comprender hoy las antiguas Escrituras referidas a su misterio pascual. De esta manera, la santa madre Iglesia sigue ofreciendo a sus hijos la ayuda necesaria para que la fe en la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte configure nuestro quehacer diario como vida nueva en la luz y en la libertad del amor, que el Espíritu ha derramado en nuestros corazones. La alegría del perdón de los pecados, la gracia y la paz de Cristo, la confianza en el amor de Dios que destierra el temor, la libertad de las ataduras del mundo y la aspiración a los bienes del cielo se van asentando así de forma progresiva en nuestra vida cristiana como valores fundamentales del Reino de Cristo, en el que nos ha introducido el bautismo. Así surge espontáneamente en nosotros el canto de acción de gracias: *¡Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!*

En este marco pascual celebramos el IV Centenario de la beatificación de Teresa de Jesús. Y no se trata de un marco meramente temporal y externo. El misterio de Cristo, muerto y resucitado, es el verdadero marco espiritual e interior, en el que halla su posibilidad de realización y su sentido la vida y la obra de Teresa de Jesús: La admirable grandeza de su vida, de sus escritos, de sus fundaciones y de las hijas e hijos que habrían de venir en la historia. La experiencia espiritual de Teresa de Jesús se centra en el encuentro con el misterio de Dios vivo a través del encuentro con Cristo en la riqueza de los misterios de su humanidad: Encarnación, muerte y resurrección. La vida cristiana es vida de Dios en nosotros, obra del Espíritu Santo.

Teresa de Jesús fue declarada beata por el Papa Pablo V el 24 de abril de 1614. El proceso canónico lo inició D. Jerónimo Manrique,

Obispo de Salamanca, y lo continuó D. Camilo Gaetano, Nuncio de Su Santidad; intervinieron también los Obispos de Ávila, Toledo, Madrid y Segovia. La fase final del proceso tuvo lugar en Roma. El 10 de noviembre de 1612, el Cardenal Horacio Lancelotti hizo relación de las virtudes heroicas de integridad, pureza y santidad de vida de la Beata Madre Teresa de Jesús; a esta relación siguió la declaración de la Congregación de Ritos sobre la existencia de las virtudes de la sierva de Dios Teresa de Jesús. Pero, antes de llegar a la beatificación, hubo que examinar las acusaciones llegadas a Roma contra los escritos de la Teresa de Jesús; la mayor parte habían sido ya presentadas ante la Inquisición española a raíz de la publicación de sus *Obras* por fray Luis de León. Estas impugnaciones fueron rebatidas en el proceso por los insignes maestros P. Juan de Jesús María y P. Tomás de Jesús, y desde España por D. Diego de Yepes, Obispo de Tarazona.

¿Por qué se declaraba beata a Teresa de Jesús? El breve de la beatificación afirma: “la Fundadora de dicha Orden de Carmelitas Descalzos, Teresa de Jesús, de gloriosa memoria, fue adornada por Dios con tantas y tan eximias virtudes, gracias y milagros, que la devoción a su nombre y su memoria florece en el pueblo cristiano; razón por la cual, no solamente la dicha Orden, sino también Nuestro querido hijo Felipe [III], rey católico de las Españas, y casi todos los Arzobispos, Obispos, Príncipes, Corporaciones, Universidades y súbditos de los reinos españoles, han elevado a nosotros repetidas veces humildes súplicas, pidiéndonos que, mientras la Iglesia concede a Teresa los honores de la canonización, los cuales, atendidos sus grandes merecimientos esperan no ha de tardar mucho en otorgárselos, todos y cada uno de los religiosos de la dicha Orden puedan celebrar el sacrosanto Sacrificio de la Misa y rezar el Oficio de dicha Teresa como de Virgen bienaventurada. Así pues..., lo concedemos”.

El juicio definitivo sobre la santidad de Teresa de Jesús llegaría con su *canonización mediante la bula Omnipotens sermo Dei del Papa Gregorio XV, el 12 de marzo de 1622*. La bula declaraba: “Para honor y gloria de Dios y de la individua Trinidad, exaltación y aumento de fe católica, por la autoridad y omnipotencia del misericordioso Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo..., determinamos, juzgamos y definimos

que la bienaventurada Teresa, Virgen, de gloriosa memoria, nacida en la ciudad de Ávila, de cuya santidad, candidez de ánimo y demás excelencias, milagros y virtudes, de las cuales bastantemente nos consta, es santa, gloriosa y alabada. Por lo cual sentimos y estatuímos, definimos y determinamos que se debe poner, asentar y numerar en el catálogo y número de las santas vírgenes”.

En la misma bula se describe el carisma sapiencial de la Santa, refiriéndose a su libro sobre el Cantar de los Cantares: “Su Majestad –dice– la enriqueció largamente con otros carismas y gracias, y la llenó y la fecundó de espíritu de inteligencia divina, para que no tan sólo en la Iglesia de Dios diera y dejara ejemplos y dechados de buenas obras, sino esparciera y la ilustrara con los rocíos de la celestial sabiduría, escribiendo tantos libros de mística teológica y otros llenos de mucha piedad, de los cuales los entendimientos y espíritus de los fieles perciben y sacan abundantísimos frutos para el alma, y con ellos son encendidos, elevados y guiados a la patria celestial”.

La vida de Santa Teresa no es presentada como un camino de rosas. El Papa describe la lucha interior y el duro esfuerzo que mantuvo en su camino de santidad: “Teresa, coronada de virginales azucenas y quebrantando en su propio cuerpo las armas de los apetitos, con mortificaciones voluntarias, triunfó perpetuamente en la Iglesia militante de las valentías de los demonios... Hubiera logrado la palma del mártir, si el soberano Esposo... no la hubiera reservado para que, sin derramar su roja sangre, restituyese sus antiguos verdores al Carmelo”.

El reconocimiento eclesial a la doctrina eminente de Teresa de Jesús le fue otorgado con la declaración de Doctora de la Iglesia. Lo hizo el Papa Pablo VI el día 27 de septiembre de 1970. En su homilía, evocando la figura de la Santa, afirma: “la vemos aparecer delante de nosotros como mujer excepcional, como religiosa, toda velada de humildad, de penitencia y simplicidad, irradia a su alrededor la llama de su vitalidad humana y espiritual, y luego como reformadora y fundadora de una histórica e insigne Orden religiosa, escritora genialísima y fecunda, maestra de vida espiritual, contemplativa incomparable e infatigablemente activa... ¡Qué grande! ¡Única! ¡Qué humana! ¡Qué atrayente su figura!.. A distancia de cinco siglos, Santa Teresa de Ávila

sigue marcando las huellas de su misión espiritual, de la nobleza de su corazón sediento de catolicidad, de su amor despojado de todo apego terreno para entregarse totalmente a la Iglesia. Bien pudo decir, antes de su último suspiro, como resumen de su vida: en fin, soy hija de la Iglesia...”. Al recoger este testimonio de la Santa, Pablo VI parece estar invitándonos a todos a confesar con ella: ¡somos hijos de la Iglesia!

El Papa Juan Pablo II, en su homilía en Ávila, el día 1 de noviembre de 1982, con ocasión del IV Centenario de la muerte de la Santa, expuso dónde está el fundamento de la santidad de Teresa y nos animó a seguir sus pasos con estas palabras: “Teresa de Jesús es arroyo que lleva a la fuente, es resplandor que conduce a la luz. Y su luz es Cristo, el ‘Maestro de la Sabiduría’, el ‘Libro vivo’ en que aprendió las verdades; es esa ‘luz del cielo’, el Espíritu de la Sabiduría, que ella invocaba para que hablase en su nombre y guiase su pluma. Vamos a unir nuestra voz a su canto eterno de las misericordias divinas, para dar gracias a ese Dios que es ‘la misma Sabiduría’. Teresa de Jesús se ha hecho palabra viva acerca de Dios, ha invitado a la amistad con Cristo, ha abierto nuevas sendas de fidelidad y servicio a la santa Madre Iglesia... Ha exhortado a los religiosos y religiosas a ‘seguir los consejos evangélicos con toda la perfección’ para ser ‘siervos del amor’. Ha iluminado la experiencia de los seglares cristianos con su doctrina acerca de la oración y de la caridad, camino universal de santidad... Ella quiere seguir caminando con la Iglesia hasta el final de los tiempos. Ella que en el lecho de muerte decía: ‘Es hora de caminar’. Su figura animosa de mujer en camino, nos sugiere la imagen de la Iglesia, Esposa de Cristo, que camina en el tiempo. Teresa de Jesús, que supo de las dificultades de los caminos, nos invita a caminar llevando a Dios en el corazón”.

Y, en su visita a esta Villa de Alba de Tormes, el mismo Juan Pablo II nos manifestó que Santa Teresa ha sido para él maestra, inspiración y guía en los caminos del espíritu, y que en ella encontró siempre estímulo para alimentar y mantener su libertad interior para Dios y para la causa de la dignidad del hombre. Desde esta experiencia personal nos recordó que el mensaje de Santa Teresa conserva toda su verdad y

su fuerza en estos nuevos “*tiempos recios*”, en los cuales “valores, criterios y pautas de conducta contrarios a la fe cristiana han disminuido en algunos el vigor religioso y moral”. En concreto, nos dijo de forma directa a los albares y a todos los salmantinos: “Yo os invito a superar estas dificultades apoyándoos en los imperativos del mensaje de Teresa de Jesús; os llamo a que tengáis “ánimos para grandes cosas”... Pero únicamente en la experiencia teresiana del amor de Dios encontraréis fuerzas y libertad para ellas, “porque no tendrá ánimo para cosas grandes quien no entiende que está favorecido por Dios” (*Vida* 10,6). Yo os pido que ensanchéis el alma, que “no apoquéis los deseos”. Abríos al futuro. Arriesgaos como Teresa de Jesús, de quien no me resisto a citar estas palabras: “Importa mucho y el todo... una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar (a la fuente de la vida), venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabaje lo que trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo” (*Camino de perfección* 35,2).

Los Centenarios de la Beatificación y del Nacimiento de Santa Teresa de Jesús nos llaman a caminar con su auxilio por la senda de la perfección espiritual. Con esta ocasión, Benedicto XVI animaba ya a todos los fieles, en un Mensaje del año 2012, a vivir la vocación común a la santidad de vida en fidelidad al Evangelio. Y de manera entrañable se dirigía a los jóvenes con estas palabras: “Siguiendo las huellas de Teresa de Jesús... Aspirad también vosotros a ser totalmente de Jesús, sólo de Jesús y siempre de Jesús. No temáis decirle a Nuestro Señor, como ella: ‘Vuestra soy, para vos nació, ¿qué mandáis hacer de mí?’. Y a Él le pido que sepáis también responder a sus llamadas iluminados por la gracia divina, con ‘determinada determinación’, para ofrecer ‘lo poquito’ que hay en vosotros, confiando en que Dios nunca abandona a quienes lo dejan todo por su gloria” (Mensaje 16/07/2012).

Para terminar, permitidme hacer mía en nombre de todos vosotros una de las peticiones que Juan Pablo II presentó a Dios por intercesión de Santa Teresa en Alba de Tormes el día 1 de noviembre de 1982:

“Que todos se sientan como tú los sentías: hijos de Dios y hermanos (Cf. *Castillo interior* V 2,11). Haz que se cumpla tu oración y tu

palabra de esperanza, escrita en el *Castillo interior* (VII 2,7): ‘Orando una vez Jesucristo nuestro Señor por sus Apóstoles... dijo: que fuesen una cosa con el Padre y con El, como Jesucristo nuestro Señor está en el Padre y el Padre en El (Jn 17,21). ¡No sé qué mayor amor puede ser que éste!; Y no dejaremos de entrar aquí todos, porque así dijo su Majestad: No sólo ruego por ellos, sino por todos aquellos que han de creer en mí también’. Haz que todos lleguemos donde tú llegaste: hasta la comunión con la Trinidad, ‘donde nuestra imagen está esculpida’ (VII 2, 8). ¡Teresa de Jesús, escucha mi oración! Suba hasta el trono de la sabiduría de Dios la acción de gracias de la Iglesia, por lo que has sido y has hecho, por lo que todavía harás en el Pueblo de Dios que te honra como Doctora y Maestra espiritual. Quiero hacerlo con tus mismas palabras de alabanza y bendición: ‘¡Sea Dios nuestro Señor por siempre alabado y bendito! Amén. Amén’” (*Castillo interior –Conclusiones–* 4).

Domingo de Ramos

Queridos hermanos. Queridos niños:

Con esta celebración del Domingo de Ramos hemos entrado en la Semana Santa, para participar con Jesús en su pasión, muerte y resurrección.

Hemos comenzado con la procesión de los ramos para aclamar a Jesús como lo hicieron sus discípulos: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor, a restaurar el antiguo reino de David! Es decir, a instaurar el Reino de Dios.

Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea, quiso entrar en Jerusalén montado en un burro para anunciar que él era el rey humilde y pacífico que Dios había prometido a su pueblo, por medio del profeta Zacarías. Con su forma de actuar, Jesús manifiesta que en él se cumplen las promesas de Dios sobre el Mesías Rey, pero excluyendo la interpretación revolucionaria, que algunos judíos hacían de la realeza del

Mesías: Jesús no se apoya en la violencia, no emprende una rebelión militar contra Roma. Su reino es el de la paz de Dios, que se restaura en la cruz, en la que Jesús entregó su vida por amor a nosotros hasta el extremo. El reino de Jesús no es de este mundo. Es el reino de la verdad y de la aceptación del amor de Dios como verdadera liberación del hombre.

La primera lectura nos ayuda a comprender la pasión de Jesús como obediencia fiel al plan salvador de Dios, anunciado desde antiguo por el profeta Isaías. Y el texto de la carta de San Pablo presenta de forma resumida el significado de la Pascua de Jesús. El Hijo, de condición divina, se ha despojado de sí mismo, ha tomado la condición de esclavo y se ha hecho semejante a los hombres (cf Filp 2, 6-7). Él conoce al Padre y nos cuenta las cosas del Padre; escucha su voz y la obedece con todo su ser; es fiel a la misión recibida del Padre hasta la muerte. Jesús se ha *“hecho obediente hasta la muerte y una muerte de Cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el nombre sobre todo nombre; de modo que... toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre”* (Filp 2, 9-11).

En la cruz se encuentran para siempre el amor del Padre y el amor de Jesús. La libertad de Dios y la libertad del hombre se unen en la cruz de Jesús en un pacto de amor indisoluble. Así lo había anunciado Jesús en la institución de la Eucaristía: su sangre es la *“Nueva y Eterna Alianza”*, derramada para el perdón de los pecados.

San Mateo narra la pasión indicando con frecuencia que los gestos y las palabras de Jesús sucedieron según lo que estaba anunciado en las Sagradas Escrituras. Así muestra cómo Jesús cumplió la misión de Mesías en obediencia filial a la voluntad del Padre hasta la muerte y con la máxima solidaridad con todos los hombres, por cuya salvación dio la vida. Pero el cumplimiento de las Escrituras no es la sumisión ciega y fatal de Jesús a un destino inevitable fijado por Dios. No. Jesús se revela en la pasión como señor de los acontecimientos; domina todo lo que le sucede con una extraordinaria conciencia y libertad. Jesús *“sabe”* lo que va a suceder y lo anuncia por anticipado a sus discípulos.

En el relato de Mateo sobre la pasión están condensados todos los títulos con los que la Iglesia naciente ha expresado su fe en Jesús: es llamado “Señor” por los discípulos; es calificado como “Cristo, Rey Mesías” por el sanedrín, Pilato y los soldados romanos, los cuales proclaman la verdad, aún sin pretenderlo; es aclamado como “el Justo” por la mujer de Pilato; es reconocido como el “Hijo de Dios” por el centurión romano que está junto a la cruz. Y estos títulos están reunidos en el de “Siervo de Yahvé”, que Jesús se atribuye implícitamente en las palabras que pronuncia sobre el cáliz en la última cena: “Esta es mi sangre, la sangre de la alianza que se derrama por todos para el perdón de los pecados”. Él es el “Siervo de Yahvé” anunciado por el profeta Isaías (cf. Is 53, 11-12), es el hombre que ha cargado con los sufrimientos de los hermanos, que no se ha defendido respondiendo con violencia a la violencia que se le infligía, sino que ha entregado su vida por los demás, ofreciéndola libremente y por amor.

En los sucesos de la pasión de Jesús se entrecruzan dos caminos: el plan redentor de Dios, que sólo Jesús reconoce y sigue fielmente. Y los diversos intereses de los otros actores que, sin saberlo, y hasta con su actuación contraria a la voluntad de Dios, realizan lo que habían anunciado las profecías y cooperan así a la realización del plan divino. Caifás fue el primero que profetizó sin saberlo que convenía que muriera un solo hombre por la salvación de todo el pueblo (cf. Jn 11, 50-51). Y el discípulo traidor y los sumos sacerdotes que le sobornaron cumplieron sin saberlo la profecía de Jeremías sobre la entrega del justo por treinta monedas.

La oposición de estos caminos entrecruzados está expresada de forma manifiesta en la oración de Jesús y en las burlas de los sumos sacerdotes, escribas y ancianos. Jesús oró con confianza de Hijo: “*Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad*”. Los que han condenado al Hijo de Dios, le injurian diciendo: “*A otros ha salvado, y él no se puede salvar: ¿No es el rey de Israel? Que baje ahora de la cruz, y le creeremos. ¿No ha confiado en Dios? Si tanto lo quiere Dios, que lo libre ahora. ¿No decía que era Hijo de Dios?*”.

Con la entrega libre de Jesús, Dios lleva a término su obra de salvación de sus hijos dispersos. Jesús transforma su pasión en don; convierte sus sufrimientos y su muerte en entrega total de sí mismo. Ahora ningún hombre puede ser condenado y ajusticiado sin tener a su lado a Jesús crucificado, que constituye su humanidad glorificada en el nuevo templo en el que encontramos a Dios y nos unimos íntimamente con él.

Jesús cedió los espacios del hombre, del Hijo del hombre, al Padre, para que en ellos el Padre haga su voluntad. *“¡Abba!, Padre: tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú”*. (Mc 14, 36). Ante la cruz, Jesús cedió todos los espacios de su vida al Padre, y el Padre *“le concedió el Nombre sobre todo nombre: de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el Cielo, en la Tierra, en el Abismo, y toda lengua proclame: ¡Jesucristo es Señor!, para gloria de Dios Padre”*.

A nosotros, la Semana Santa nos llama a abrir las puertas a Jesús crucificado y a dejarle libres nuestros espacios, para que sean ocupados por él. Cristo resucitado dará nueva vida a todo en nosotros.

Hemos de ceder a Cristo nuestros espacios de tiempo, de vivir, de saber, de trabajar y de descansar, para que en ellos ejerza el Hijo de Dios su misión salvadora. Ceder espacios a Cristo para que los santifique: espacios para la oración, para el encuentro personal con él, para que entre y se adueñe de ellos mediante la vida sacramental. Ceder nuestros espacios ocupados por la codicia de los bienes temporales para que sean ocupados por riquezas espirituales y valores eternos. Ceder espacios ocupados por los pecados capitales de la carne para que sean ocupados por los frutos de la libertad del Espíritu. Con la vista fija puesta en la resurrección, el hombre puede crucificar el miedo a la muerte, porque tras ella le espera la vida.

La Semana Santa es tiempo de ofrecer nuestros espacios a Dios.

Misa Crismal

En esta Misa Crismal anticipamos la conmemoración anual del día en que Cristo confirió su sacerdocio a los apóstoles y, a través de ellos, a nosotros, el colegio presbiteral de la Diócesis de Salamanca, que hoy somos llamados a renovar ante el pueblo santo de Dios las promesas de nuestra ordenación.

La rica significación sacramental y eclesial de esta celebración nos ayuda a comprender nuestra llamada al ministerio sacerdotal en el marco de las llamadas de Dios en la historia de la salvación, que alcanzan su plenitud en Jesucristo, su Hijo querido. En Cristo nos eligió Dios Padre *“antes de la creación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor... En él, por su sangre, tenemos la reconciliación, el perdón de los pecados... En él también vosotros, después de haber escuchado la palabra de la verdad,...habéis sido marcados con el sello del Espíritu Santo prometido”* (Ef 1, 4.7.13).

La llamada del Padre a ser sus hijos es la mejor medida de su amor a nosotros (cf. 1 Jn 3,1). *“En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Unigénito, para que vivamos por medio de él* (1 Jn 4,9). *“Él nos amó primero”* (1 Jn 4, 19) *“y nos envió a su Hijo”* (1 Jn 4,10), *“siendo nosotros todavía pecadores”* (Ro 5,8). *“Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios”* (1 Jn 4,15), y tiene conocimiento de ello por el don de su Espíritu (cf. 1 Jn 4,13), que derrama en nuestros corazones el amor de Dios (cf. Ro 5,5). Con el don de su Espíritu, el Hijo de Dios nos da la capacidad de amar al Padre y a los hermanos como él los ha amado, nos hace partícipes de su misión, y nos constituye como *“un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios para”* anunciar las proezas del que nos *“llamó de las tinieblas a su luz maravillosa”* (1 Pe 2,9). Los miembros de este pueblo sacerdotal cristiano están llamados a presentar sus *“cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es”* su *“culto espiritual”* (Ro 12, 1).

Compartiendo con todos los miembros del Pueblo de Dios la acción de gracias por la elección y la llamada a este sacerdocio de la vida,

en la perfección de la santidad por el amor, los presbíteros acogemos hoy con gozosa gratitud nuestra elección y llamada al ministerio sacerdotal, fruto de un amor especial de Jesús.

Nos reconocemos herederos y continuadores de la misión que el apóstol Pablo asignó a los presbíteros de Éfeso, cuando les dijo: *“Tened cuidado de vosotros y de todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo os ha puesto como guardianes para pastorear la Iglesia de Dios, que él adquirió con la sangre de su propio Hijo... Estad alerta... Os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, que tiene poder para construeros y haceros partícipes de la herencia con todos los santificados... Siempre os he enseñado que es trabajando como se debe socorrer a los necesitados, recordando las palabras del Señor Jesús, que dijo: ‘Hay más alegría en dar que en recibir’”*. (Hch 20, 28.31.32.35).

Y recibimos agradecidos la exhortación que dirige a los presbíteros el apóstol Pedro, *“testigo de la pasión de Cristo”*: *“pastoread el rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, mirad por él, no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere; no por sórdida ganancia, sino con entrega generosa; no como déspotas con quienes os ha tocado en suerte, sino convirtiéndoos en modelo del rebaño. Y, cuando aparezca el Pastor supremo, recibiréis la corona inmarcesible de la gloria”* (1 Pe 5, 1-4).

Los dos apóstoles describen nuestro ejercicio del ministerio sacerdotal como un pastoreo en referencia al supremo y buen Pastor, Jesús, que dio la vida por sus ovejas (cf. Jn 10, 1-18). El conocimiento del Padre hace a Jesús conocer a cada una de sus ovejas y llamarlas por su nombre. El amor al Padre le mueve a Jesús a amar a las ovejas que el Padre le ha confiado; a ellas les da su vida, que es la vida de Dios. Por esta entrega de su vida a las ovejas es amado por el Padre y glorificado por él. Y para atraer a todas las ovejas dispersas a su redil, donde puedan escuchar su voz de único pastor, envía con su poder a los apóstoles a hacer discípulos de todos los pueblos, hasta el fin de los tiempos (cf. Mt 28, 18-21).

El apóstol Pedro, al designar a los presbíteros como pastores, habría tenido muy vivo en el recuerdo el diálogo con Jesús resucitado junto al lago de Tiberíades: *“Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que*

estos?... Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?... Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero... Apacienta mis corderos... Apacienta mis ovejas” (Jn 21, 15-17). Y Pablo nos dejó un claro testimonio del fundamento de su vida y ministerio apostólico en el amor de Cristo: *“Es Cristo quien vive en mí..., que me amó y se entregó a la muerte por mí”* (Gal 2, 20). Pablo está seguro de que nada *“podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo, nuestro Señor”*, porque *“el que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él?”* (Ro 8, 39.32).

Como Pedro y Pablo, y como Juan, que se define a sí mismo como el discípulo *“al que Jesús amaba”* (Jn 13,23), *nosotros nos sentimos hoy gozosamente amados por Jesús*, porque nos ha dado parte en su ministerio de lavar los pies de los discípulos (cf. Jn 13, 14-15), y nos ha entregado su Espíritu para continuar su misión y perdonar los pecados (cf. Jn 20, 21-23); porque con su poder nos ha enviado a anunciar el Evangelio, a bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28, 18-21) y a celebrar la eucaristía en memoria de él (cf. Lc 22,19; 1 Cor 11, 23-26). Nos reconocemos, por ello, partícipes y colaboradores de la misión de aquellos primeros doce discípulos a los que Jesús quiso llamar e instituyó apóstoles *“para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar”* (Mc 3, 13-15). Y nos sentimos llamados a la misión en la pobreza de medios con que fueron enviados los primeros setenta y dos discípulos a anunciar la llegada del reino de Dios (cf. Lc 10, 1-9): sin bolsa, ni alforjas, ni sandalias; entre las luchas del mundo, como ovejas en medio de lobos. En efecto, el mundo odia a los discípulos de Jesús porque no son del mundo, y los persigue como ha perseguido al maestro (Jn 15,18-20). Jesús nos lo anuncia, y nos asegura a la vez que él ha vencido al mundo (cf. Jn 16,33), para que encontremos la paz en él y tengamos valor. Salimos, pues, a la misión con la confianza puesta en el poder del Señor. Él nos envía como unos pocos obreros a trabajar en su abundante mies (cf. Lc 10, 1-9), y nos llena de gozo y de aliento con su declaración de amistad: *“Vosotros sois mis amigos... porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para*

que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé” (Jn 15, 14-16).

En este clima confidencial de amistad, de amor mutuo, vamos a decirle a Jesús, el Señor, que queremos unirnos cada día más a él y configurararnos con él, como sumo sacerdote, cabeza y buen pastor, maestro y siervo de todos, renunciando a nosotros mismos, para ser capaces de realizar el ministerio de amor que aceptamos gozosos el día de nuestra ordenación. Y, en concreto, que deseamos permanecer como fieles dispensadores de los misterios de Dios y desempeñar el ministerio de la predicación, buscando sólo conducir a todos los hombres a Cristo, única fuente de salvación.

En esta comunión íntima con Cristo queremos renovar cada día la alegría de colaborar con él en su obra de anuncio del evangelio. Necesitamos que él nos ayude a discernir los caminos por los que hemos de llevar la luz del Evangelio a todas las situaciones humanas. El que nos amó primero nos hace salir a los cruces de los caminos, al encuentro de los hijos de Dios dispersos. El buen pastor, que sale en busca de la oveja perdida y reúne el rebaño disperso, nos llama a una conversión misionera de nuestro corazón de pastor, para que la alegría del Evangelio llegue a todos, sin excluir a nadie.

Nuestra alegría misionera en el anuncio del Evangelio brota de la comunión de amor con Jesucristo. Por ello, “si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida” (EvGa 49).

Hoy se nos plantea el desafío de *responder de forma adecuada a la sed de Dios de mucha gente*, a menudo manifestada de forma implícita o negativa, para que no busquen apagarla en propuestas alienantes o en un Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro (cf. EvGa 89). A partir de una experiencia de vacío y de desierto espiritual es posible llegar a descubrir la alegría de creer, si se cuenta con la ayuda de personas de fe que, con su propia vida, muestren el camino y mantengan viva la esperanza.

Mostrar el camino de Jesús es nuestra tarea como predicadores y testigos del Evangelio. Para ello, los pastores necesitamos ser los primeros en tener una gran familiaridad con la Palabra de Dios y hacerla carne en nuestra vida concreta, dejándonos herir por la Palabra que luego herirá a los demás. *Necesitamos ser testigos del Evangelio con una vida que se ha transfigurado en la presencia de Dios y refleja la audacia y el fuego del Espíritu Santo.* Es decir, necesitamos intensa oración y abnegado trabajo de misión.

La mejor motivación para anunciar el Evangelio es contemplarlo con amor, leerlo en el corazón. Así, su belleza nos asombra y vuelve a cautivarnos una y otra vez. Toda la vida de Jesús es una respuesta a las necesidades más profundas de las personas: es luz de verdad; es agua viva que sacia la sed de Dios. Nada hay mejor para transmitir a los demás.

La misión es una pasión por Jesús y una pasión por su pueblo, por el que entregado la vida en la cruz. Nuestro modelo de testimonio misionero es el estilo de vida de Jesús, su existencia para los demás, que tuvo su culminación en la entrega en la cruz. Así experimentaremos el gozo de compartir la vida con el pueblo fiel a Dios, tratando de encender el fuego del amor en el corazón del mundo. El amor a la gente es una fuerza espiritual que facilita el encuentro pleno con Dios; en cambio, quien no ama camina en tinieblas (1 Jn 2,11), permanece en la muerte (1 Jn 3,14), y no ha conocido a Dios (1 Jn 4,8). Cerrar los ojos ante el prójimo nos hace ciegos ante Dios. Escapar de los demás, esconderse en la propia comodidad y resistirse a dar es un lento suicidio. El misionero, en cambio, es feliz buscando el bien de los otros; reconoce que cada persona es digna de su entrega, porque es reflejo de la gloria de Dios y ha sido redimida al precio de la sangre de Cristo. Y así vive su misión como una forma de ser que pone en juego sin reservas toda su existencia, como algo que no puede arrancar de su ser sin destruirse.

El pastor auténtico identifica su persona con su misión; siente que es misión en medio del mundo y mantiene su ardor misionero con una confianza total en el Espíritu Santo. De esta manera no se desalienta ante los aparentes fracasos y la falta de frutos visibles. Sabe con certeza que quien se entrega a Dios por amor y muere como el grano de

trigo en el surco, será fecundo (cf. Jn 12,24). Y acepta igualmente que la fecundidad es muchas veces invisible y no puede ser contabilizada; está seguro de que su vida dará fruto, pero sin pretender saber cómo, ni donde, ni cuándo. Asume que la entrega libre a la misión por amor al Señor y a su pueblo implica “dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente y nos impulse hacia donde Él quiera. Él sabe bien lo que hace falta en cada época y en cada momento. ¡Esto se llama ser misteriosamente fecundos!” (EvGa 280).

La misión es obra del Espíritu Santo y escapa a toda medida. “El Espíritu Santo obra como quiere, cuando quiere y donde quiere. Nosotros nos entregamos, pero sin querer ver resultados llamativos. Sólo sabemos que nuestra entrega es necesaria. Aprendamos a descansar en la ternura de los brazos del Padre en medio de la entrega creativa y generosa. Sigamos adelante, démoslo todo, pero dejemos que sea Él quien haga fecundos nuestros esfuerzos como a Él le parezca”. (EvGa 279).

Aniversario de la Fundación de la Congregación de Hermanas del Amor de Dios

La liturgia de la octava de Pascua prolonga *el día que hizo el Señor para nuestra alegría y nuestro gozo*. Y en estos días la Palabra de Dios nos va introduciendo en las experiencias que tuvieron los primeros discípulos en sus encuentros con el Resucitado. Además, nos acerca al primer anuncio gozoso de los apóstoles sobre el significado salvador de la muerte y resurrección de Cristo y nos ilumina así para comprender hoy las antiguas Escrituras referidas a su misterio pascual. De esta manera, la santa madre Iglesia sigue ofreciendo a sus hijos la ayuda necesaria para que la fe en la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte configure nuestro quehacer diario como vida nueva en la luz y en la libertad del amor, que el Espíritu ha derramado en nuestros corazones. La alegría del perdón de los pecados, la gracia y la

paz de Cristo, la confianza en el amor de Dios que destierra el temor, la libertad de las ataduras del mundo y la aspiración a los bienes del cielo se van asentando así de forma progresiva en nuestra vida cristiana como valores fundamentales del Reino de Cristo, en el que nos ha introducido el bautismo. Así surge espontáneamente en nosotros el canto de acción de gracias: *¡Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!*

En este marco pascual celebramos esta Eucaristía de acción de gracias a Dios al cumplirlos los primeros 150 años de la fundación de la Congregación de Hermanas del Amor de Dios, nacida en la villa zamorana de Toro, el día 27 de abril de 1864, por obra del Venerable P. Jerónimo Usera. Y este marco pascual no es meramente temporal, no es calendario externo. El misterio de Cristo, muerto y resucitado, es el verdadero marco espiritual e interior en el que halla su posibilidad de origen y de misión la nueva Congregación de Hermanas del Amor de Dios y, previamente, la vida y ministerio sacerdotal del P. Jerónimo Usera, así como la vocación cristiana y la llamada a la consagración a Dios de las nuevas Hermanas del Amor de Dios. En efecto, *la experiencia espiritual de toda virgen consagrada se centra en el encuentro con el misterio de Dios vivo a través del encuentro con Cristo en la riqueza de los misterios de su humanidad: Encarnación, muerte y resurrección*. La vida cristiana es vida de Dios en nosotros; es vivir la vida de su Hijo amado por obra del Espíritu Santo, que derrama en nuestros corazones el Amor de Dios. En consecuencia, *el origen de vuestra Congregación sólo puede ser pascual: un paso del dominio las tinieblas “al reino del Hijo de su Amor, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados” (Col 1, 13-14). Y ese origen pascual tiene su raíz primera en el designio eterno de Dios, que “nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor” (Ef 1,4).*

Cristo resucitado es nuestra Pascua. En la gozosa comunión con él, que se origina en el bautismo y se actualiza de forma permanente en la eucaristía, fluye a nosotros de forma incesante el agua viva del amor a Dios y a los hermanos que brotó de la fuente de su costado traspasado en la cruz. Y el amor entre los hermanos es siempre un

gozoso encuentro pascual con Cristo. Por ello, *nuestra acción de gracias a Dios tiene su origen en el amor que de Él recibimos y en el amor que con los hermanos en Cristo compartimos*. Y así lo manifestamos hoy al dar gracias a Dios por los 150 primeros años de vuestra misión como testigos del Amor de Dios en el ámbito de la educación, vuestro principal carisma institucional, y en las restantes tareas de servicio de amor, que habéis ido asumiendo dentro de la misión de la Iglesia.

El Evangelio de hoy nos ha acercado a la escena de la aparición de Jesús resucitado a algunos discípulos mientras ejercían su oficio de pescadores en el lago de Tiberíades. Como en la primera pesca milagrosa, narrada en el Evangelio de Lucas (5,1-11), la palabra de Jesús resucitado, dirigida en esta ocasión desde la orilla del lago, ha sido también causa de una pesca sobreabundante. La primera pesca fue ocasión para la llamada de los primeros discípulos y a Simón en particular a ser *“pescador de hombres”*. Con esta segunda pesca viene Jesús resucitado a identificarse con el que estuvo con ellos pescando en la barca y a confirmar aquel primer envío a la misión. Pero ahora *“los discípulos no sabían que era Jesús”* quien les hablaba desde la orilla; era necesaria la fe para reconocerle. Y, de nuevo, es Juan, el *“discípulo que Jesús tanto quería”*, el que reconoce a Jesús y le dice a Pedro: *“Es el Señor”*.

La confirmación de la misión viene expresada en la continuación del texto, hoy no leído, mediante el diálogo de Jesús con Pedro. La llamada a Simón a ser *“pescador de hombres”* se ha confirmado como encargo de apacentar las ovejas por amor a Jesús: *“Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?... Apacienta mis ovejas”* (Jn 21, 17).

Y la lectura de los Hechos de los Apóstoles nos ha mostrado la forma en que Pedro comenzó a ejercer su oficio de pastor de las ovejas de Jesús: curando a un paralítico *“en nombre de Jesucristo Nazareno”* (Hch 3,6) y anunciando la resurrección de Jesucristo (Hch 4, 8-12). La curación en nombre de Jesucristo acredita la verdad de su resurrección y el poder de salvar que ha recibido de Dios. Jesucristo resucitado se ha convertido en piedra angular de la edificación de una nueva casa espiritual con piedras vivas *“a fin de ofrecer sacrificios espirituales agradables a Dios”* (1 Pe 2,5). Los que nos hemos acercado a Jesucristo y hemos recibido la salvación por la fe y el bautismo somos *“un linaje elegido,*

un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para” anunciar “*las proezas del que*” nos “*llamó de las tinieblas a su luz maravillosa*” (1 Pe 2, 9).

El anuncio de la resurrección de Jesucristo llevaba consigo la denuncia de su injusta condena a morir en la cruz y la acusación a los que le han deshechado del templo de Dios. Por ello, los sacerdotes y las autoridades religiosas estaban indignados y metieron en la cárcel a Pedro y Juan, les hicieron comparecer en juicio (Hch 4, 2-3) y “*les prohibieron severamente predicar y enseñar en nombre de Jesús. Pero Pedro y Juan les replicaron diciendo: ‘¿Es justo ante Dios que os obedezcamos a vosotros más que a él? Juzgadlo vosotros. Por nuestra parte no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído’*” (Hch 4, 18-20). Esta contrariedad acompaña siempre la misión de los discípulos del resucitado. Y también el P. Jerónimo Usera tuvo que ser testigo del amor salvador de Dios, levantando la voz ante gobernantes y reyes en defensa de la justicia y de los pobres.

Jerónimo Mariano Usera y Alarcón, nació en Madrid el 15 de septiembre de 1810, en una familia de hondas raíces cristianas, alto nivel social y cultural y sentido patriótico, mientras la sociedad española sufría las consecuencias de la guerra de la independencia, que se manifestaban como hambre y miseria en las clases sociales más pobres.

Los cimientos familiares, unidos a su bondad natural y talento, hicieron de Jerónimo Usera un hombre de rica personalidad y sólidas virtudes, un espíritu inquieto y amante del saber, con sentido de servicio y amor a Dios, a la vez que arriesgado y generoso para ayudar a los necesitados.

Convencido de que Dios le ha llamado, se abre al amor de Dios en el silencio y la oración del Cister. A la temprana edad de catorce años, el día 3 de marzo de 1824 tomó el hábito en el monasterio de Santa María la Real, de Osera, en Orense. Después de su ordenación sacerdotal, Fray Jerónimo fue destinado al monasterio de San Martín de Castañeda, en la región zamorana de Sanabria. Fue nombrado predicador y en poco tiempo conoció todos los pueblos de la comarca.

La nueva situación creada a los monasterios por la desamortización le obligó, en 1835, a cambiar la paz y armonía del claustro por la contemplación en medio de la acción solidaria y liberadora de la sociedad de su tiempo. Jerónimo supo leer el querer de Dios en los acontecimientos históricos y, movido por la fuerza interior de su experiencia cisterciense, llegaría a iniciar nuevos caminos de evangelización y promoción humana, en tres continentes: Europa, África y América.

Jerónimo Usera fue primero párroco rural en Uceda (1835-40) y luego profesor de griego y hebreo en la Universidad Central de Madrid (1841-44). En 1844, mientras realizaba esta docencia, le encargaron la educación de dos nativos africanos traídos a España desde la isla de Fernando Póo. Este hecho influyó notablemente en su vida y suscitó en él un gran amor y dedicación a la defensa de la raza negra, motivo por el que marchó como misionero a Guinea en 1845. Pero una grave enfermedad le obligó a volver a España. Desde 1848 hasta 1891 su apostolado misionero y educativo se centró en Cuba y Puerto Rico.

El 27 de abril de 1864 fundó en España la Congregación de las Hermanas del Amor de Dios, dedicada a la enseñanza y a la atención a los más necesitados, con una clara proyección misionera. “La caridad de Cristo nos hace correr” fue el lema con el que Jerónimo Usera congregó a las hermanas. Y en el escudo de la Congregación hizo constar que “El amor de Dios hace sabios y santos”.

La nueva Congregación venía a satisfacer una grave necesidad social, dada la insuficiente atención estatal a la enseñanza y el alto grado de analfabetismo y de incultura. El primer colegio fue abierto con gran aceptación social en la villa de *Toro, provincia de Zamora*. Tras fundar más colegios, Jerónimo Usera volvió a Cuba, donde continuó con mucho fruto la obra que había emprendido en España y le fueron encomendadas tareas muy relevantes en el gobierno eclesiástico y en la enseñanza a los futuros sacerdotes. Fue canónigo en la Catedral de Santiago de Cuba y deán de las catedrales de Puerto Rico y de la Habana. En esta ciudad murió el día 17 de mayo de 1891. Sus restos fueron trasladados en 1925 desde Cuba hasta la casa fundacional de Toro. El

28 de junio de 1999 fue reconocido como *venerable* por el papa Juan Pablo II.

Su profunda espiritualidad y su compromiso apostólico se manifiesta en la acción pastoral y pedagógico-social que desarrolló en cada uno de los lugares donde ejerció su ministerio sacerdotal. Tuvo el gran carisma personal de acertar a movilizar y organizar grupos a favor de su gran objetivo: promover la vida cristiana de la sociedad y abrir a los pueblos un camino de desarrollo y felicidad. Los predilectos en su acción evangelizadora fueron los niños, la mujer y los negros esclavos y campesinos.

El P. Usera confesó: “Debo decir a los que no me conocen que hace tiempo me he consagrado por entero a los derechos de la raza negra a la que amo en Jesucristo, que es el mejor y más desinteresado amor”. Y pedía a Dios: “*Dame, Dios mío, más dilatados horizontes, nuevas tierras para extender tu reino*”. Pues su meta era que “el amor de Dios reine en nuestros corazones”. Sólo así se podía vencer el egoísmo, que “es la muerte de la sociedad y de las familias”.

Creía que “*Dios creó al hombre superior a todo por lo noble y elevado de su entendimiento y el libre uso de su libertad*” y “¡cuán grande es la fuerza de la verdad! Por ello, sentía vivamente “*¡Cuánta necesidad y cuánta hambre hay de enseñanza! Sobre todo de enseñanza sólida y religiosa*”, y estaba convencido de que “*el mayor de los beneficios que pueden hacerse a un pueblo, es enseñarle a la vez los deberes de un buen cristiano y un buen ciudadano*”. Este lema le pone en estrecha sintonía con San Juan Bosco, del que fue contemporáneo.

En la realización de esta tarea pastoral y educativa siguió el P. Jerónimo Usera la llamada de Dios a hacer el bien en la tierra como respuesta al amor recibido de él. Y lo hacía sintiendo que “*a este Dios veraz y bienhechor del hombre se debe toda acción de gracias*”.

Fiesta de la Dedicación de la Catedral

El nuevo templo espiritual es el propio cuerpo de Jesús, destruido por la muerte, levantado en tres días por su resurrección y ascendido a la derecha de Dios para participar de su gloria. Y a este Cristo el Padre de la gloria “lo dio a la Iglesia como cabeza... Ella es su cuerpo” (Ef 1,22-23). Así, el Cuerpo de Cristo es santuario y templo espiritual en una doble forma de existencia celestial y terrena.

Por su resurrección y ascensión, Cristo ha entrado en el cielo como en un nuevo y auténtico santuario *‘para ponerse ante Dios, intercediendo por nosotros’* (Heb 9, 24), la novia, la esposa del Cordero. Es la ciudad santa, la nueva Jerusalén del cielo, en la que habita la gloria de Dios, cuyos cimientos son los doce apóstoles del Cordero (cf. Ap 21, 10-14). En esta ciudad no hay santuario, *“pues el Señor, Dios Todopoderoso, es su santuario, también el Cordero”* (Ap 21, 22).

La Iglesia visible, que vive en este mundo, es el Cuerpo de Cristo y el nuevo templo del Espíritu, construido sobre *“la piedra que desecharon los constructores”, que “se ha convertido en piedra angular”*. Acercándose *“al Señor, la piedra viva... escogida y preciosa ante Dios”*... los renacidos del agua y del Espíritu, *“como piedras vivas”,* entran *“en la construcción del templo del Espíritu, formando un sacerdocio sagrado, para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo”* (1 Pe 2, 4-5).

El Apóstol Pablo ha completado esta enseñanza diciendo a los corintios: *“Sois edificio de Dios”,* construido sobre el cimiento de Cristo. *“Sois templo de Dios”*... *“y el Espíritu de Dios habita en vosotros”*. (1 Cor 3, 9.11.16). Y ha recordado a los cristianos de Éfeso: *“Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular. Por él todo el edificio queda ensamblado, y se va levantando hasta formar un templo consagrado al Señor. Por él también vosotros os vais integrando en la construcción, para ser morada de Dios, por el Espíritu”* (Ef 2, 20-22).

El misterio del cuerpo de Cristo, templo del Espíritu Santo, encuentra su representación simbólica en el edificio visible de la catedral, templo primero de la Iglesia diocesana, en el que la comunidad de los fieles, con sus presbíteros, es reunida por su Obispo en el Espíritu Santo, por medio del Evangelio y la Eucaristía, para constituir una Iglesia particular, en la que está presente y actúa la Iglesia de Cristo, una, santa, católica y apostólica (cf. ChD 11). Por ello, la catedral es el lugar visible primero del culto de la Iglesia particular en espíritu y en verdad, a través del cual es santificada y edificada en el Espíritu como cuerpo de Cristo. La catedral es la casa madre de la Iglesia diocesana y símbolo de comunión con la Iglesia universal.

La Catedral es de forma eminente un signo memorial de la presencia permanente entre nuestras casas del Dios que en la plenitud del tiempo vino a visitar los desiertos de nuestro mundo para convertirlos en hogares de sus hijos, de su familia. Por ello, la Catedral está al servicio de la edificación permanente de la Iglesia diocesana como familia de los hijos de Dios, como Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo de su Espíritu. Y la Catedral misma es la casa común de la familia diocesana, en la cual reconocemos un lugar relevante a la Madre de Cristo y de todos los miembros de su Cuerpo, a la Virgen Santísima en sus advocaciones de la Asunción y de la Vega, patrona de nuestra ciudad de Salamanca.

La Catedral es un símbolo de la Iglesia visible de Cristo que en esta tierra ora, canta y adora; es una imagen del Cuerpo Místico de Cristo, cuyos miembros están unidos en la caridad y son alimentados con la palabra y la eucaristía. La iglesia Catedral es signo de unidad de la Iglesia particular. En la Catedral se celebran los acontecimientos más relevantes de la vida de la diócesis y en ella realiza el Obispo los actos centrales de su misión de anunciar el Evangelio, santificar a los fieles y pastorear al rebaño a él encomendado.

La iglesia catedral, en la majestad de su estructura arquitectónica, es signo del templo espiritual que se edifica en el interior de las almas y brilla con el esplendor de la gracia divina, según la doctrina paulina: “Vosotros sois el templo de Dios vivo” (2Cor 6,16). Los sólidos cimientos de la Catedral nos recuerdan que nosotros, piedras vivas de la comunidad cristiana, hemos de apoyarnos en Cristo, “ayer, hoy siempre”, piedra

angular, pues “la Iglesia cree que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre luz y fuerzas por su Espíritu para que pueda responder a su máxima vocación; y que no ha sido dado a los hombres bajo el cielo ningún otro nombre en el que haya que salvarse. Igualmente, cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se encuentra en su Señor y Maestro”. Su altura nos evoca el sentido trascendente de nuestra vida, la vocación a la eternidad y el misterio de Dios.

El lugar preeminente lo ocupa en la Catedral el Altar en el que se hacen presentes todas las parroquias de la diócesis, representando la unidad de la Iglesia diocesana fundamentada en Cristo. Es el símbolo por excelencia de la familia de Cristo reunida alrededor de El y participando en su acción divina. Es el Altar del Obispo porque la Eucaristía es signo y causa de comunión, y toda legítima celebración de la Eucaristía acontece en comunión con el Obispo o presidida por él, cualificado por la plenitud del sacramento del orden. Esta Iglesia de Cristo, reunida en torno al Obispo, está verdaderamente presente en todas las legítimas comunidades locales de fieles, unidas a sus pastores... En toda comunidad reunida en torno al altar, presidida por el ministerio sagrado en comunión con el Obispo, se manifiesta el símbolo de aquel gran amor y de la unidad de Cuerpo místico sin la que no puede uno salvarse. En estas comunidades, aunque muchas veces sean pequeñas y pobres o vivan dispersas, está presente Cristo, quien con su poder constituye a la Iglesia una, santa, católica y apostólica.

Catedral tiene que ver con “cátedra”. “La iglesia catedral es aquella donde está situada la Cátedra del Obispo, signo del magisterio y de la potestad del pastor de la Iglesia particular y, además, signo de unidad de los creyentes en la fe que el Obispo anuncia como pastor de su grey en comunión con Pedro”. De esta forma los diocesanos expresan su fe católica y su adhesión al Papa, sucesor de Pedro y vicario de Cristo, mediante la comunión con el Obispo. Este, leída la Bula de su nombramiento, toma posesión de la sede sentándose en la cátedra. Con este gesto se significa la sucesión apostólica que asegura el testimonio del Evangelio con la autoridad de su interpretación auténtica sin la que no existe la Iglesia católica y apostólica, como tampoco existe la comunión eclesial sin el altar para reunir al Pueblo de Dios en la celebración del memorial del Señor muerto y resucitado.

La sucesión apostólica, que garantiza el Obispo, consiste en la capacidad de transmitir la verdad y la vida de Cristo, la verdad que Él nos enseñó, la verdad de lo que Él hizo, de lo que permanece para siempre y pertenece a todo el Pueblo de Dios. Por eso, la sucesión apostólica es sucesión en una Iglesia particular que da testimonio de fe apostólica, en comunión con las otras Iglesias, sobre todo con la de Roma.

En estos elementos tan llenos de significación se manifiesta el verdadero y misterioso encanto de la Catedral, como símbolo externo de la verdadera iglesia de Cristo que formamos todos los bautizados, comprometida en anunciar el Evangelio con espíritu misionero; una iglesia dinámica y en continua purificación y reforma, volviendo cada día a sus auténticas tradiciones, buscando la santificación con firmeza en la fe y pudiendo proclamar: “Esta es la morada de Dios entre los hombres. Aquí Cristo habita entre nosotros”.

Como piedras vivas del templo del Espíritu, damos gracias a Dios por el don de nuestra Catedral y le presentamos en esta Eucaristía toda nuestra existencia para que la santifique y la acepte como sacrificio espiritual, en honor y alabanza de su gloria.

Fiesta de la Virgen de la Vega

Veneramos a la Virgen de la Vega, Patrona de nuestra ciudad, en la fiesta de la Natividad de María.

Con el nacimiento de María comienza a realizarse el plan trazado por Dios para dar a Israel el nuevo pastor procedente de Belén, anunciado por el profeta Miqueas. El Evangelio de Mateo, al narrar el diálogo de los Magos de Oriente con el rey Herodes, recoge la tradición religiosa de Israel, que ha visto en la profecía de Miqueas el anuncio del lugar de nacimiento del Mesías. Además, Mateo declara cumplido este anuncio en Jesús, “nacido en Belén de Judea en tiempos del rey Herodes” (Mt 2, 1-6). El niño Jesús, dado a luz por María en un establo de Belén (Lc 2,

7), es el jefe Mesías que pastoreará al pueblo de Israel, cuyos orígenes son de antaño, de tiempo inmemorial; es decir, cuyo origen no es fruto de un proyecto humano conocido. Él vendrá a guiar a sus hermanos con la fuerza del Señor, con el dominio del nombre del Señor, su Dios. “Él mismo será la paz” (Miq 5, 4), que el Señor hará llegar “hasta el confín de la tierra” (Miq 5, 3).

El nacimiento de María y la historia concreta de su vida conducen a la salvación en su hijo “Jesús”. El hijo de María es por genealogía humana “hijo de David, hijo de Abrahán” (Mt 1,1); pero es también “Hijo del Altísimo” (Lc 1, 32), “Hijo de Dios” (Lc 1, 35). Jesús es a la vez criatura del Espíritu Santo y hombre dado a luz por María como su propio hijo. El nombre de Jesús expresa su verdadera identidad personal como el que “salvará a su pueblo de sus pecados”. En Jesús se ha hecho realidad la presencia de “Dios con nosotros” (Mt 1,23); Él es el único Mediador que nos lleva a la comunión de vida con Dios. Y el hombre está llamado a encontrar su plenitud en Jesús, que se ha revelado como “el camino y la verdad y la vida” (Jn 14, 6).

Dios nos ha llamado “a ser imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito de muchos hermanos” (Ro 8, 29). “Cristo es imagen del Dios invisible” (Col 1, 15) y en él recuperamos la imagen de Dios que habíamos perdido. Reproducimos la imagen de Jesús en medio del mundo con el testimonio de su amor como fuente de todo bien.

En la celebración de su nacimiento, la Virgen María nos hace actual a sus hijos la Buena Noticia de la salvación. Ella está siempre presente, junto con el Espíritu Santo, en medio del pueblo de los discípulos de su Hijo. El Espíritu y la Madre son dos grandes regalos que Jesús nos dejó a sus discípulos en el momento decisivo de la cruz. Y la Madre acompaña desde el principio la oración de los discípulos que invoca el don del Espíritu para la misión.

A la Virgen de la Vega, Madre de la Iglesia evangelizadora, le pedimos hoy su intercesión para que toda la comunidad eclesial de Salamanca acoja la invitación que nos ha dirigido el Papa Francisco a una nueva etapa de evangelización marcada por la alegría del encuentro con Jesús (EvGa 1).

En su Exhortación sobre la Alegría del Evangelio, el Papa invita a toda la Iglesia, y por ello a la Iglesia Salmantina, a un descentramiento importante de sí misma para estar más centrada en Cristo y en su misión.

Primero, la Iglesia debe estar referida al Señor. Así nos la ha expresado Francisco en los bellos textos que siguen: “Puestos ante Él con el corazón abierto, dejando que Él nos contemple, reconocemos esa mirada de amor que descubrió Natanael el día que Jesús se hizo presente y le dijo: ‘Cuando estabas debajo de la higuera, te vi’ (Jn 1,48). ¡Qué dulce es estar frente a un crucifijo, o de rodillas delante del Santísimo, y simplemente ser ante sus ojos! ¡Cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva! Entonces, lo que ocurre es que, en definitiva, ‘lo que hemos visto y oído es lo que anunciamos’ (1 in 1,3)”. (EvGa 264). ¡Cuánto necesitamos esto! Estar vueltos al Señor. Descentrarnos de nosotros mismos, de nuestras ideologías, de nuestras certezas pastorales, de nuestros apoyos personales, para dejarnos amar del Señor, para dejarnos mirar por Él y descubrimos amados por él. Por ello, el Papa nos dijo: “Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque ‘nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor’” (EvGa 3).

Por otra parte, la Iglesia debe estar totalmente entregada a la misión misma del Señor y, para ello, necesita una permanente “transformación misionera”; la “conversión pastoral y misionera” que la constituya “en un estado permanente de misión” (EvGa 25). Una Iglesia en misión debe ser una Iglesia en salida, según el modelo de la misión, que es el mismo Jesús. Él salió del Padre y vino a este mundo; y pasó por nuestro mundo, entre nosotros, haciendo el bien. Y también el Misterio de Pentecostés, donde el Espíritu Santo impulsó a la iglesia naciente a anunciar el Evangelio, es una referencia permanente para la misión de la Iglesia hoy (Cf. EvGa 20-21).

“La primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por él” (EvGa 264).

“Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús;... somos siempre discípulos misioneros” (EvGa 120). La intimidad de los discípulos con Jesús es una intimidad itinerante, en camino; y la comunión de toda la Iglesia con Cristo es esencialmente comunión misionera. “Fiel al modelo del Maestro, es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie” (EvGa 23). Y tal es el gran anhelo del Papa, que nos ha nos hecho esta confidencia: “Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, ... el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual... Que la pastoral ordinaria en todas sus circunstancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad” (EvGa 27).

Esta “salida” tiene que hacerse para anunciar la Alegría del Evangelio a todos; desde el corazón del Evangelio, que es la misericordia, el amor del Padre manifestado en Cristo Jesús (Cf. Cap. III de EvGa); y desde el compromiso social por la justicia, la escucha del clamor de los pobres, la búsqueda del bien común, la paz social y el diálogo por la paz (Cf. Cap. IV de EvGa).

La Iglesia necesita este “descentramiento” para superar el peligro de centrar su mirada en sí misma, en una actitud enfermiza de autoconservación o autodefensa. El encerramiento de la Iglesia y de los agentes pastorales en sus propios procedimientos, seguridades, rutinas pastorales e intereses, conduce fácilmente a ser cautivos de cosas que sólo generan oscuridad y cansancio interior, apolillan el dinamismo apostólico, roban la alegría evangelizadora, sumen en el pesimismo estéril y en la conciencia de derrota (cf. EvGa 81-85), y hacen surgir enfrentamientos entre los miembros y comunidades de la Iglesia (EvGa 98-99). El más triste resultado de esos peligros sería la mundanidad espiritual que, bajo apariencia de amor a la Iglesia, busca la gloria humana, la vanagloria y el bienestar personal más que la gloria de Dios y

la salvación de los hombres (EvGa 93). Por el contrario, “si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la mistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida” (EvGa 49).

Nuestra Iglesia diocesana salmantina necesita también procurar más el descentramiento de sí misma. Y debe renovar esta doble mirada: vueltos al Señor y vueltos a la misión. Nos evitaría mucha tristeza, muchos miedos, muchos enfrentamientos entre nosotros, muchas inercias e individualismos. En orden a que nuestro impulso misionero sea cada vez más intenso, generoso y fecundo, necesitamos acoger la exhortación que el Papa ha dirigido “a cada Iglesia particular a entrar en un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma” (EvGa 30).

En consecuencia, hemos estimado necesario *celebrar una Asamblea diocesana* que, *a modo de misión compartida*, abra un cauce de participación del pueblo de Dios en el proceso de renovación espiritual y misionera, al que nos ha llamado el Papa. *La renovación espiritual, apostólica y organizativa serán los tres objetivos de la Asamblea*, que serán tratados sucesivamente durante el año 2015, después de una fase de preparación en los meses de septiembre a diciembre del presente año. *El proceso de misión llegaría a su culmen con la celebración de la Asamblea diocesana en los primeros meses de 2016, para concluir en torno a la Pascua.*

En esta Asamblea misionera buscaremos crear “espacios motivadores y sanadores para los agentes pastorales, ‘lugares donde regenerar la propia fe en Jesús crucificado y resucitado, donde compartir las propias preguntas más profundas y las preocupaciones cotidianas, donde discernir en profundidad con criterios evangélicos sobre la propia existencia y experiencia, con la finalidad de orientar al bien y a la belleza las propias elecciones individuales y sociales’” (EvGa 77).

El primer paso en este camino de renovación lo daremos, si Dios quiere, en la *Semana de Pastoral*, que celebraremos desde el 15 al 20 de este mes. Una vez más, inauguramos el año pastoral con esta Semana, que estará centrada en la Exhortación Evangelii Gaudium, y será así un importante inicio de la etapa de preparación de nuestra Asamblea.

En esta mañana quisiera transmitir un mensaje de esperanza a toda la sociedad salmantina, representada aquí en sus autoridades, instituciones y pueblo fiel que participa en esta celebración. La Iglesia diocesana quiere renovarse a la luz del Evangelio y encontrar nuevos impulsos de vida. Y esto quiere hacerlo para servir mejor a los hombres y mujeres de esta tierra charra. Queremos ser una comunidad que vive, celebra y anuncia con alegría la fe; una comunidad capaz de transmitir el Amor de Jesús en los niños y en los jóvenes; necesitamos familias que tengan conciencia de ser Iglesia doméstica, que eduquen en la fe y en la visión cristiana de la vida y estén abiertas con gozo al gran don de los hijos. Anhelamos una Iglesia diocesana que viva una renovada espiritualidad misionera y diga *un SÍ decidido a las relaciones nuevas que genera Jesucristo y un NO firme y público a la idolatría del dinero y a la economía de la exclusión de los pobres.*

“Nadie puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social y nacional, sin preocuparnos por la salud de las instituciones de la sociedad civil, sin opinar sobre los acontecimientos que afectan a los ciudadanos. ¿Quién pretendería encerrar en un templo y acallar el mensaje de san Francisco de Asís y de la beata Teresa de Calcuta? Ellos no podrían aceptarlo. Una auténtica fe –que nunca es cómoda e individualista– siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra” (EvGa 183).

María es la Madre “que sabe transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura... Ella es la amiga siempre atenta para que no falte el vino en nuestras vidas. Ella es la del corazón abierto por la espada, que comprende todas las penas. Como madre de todos, es signo de esperanza para los pueblos que sufren dolores de parto hasta que brote la justicia... ella camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama incesantemente la cercanía del amor de Dios” (EvGa 286). A través de la advocación de Virgen de la Vega comparte la historia de los ciudadanos de Salamanca que han recibido el Evangelio, y entra a formar parte de su identidad histórica. María nos da la caricia de su consuelo maternal y nos dice al oído: No se turbe tu corazón. ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre? (Cfr. EvGa 286).

Retiro sacerdotal de la semana de pastoral

“La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría. En esta Exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos, para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría, e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años” (EvGa 1).

Queridos hermanos presbíteros: En este texto inicial de la Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* comienza a ofrecernos el Papa Francisco un programa de vida y de ministerio pastoral caracterizados por la alegría que brota del encuentro con Jesús.

Los presbíteros somos fieles cristianos y destinatarios del Evangelio de la salvación antes que pastores y predicadores. La experiencia vivida como fieles cristianos en todas las dimensiones de nuestra existencia personal condicionan la forma de nuestra comprensión y ejercicio del ministerio pastoral. ¡Lo que hemos visto y oído, eso es lo que anunciamos!

Y como todos los fieles hemos de estar vigilantes ante los riesgos que presenta a la vida cristiana la actual cultura materialista del consumo, que puede encerrar el corazón en la avaricia y en la tristeza, en el aislamiento individualista y en la búsqueda enfermiza de placeres superficiales. Los presbíteros necesitamos especialmente cuidar que nuestra libertad interior no se limite en ninguna medida por el apego a los propios intereses; que nada nos robe el espacio del corazón que debemos tener libre para la escucha de la voz de Dios, para el gozo de su amor y para la alegría de entregar la vida por los demás.

Conscientes de la debilidad de nuestra condición humana, hemos de sentir también nosotros con humildad la necesidad de una permanente renovación espiritual en el encuentro gozoso con Jesús. Hoy le decimos también nosotros: “Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi

alianza contigo. Te necesito. Rescátame de nuevo, Señor, acéptame una vez más entre tus brazos redentores” (EvGa 3). Nuestra certeza personal de ser infinitamente amados por el Señor y elegidos por Él para el testimonio de su amor es un rayo de luz y un manantial de alegría en todas las circunstancias del ejercicio del ministerio.

Nuestra alegría en el seguimiento de Jesús está llamada a mostrar a los demás la fuente de la alegría que la sociedad tecnológica y sus ofertas de placer no pueden engendrar en los corazones. De cada uno de nosotros debería poder decirse este testimonio del Papa: “Puedo decir que los gozos más bellos y espontáneos que he visto en mis años de vida son los de personas muy pobres que tienen poco a qué aferrarse. También recuerdo la genuina alegría de aquellos que, aun en medio de grandes compromisos profesionales, han sabido conservar un corazón creyente, desprendido y sencillo. De maneras variadas, esas alegrías beben en la fuente del amor siempre más grande de Dios que se nos manifestó en Jesucristo” (EvGa 7).

Sólo gracias al encuentro con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados del encerramiento en nosotros mismos y llegamos a ser plenamente humanos. Solo cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos, alcanzamos nuestro ser más verdadero. “Allí está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?” (EvGa 8). “Por eso, quien quiera vivir con dignidad y plenitud no tiene otro camino más que reconocer al otro y buscar su bien. No deberían asombrarnos entonces algunas expresiones de san Pablo: ‘El amor de Cristo nos apremia’ (2 Co 5,14); ‘¡Ay de mí si no anunciara el Evangelio! (1 Co 9,16)’” (EvGa 9).

Cuando la Iglesia convoca a la tarea evangelizadora muestra a los cristianos el verdadero camino de la realización personal y les descubre la ley profunda de la realidad humana: “que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión”. (EvGa 10). Desde esta experiencia hemos de recobrar y acrecentar el ardor y “la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas... Y ojalá

el mundo actual... pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo” (Evangelii nuntandi 80; cf. EvGa 10).

Con nuestro anuncio del Evangelio ofrecemos a los creyentes, y a quienes aún no lo son, un camino hacia una nueva alegría plena en su vida iluminada por la fe en Jesús. El centro del anuncio es siempre el mismo: “el Dios que manifestó su amor inmenso en Cristo muerto y resucitado. Él hace a sus fieles siempre nuevos... Cristo es el “Evangelio eterno” (Ap 14,6), y es “el mismo ayer y hoy y para siempre” (Hb 13,8), pero su riqueza y su hermosura son inagotables... “Él siempre puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad y, aunque atravesase épocas oscuras y debilidades eclesiales, la propuesta cristiana nunca envejece. Jesucristo también puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina. Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual” (EvGa 11).

Esta tarea evangelizadora a la que nosotros por encargo del Señor nos entregamos con generosa fidelidad, no es una heroica tarea personal nuestra; la obra es ante todo de Él, más allá de lo que podamos descubrir y entender. Jesús es ‘el primero y el más grande evangelizador. La verdadera evangelización es “la que Él inspira, la que Él provoca, la que Él orienta y acompaña de mil maneras. En toda la vida de la Iglesia debe manifestarse siempre que la iniciativa es de Dios, que ‘Él nos amó primero’ (1 Jn 4,19) y que ‘es Dios quien hace crecer’ (1 Co 3,7). Esta convicción nos permite conservar la alegría en medio de una tarea tan exigente y desafiante que toma nuestra vida por entero. Nos pide todo, pero al mismo tiempo nos ofrece todo” (EvGa 12).

Con la confianza puesta en el Señor, que nos envía, que está siempre con nosotros y da fruto a nuestra tarea con la fuerza de su Espíritu, acogemos la llamada del Papa a una nueva “salida” misionera, a una

conversión pastoral y misionera que constituya a nuestra comunidad diocesana “en estado permanente de misión” (EvGa 25). A nuestra comunidad diocesana, acompañada por sus pastores, corresponde discernir cuál es el camino que el Señor le muestra para “salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio”. (EvGa 20). Por ello, con la confianza puesta en el Señor, estamos iniciando el camino de nuestra Asamblea diocesana, que nos introduzca en un “proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma” (EvGa 30). Y le pedimos que la alegría del Evangelio, que llena la vida de la comunidad de los discípulos en esta tierra de Salamanca, sea una alegría misionera, como la inspirada por el Espíritu Santo en el primer Pentecostés.

Nuestra “salida” misionera tiene que hacerse para anunciar la Alegría del Evangelio a todos; desde el corazón del Evangelio, que es la misericordia, el amor del Padre manifestado en Cristo Jesús (Cf. Cap. III de EvGa); y desde el compromiso social por la justicia, la escucha del clamor de los pobres, la búsqueda del bien común, la paz social y el diálogo por la paz (Cf. Cap. IV de EvGa).

El Papa Francisco ha resaltado con fuerza que la Iglesia necesita superar el peligro de centrar su mirada en sí misma, en una actitud enfermiza de auto-conservación o autodefensa. Porque el encerramiento de la Iglesia y de los agentes pastorales en sus propios procedimientos, seguridades, rutinas pastorales e intereses, conduce fácilmente a ser cautivos de cosas que sólo generan oscuridad y cansancio interior, apollan el dinamismo apostólico, roban la alegría evangelizadora, sumen en el pesimismo estéril y en la conciencia de derrota (cf. EvGa 81-85), y hacen surgir enfrentamientos entre los miembros y comunidades de la Iglesia (EvGa 98-99). El más triste resultado de esos peligros sería la mundanidad espiritual que, bajo apariencia de amor a la Iglesia, busca la gloria humana, la vanagloria y el bienestar personal más que la gloria de Dios y la salvación de los hombres (EvGa 93). Por el contrario, “si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la mistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida” (EvGa 49).

Nuestra Iglesia diocesana salmantina necesita también procurar más el descentramiento de sí misma. Y debe renovar esta doble mirada: al Señor y a la misión. Nos evitaría mucha tristeza, muchos miedos, muchos enfrentamientos entre nosotros, muchas inercias e individualismos.

En consecuencia, los miembros del presbiterio diocesano hemos asumido con gozosa esperanza la tarea decisiva que nos corresponde en esta nueva etapa de evangelización. Y lo hacemos en actitud de contemplación y de súplica, para que el Señor nos conceda la gracia de ser Evangelizadores con Espíritu, abiertos sin temor a la acción del Espíritu Santo en un renovado Pentecostés. Pedimos el fuego del amor del Espíritu que nos haga salir de nosotros mismos y nos infunda la fuerza para anunciar la novedad del Evangelio con audacia en todo tiempo y lugar, incluso contra corriente. Apoyados en la oración, deseamos anunciar el Evangelio con palabras y con una vida que se ha transfigurado en la presencia de Dios (EvGa 259). De esta forma podremos vivir la evangelización no como una pesada obligación que nos contraría, sino con actitud fervorosa, alegre, generosa, audaz, llena del amor y del fuego del Espíritu Santo. Sabemos que ninguna otra motivación será suficiente si no arde en los corazones el fuego del Espíritu Santo, que es el alma de la Iglesia evangelizadora (EvGa 261).

Reconocemos que *el encuentro personal con el amor de Jesús, que nos salva, tiene que ser es la primera motivación para evangelizar*; por ello, pedimos con insistencia al Señor que renueve en nosotros la experiencia de su amor, de ser salvados por Él, que nos mueve a amarlo siempre más. Desde esta experiencia comprenderemos más fácilmente que el Evangelio *responde a las necesidades más profundas* de las personas y se afianzará nuestro entusiasmo por la misión. Porque la tristeza del hombre solo se cura con el amor infinito de Dios. (Cf. EvGa 265).

Tenemos clara conciencia de la naturaleza eclesial de nuestra vida y ministerio; *y pedimos al Señor la gracia de sentir cada día más el gusto espiritual de ser pueblo de Dios, de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior*. Suplicamos que nuestra pasión por Jesús nos lleve a un amor apasionado por su pueblo; y que nuestro gusto de ser pueblo de Dios sea un elemento determinante de nuestra identidad sacerdotal.

El amor a la gente es una fuerza espiritual que facilita el encuentro pleno con Dios. Un sacerdote evangelizador con Espíritu experimenta el gusto de ser un manantial, que desborda y refresca a los demás; se siente bien buscando el bien de los demás, deseando la felicidad de los otros. Por el contrario, su vida ministerial sería un lento suicidio si escapa de los demás, si se esconde, si se niega a compartir, si se resiste a dar, si se encierra en la comodidad. (Cf. EvGa 272). La misión no es una parte o un mero apéndice de la existencia del sacerdote; es algo que no puede arrancar de su ser si no quiere destruirse. El sacerdote evangelizador debe reconocerse a sí mismo en esta definición: *Yo soy una misión* en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. (Cf. EvGa 273).

Nos entregamos a la misión con gozosa esperanza porque tenemos experiencia de *la acción misteriosa del Resucitado y de su Espíritu*. Nunca nos faltará su ayuda para cumplir la misión que se nos ha encomendado (EvGa 275). El Espíritu del Resucitado es una fuerza de vida que ha penetrado en el mundo y hace surgir brotes de nueva vida donde todo estaba muerto.

Creer en Cristo Resucitado es creer que Él “nos ama, que vive, que es capaz de intervenir misteriosamente, que no nos abandona, que saca bien del mal con su poder y con su infinita creatividad. Es creer que Él marcha victorioso en la historia ‘en unión con los suyos, los llamados, los elegidos y los fieles’ (Ap 17,14). Creámosle al Evangelio que dice que el Reino de Dios ya está presente en el mundo, y está desarrollándose aquí y allá, de diversas maneras: como la semilla pequeña que puede llegar a convertirse en un gran árbol (cf. Mt 13,31-32), como el puñado de levadura, que fermenta una gran masa (cf. Mt 13,33), y como la buena semilla que crece en medio de la cizaña (cf. Mt 13,24-30), y siempre puede sorprendernos gratamente. Ahí está, viene otra vez, lucha por florecer de nuevo. La resurrección de Cristo provoca por todas partes gérmenes de ese mundo nuevo; y aunque se los corte, vuelven a surgir, porque la resurrección del Señor ya ha penetrado la trama oculta de esta historia, porque Jesús no ha resucitado en vano”. (EvGa 278).

Esta certeza se llama “*sentido de misterio*”; y consiste en saber que quien se entrega a Dios por amor seguramente será fecundo (cf. Jn

15,5), aunque tal fecundidad será muchas veces invisible y no podrá ser contabilizada. “Uno sabe bien que su vida dará frutos, pero sin pretender saber cómo, ni dónde, ni cuándo... A veces nos parece que nuestra tarea no ha logrado ningún resultado, pero la misión no es un negocio ni un proyecto empresarial... es algo mucho más grande, que escapa a toda medida... El Espíritu Santo obra como quiere, cuando quiere y donde quiere; nosotros nos entregamos pero sin pretender ver resultados llamativos. Sólo sabemos que nuestra entrega es necesaria. Aprendamos a descansar en la ternura de los brazos del Padre en medio de la entrega creativa y generosa. Sigamos adelante, démoslo todo, pero dejemos que sea Él quien haga fecundos nuestros esfuerzos como a Él le parezca”. (EvGa 279).

Comienzo del Curso Pastoral

Queridos hermanos:

El Señor nos ha convocado a esta Eucaristía para un renovado encuentro con Él, que nos llene de alegría, esperanza y fortaleza para la misión a la que nos envía en el curso pastoral que estamos comenzando.

Es la primera vez que celebramos esta fiesta del envío de todos los “discípulos misioneros” que habéis asumido diversas formas de compromiso apostólico como agentes y colaboradores en la tarea pastoral diocesana. Y seguro que no es casualidad, sino fruto de la Providencia de Dios y de la acción de su Espíritu, que guía los pasos de nuestra Iglesia diocesana en el inicio de su Asamblea para la propia renovación espiritual y evangelizadora.

La Palabra de Dios nos ha ofrecido luz para comprender y vivir rectamente nuestra vida cristiana y nuestra misión. Dios nos ha revelado a través del profeta Ezequiel sus sentimientos y su actitud de Pastor de Israel, que anuncia su compromiso de salir en persona a buscar a sus ovejas siguiendo su rastro por todos los lugares donde se han

dispersado, para congregarlas de nuevo y apacientarlas en los montes de Israel, en donde les asegura la curación de las heridas y enfermas y el descanso, bajo cuidado vigilante de buen pastor. Es una bella descripción de la restauración que Dios promete a su pueblo a la vuelta del destierro.

El texto de San Pablo nos ha descrito la realidad misteriosa, sacramental, de esta comunidad litúrgica congregada aquí como Cuerpo de Cristo, con variedad de miembros unidos por el mismo Espíritu, que habita en cada uno de nosotros, nos infunde la fe en Jesús, el Señor, y nos otorga los dones necesarios para la vida en común y para llevar a cabo la misión de Jesús en diversos ministerios, funciones y servicios.

Y el Evangelio de Juan nos ha recordado que los bautizados somos sarmientos injertados en Cristo, la vid verdadera. Y hemos de permanecer en Cristo, para que él permanezca en nosotros y dé su fruto en nuestra vida. Porque sin él no podemos hacer nada. Separados de él somos leña seca destinada al fuego. Permaneciendo en él, el Padre nos cuida y nos poda para que demos más fruto como discípulos de Jesús, y nos concede lo que necesitamos y le pedimos para darle gloria con nuestra vida.

Fieles a la enseñanza recibida en su Palabra, suplicamos hoy todos juntos al Señor que nos introduzca en su corazón abierto y nos haga participar de sus sentimientos y actitudes; que nos acoja con ternura y nos deje gozar de su compañía y su íntima amistad; que nos ilumine con su luz y nos levante el ánimo del corazón para no desfallecer y volver a empezar siempre de nuevo a seguirle con más fidelidad y participar de su vida y misión con más intensa alegría.

Desde este renovado encuentro personal con el Señor podemos sentir la alegría de su llamada a ser “discípulos misioneros” y “evangelizadores con Espíritu”. Reconocemos que la primera motivación para evangelizar es el encuentro personal con el amor de Jesús que nos salva y que nos mueve a amarlo siempre más y a darlo a conocer. Si no sentimos el intenso deseo de comunicarlo, necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos. La mejor motivación para decidarnos a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor. (Cf. EvGa 264). Nos hace falta clamar cada día, pedir su gracia para

que nos abra el corazón frío y sacuda nuestra vida tibia y superficial. Puestos ante Él con el corazón abierto, dejando que Él nos contemple, reconocemos con alegría su mirada de amor. “¡Qué dulce es estar frente a un crucifijo, o de rodillas delante del Santísimo, y simplemente ser ante sus ojos! ¡Cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva!” (EvGa 264). Porque “no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en Él, que no poder hacerlo. No es lo mismo tratar de construir el mundo con su Evangelio que hacerlo sólo con la propia razón. Sabemos bien que la vida con Él se vuelve mucho más plena y que con Él es más fácil encontrarle un sentido a todo” (EvGa 266). Esta experiencia personal nos ayuda a comprender que el Evangelio responde a las necesidades más profundas de las personas y que la tristeza del hombre solo se cura con el amor infinito de Dios. (Cf. EvGa 265). Por eso nos inquieta “que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida”. (EvGa 49). Y en estas miradas de amor a Jesucristo y a los hombres de nuestro tiempo se alimenta cada día nuestro aliento evangelizador.

En esta Eucaristía suplicamos la gracia de experimentar con renovada intensidad la alegría de la comunión con Cristo, para asumir su llamada a la dulce y confortadora tarea de evangelizar. Ésta es *la tarea primordial y el mayor desafío* para la Iglesia en el tiempo presente. Y debe ser también la fuente de nuestras mayores alegrías. (Cf. EvGa 15).

La evangelización obedece al mandato misionero de Jesús: “Id y haced discípulos a todos los pueblos” (Mt 28,19). “Hoy, en este ‘id’ de Jesús, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos somos llamados a esta nueva ‘salida’ misionera”, para “llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio”. (EvGa 20) Esta es la tarea que hoy nos comprometemos a asumir en los ámbitos diocesanos de la catequesis, la liturgia, la enseñanza, la vida de especial consagración, el apostolado laical en las cofradías y demás asociaciones y movimientos, así como en el ejercicio

de la caridad y la atención a los enfermos y discapacitados, a los pobres, los presos y todos los excluidos de la vida social. Anhelamos llevar la luz del Evangelio a las familias y a sus hijos: niños y adolescentes, así como a los jóvenes, sean éstos estudiantes universitarios o trabajadores. Todos estos campos de misión, donde hace más falta la luz y la vida nueva del Resucitado, están especialmente presentes hoy en nuestra oración y a ellos nos sentimos enviados en particular algunos de los discípulos misioneros aquí presentes. (Cf. EvGa 30). Y tenemos bien en cuenta que Jesús se identifica especialmente con los más pequeños y nos encarga a sus discípulos escuchar el clamor de los pobres (Cf. EvGa 193, cuidar a los más frágiles de la tierra (Cf. EvGa 209) y prestar atención a las nuevas formas de pobreza y fragilidad. (Cf. EvGa 210).

Todos nosotros suplicamos hoy ser inundados por la alegría misionera del Evangelio, que vivió en primer lugar Jesús al revelar el misterio del Reino a los pobres y pequeños (cf. Lc 10,21), y que experimentaron “los setenta y dos discípulos, que regresan de la misión llenos de gozo (cf. Lc 10,17). Igualmente la sintieron llenos de admiración los primeros que se convirtieron al escuchar predicar a los Apóstoles “cada uno en su propia lengua” (Hch 2, 6) en Pentecostés. Entonces y ahora esa alegría debe ser un signo de que el Evangelio es anunciado y está dando fruto. (Cf. EvGa 21).

Ahora como en los primeros tiempos de la Iglesia, estamos llamados a ser una comunidad evangelizadora que se adelanta y toma la iniciativa sin miedo; que sale al encuentro, busca a los lejanos y llega a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos. Y todo ello como fruto de un deseo inagotable de brindar la misericordia que ha recibido del amor infinito del Padre. En consecuencia, pedimos hoy la gracia de asumir con obras y palabras la vida cotidiana de los demás, tocando la carne sufriente de Cristo en su pueblo. (Cf. EvGa 24).

Los agentes pastorales pedimos hoy al Señor que nos renueve espiritualmente y haga capaces de superar las actitudes personales y los procedimientos pastorales que nos encierran en nosotros mismos y generan en nosotros cansancio interior, nos roban la alegría evangelizadora y nos sumen en el pesimismo y en la conciencia de derrota (cf. EvGa 81-85). Anhelamos la gracia de buscar siempre la gloria de Dios

y la salvación de los hombres por encima de la gloria y el interés personal (Cf. EvGa 93). Así pues, pedimos que el Espíritu Santo opere en nosotros el milagro de descentrarnos de nosotros mismos y centrarnos en el Señor y en su misión, de la que Él nos hace partícipes.

Sabemos que sólo gracias al encuentro con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados del encerramiento en nosotros mismos y llegamos a la plenitud humana en Cristo. Solo cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos, alcanzamos nuestro ser más verdadero. “Allí está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?” (EvGa 8). Por eso, rogamos al apóstol Pablo que nos ayude a interiorizar que ‘El amor de Cristo nos apremia’ (2 Co 5, 14); y a exclamar con él: ‘¡Ay de mí si no anunciara el Evangelio! (1 Co 9, 16). (Cf. EvGa 9).

Cuando la Iglesia convoca a la tarea evangelizadora muestra a los cristianos el verdadero camino de la realización personal y les descubre la ley profunda de la realidad humana: “que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión”. (EvGa 10). Desde esta experiencia pedimos la gracia de recobrar y acrecentar el ardor y la dulce y confortadora alegría de evangelizar.

La tarea evangelizadora, en la que por encargo y gracia del Señor estamos colaborando con generosa fidelidad, no es una heroica tarea personal nuestra; la obra es ante todo de Él, más allá de lo que podemos descubrir y entender. La verdadera evangelización es “la que Él inspira, la que Él provoca, la que Él orienta y acompaña de mil maneras. Esta convicción nos permite conservar la alegría en medio de una tarea tan exigente y desafiante que toma nuestra vida por entero. Nos pide todo, pero al mismo tiempo nos ofrece todo”. (EvGa 12).

Con la confianza puesta en Jesucristo, los agentes pastorales de la Diócesis de Salamanca asumimos hoy de nuevo con alegría y esperanza la tarea que nos corresponde en esta nueva etapa de evangelización. Y lo hacemos en actitud de contemplación y de súplica, para que el Señor nos conceda la gracia de ser Evangelizadores con Espíritu, abiertos sin temor a la acción del Espíritu Santo en un renovado Pentecostés.

Pedimos el fuego del amor del Espíritu que nos haga salir de nosotros mismos y nos infunda la fuerza para anunciar la novedad del Evangelio con audacia en todo tiempo y lugar, incluso contra corriente. Apoyados en la oración, deseamos anunciar el Evangelio con palabras y con una vida que se ha transfigurado en la presencia de Dios (EvGa 259).

En esta celebración os llamo a todos a tomar parte muy decisiva en nuestra Asamblea diocesana para alentar y orientar en nuestra Diócesis de Salamanca una nueva etapa evangelizadora, llena de fervor y dinamismo (Cf. EvGa 17), y para promover nuestra renovación personal e institucional, que favorezca la fidelidad a la vocación evangelizadora (Cf. EvGa 26 y 30) en “espacios motivadores y sanadores para los agentes pastorales” (EvGa 77). Estas son metas que necesitamos buscar juntos, en comunión con Cristo y con su Iglesia, bajo la guía del Espíritu Santo. (Cf. EvGa 33). Llenos del Espíritu podremos vivir la participación en la Asamblea diocesana no como una pesada obligación, sino con espontánea libertad interior y con ánimo fervoroso, alegre, generoso, responsable y audaz. (Cf. EvGa 261).

Nuestra participación en el misterio pascual de Cristo nos concede la gracia de experimentar que quien se entrega a Dios por amor seguramente será fecundo (cf. *Jn* 15,5), aunque tal fecundidad será muchas veces invisible y no podrá ser contabilizada. “Uno sabe bien que su vida dará frutos, pero sin pretender saber cómo, ni dónde, ni cuándo... A veces nos parece que nuestra tarea no ha logrado ningún resultado, pero la misión no es un negocio ni un proyecto empresarial... es algo mucho más grande, que escapa a toda medida... El Espíritu Santo obra como quiere, cuando quiere y donde quiere; nosotros nos entregamos pero sin pretender ver resultados llamativos. Sólo sabemos que nuestra entrega es necesaria. Aprendamos a descansar en la ternura de los brazos del Padre en medio de la entrega creativa y generosa. Sigamos adelante, démoslo todo, pero dejemos que sea Él quien haga fecundos nuestros esfuerzos como a Él le parezca”. (EvGa 279).

Que el Padre de nuestro Señor Jesucristo nos regale la alegría del Evangelio de su Hijo y nos infunda la luz y el amor de su Espíritu, para que seamos testigos fieles y audaces del Evangelio en un renovado Pentecostés.

Eucaristía de Acción de Gracias por la Beatificación de Mons. Álvaro del Portillo

La historia de la Iglesia muestra a la vez la oscuridad que provocan los pecados de muchos de sus hijos y el resplandor que difunden los discípulos que han seguido con fidelidad total a Jesucristo y reflejan su luz en la vida de la Iglesia y en medio del mundo.

La luz es más fuerte que la oscuridad y un solo foco de luz elimina innumerables puntos de tiniebla. La historia de la Iglesia es luminosa porque está iluminada por Jesucristo, la luz del mundo, y por la multitud de hijos de la luz, los beatos y santos, que se han dejado transfigurar en la comunión de vida con el Señor y resplandecen con intensidad diversa y en variedad de formas con la luz de Cristo. Ninguno de ellos puede reflejar la totalidad de la luz de Cristo; ninguno de ellos puede agotar la totalidad del misterio de Dios, pero cada uno ofrece una imagen auténtica de la perfección humana que realiza en su vida el Espíritu de Cristo.

Así, todos los santos son necesarios y complementarios. Todos en su conjunto reflejan de forma perfecta la santidad de Dios, a la que la generalidad de sus hijos estamos llamados, y son para nosotros modelos a imitar a la vez que maestros e intercesores. Todos y cada uno de los santos son un tesoro y un bien común de la Iglesia. Y cada nuevo beato y santo enriquece el misterio de la comunión de los santos y es causa de alegría y esperanza para el entero Pueblo de Dios, que camina hacia la misma meta de la santidad en medio todavía de la lucha en este mundo. Por todo ello, el nuevo Beato Álvaro del Portillo es motivo de alegría, de fortaleza y esperanza para nosotros. Por ello, estamos celebrando esta Eucaristía de acción de gracias a Dios.

La Palabra de Dios nos ha invitado a bendecir a Dios que hace grandes obras de amor y de misericordia en nuestra vida, enaltecíendola con su liberación de nuestros pecados y llenando nuestros corazones de alegría y nuestros días de paz.

El texto de la carta a los Colosenses nos ha presentado el ideal de la vida ordinaria de los miembros de una comunidad cristiana, elegidos de Dios, convocados en el único cuerpo de Cristo, perdonados, santificados y amados por él, que están llamados a hacer lo mismo que Jesús ha hecho por ellos. En consecuencia, han de revestirse de compasión entrañable, humildad, mansedumbre y paciencia; y han de sobrellevarse mutuamente y perdonarse cuando alguno tenga quejas contra otro. Todas estas son manifestaciones del amor, que es el vínculo de la unidad perfecta, y tiene como resultado la paz de Cristo.

Para llevar a perfección este ideal de vida es necesario que la Palabra de Cristo habite en ellos en toda su riqueza de verdad y los haga ser maestros de sabiduría unos para con otros. Y es preciso que la Palabra acogida haga surgir de sus corazones y de sus labios obras y palabras que puedan ser reconocidas como fiel expresión de una existencia vivida en nombre de Jesús, que se convierte en un canto de alabanza y de acción de gracias a Dios por medio de él.

El Evangelio de Juan, en los versículos que preceden al texto proclamado hoy, nos recuerda que los bautizados somos sarmientos injertados en Cristo, la vid verdadera; y que hemos de permanecer en Cristo, para que él permanezca en nosotros y dé su fruto en nuestra vida. Porque sin él no podemos hacer nada. Separados de él somos leña seca destinada al fuego. Permaneciendo en él, el Padre nos cuida y nos poda para que demos más fruto como discípulos de Jesús, y nos concede lo que necesitamos y le pedimos para darle gloria con nuestra vida. De esta manera ha sentado las bases para mostrarnos hoy el camino de la perfección de nuestra vida en el amor.

La iniciativa es de Jesús, que nos ha amado primero, con el mismo amor que él recibe del Padre. Si nosotros recibimos y permanecemos en ese amor de Jesús, seremos capaces de guardar sus mandamientos, que tienen como centro este mandamiento: “Que os améis unos a otros como yo os he amado”; con el amor más grande, que es dar la vida por los amigos. Y para fortalecernos en esa capacidad de amar como él, nos recuerda que nos ha elegido a ser sus amigos con estas palabras entrañables: “*Vosotros sois mis amigos... ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; a vosotros os llamo amigos, porque todo lo*

que oído a mi Padre os lo he dado a conocer... Soy yo quien os he elegido... para que... deis fruto, y vuestro fruto permanezca". Nos ha dado a conocer el amor que el Padre nos tiene; y desde esta experiencia nos hace posible tener la certeza de que el Padre nos dará lo que le pidamos en su nombre. El fruto final es la alegría en plenitud, que es participación en la alegría que Jesús tiene en la comunión de amor con el Padre.

Queridos hermanos: La Palabra de Dios nos ha mostrado una vez más, y de una forma sencilla, el camino de la santidad en la vida diaria, que es la forma de vida que corresponde a los discípulos de Jesús en medio de este mundo, y que forma parte del carisma propio y de la espiritualidad que ha vivido de forma ejemplar el nuevo Beato.

A la luz de esta Palabra de Dios, el testimonio de vida y la enseñanza del beato Álvaro del Portillo, nos llaman a un nuevo aliento en el camino hacia la santidad y la perfección de la caridad, recordando la enseñanza del Concilio Vaticano II sobre la llamada universal a la santidad en la Iglesia.

“La Iglesia... es... santa, pues Cristo, ... el único Santo, amó a la Iglesia como a su esposa, entregándose a Sí mismo por ella para santificarla (cf. Ef 5, 25-26), la unió a Sí mismo como su propio cuerpo y la enriqueció con el don del Espíritu Santo para gloria de Dios. Por ello, en la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la Jerarquía que los apacentados por ella, están llamados a la santidad... Esta santidad de la Iglesia se manifiesta... en los frutos de gracia que el Espíritu produce en los fieles. Se expresa... en cada uno de los que... se acercan a la perfección de la caridad en su propio género de vida; de manera singular aparece en la práctica de los... llamados consejos evangélicos”. (LG 39).

“Los seguidores de Cristo, llamados por Dios... y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el bautismo... verdaderos hijos de Dios y partícipes de la naturaleza divina, y por lo mismo, realmente santos. En consecuencia, es necesario que con la ayuda de Dios conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron... pues... todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena” (LG 40).

“Por tanto, todos los fieles cristianos, en las condiciones, ocupaciones o circunstancias de su de su vida, y a través de todo eso, se santificarán más cada día si lo aceptan todo con fe de la mano del Padre celestial y colaboran con la voluntad divina, haciendo manifiesta a todos, incluso en su dedicación a las tareas temporales, la caridad con que Dios amó al mundo” (LG 41). Para lograr la santidad y la perfección dentro del propio estado, “estén todos atentos a encauzar rectamente sus afectos, no sea que el uso de las cosas del mundo y un apego a las riquezas contrario al espíritu de pobreza evangélica les impida la prosecución de la caridad perfecta” (LG 42).

En sintonía con esta enseñanza conciliar y con su propio testimonio de vida, la predicación del Beato Álvaro del Portillo ha ido dejando a lo largo de los años una síntesis armónica de un camino de perfección cristiana, que todos los presentes podemos acoger y seguir con la ayuda de la gracia de Dios.

¡Jesús nos quiere santos! Llamados a saciar en Dios la sed que ninguna otra fuente puede calmar. Santos, viviendo como hijos de Dios en Cristo, identificados con él, en la comunión de vida y de misión de la Iglesia, por la acción del Espíritu Santo. Santos en la familia de los hijos de Dios, que camina en comunión con Pedro al encuentro con Jesús, con la ayuda de María.

El camino de la santidad es el seguimiento de Cristo, conociendo y viviendo el Evangelio, que nos introduce en la amistad íntima con Jesús, en el diálogo de amor con él, en la participación en sus mismos sentimientos y en los sufrimientos y gozos de su pasión redentora y de su resurrección gloriosa. La oración personal y el sacramento de la penitencia, precedida de un examen de conciencia que nos ayude a conocernos bien, son un medio de gracia en la lucha diaria del seguimiento fiel de Jesús. La Eucaristía ha de ser el centro y raíz de la vida del cristiano, para que Cristo sea el centro de referencia de cada uno de nuestros pensamientos y de cada una de nuestras acciones. En el sacrificio eucarístico recuperamos las fuerzas gastadas en la lucha cotidiana, y nos colmamos de deseos de santidad y de apostolado. Con estos medios de gracia, y llevados de la mano maternal de la Virgen María, podemos llegar a ser santos, a pesar de nuestras miserias y pecados.

Este camino de vida cristiana enardece en nosotros la caridad de Cristo, que nos urge a anunciar e instaurar el Reino de Cristo. Con la confianza puesta en Dios, todo en nuestra vida es apostolado y todo se convierte en oración. Si el amor de Cristo nos urge, con el trabajo profesional se empapan de rectitud y sentido cristiano las relaciones sociales. El amor de Cristo nos impulsa a sembrar con audacia la amistad verdadera y la alegría en medio de este mundo que, por apartarse de Cristo se irrita y se entristece. Estamos llamados a inyectar alegría y esperanza en los corazones que se mueven entre desasosiegos y temores.

El nuevo Beato nos presenta un ideal de vida contemplativa en medio del mundo. Siguiendo el modelo de Jesús, que con su encarnación ha santificado el mundo, estamos llamados a santificar el trabajo, trabajando bien, con perfección humana y con perfección sobrenatural, por amor. Lo que importa no es que el trabajo salga bien, sino la actitud interior de amor con que se realiza. Se trata de trabajar siempre cara a Dios, con el único afán de darle toda la gloria y de poner a Cristo en la entraña de todas las actividades humanas. Poniendo la cruz de Cristo en las entrañas del mundo, los laicos realizáis vuestra vocación de santificar las realidades temporales, completando la justicia con la caridad. El espíritu cristiano exige no limitarse a dar a cada uno lo suyo, sino que lleva además a entregarse uno mismo a los demás. Con esta misma actitud estáis llamados a la santificación de la familia, viviendo el amor conyugal como el Señor quiere, con la gracia del sacramento del matrimonio.

El Beato Álvaro del Portillo nos ha enseñado que ser contemplativos en medio del mundo “es ver a Dios en todas las cosas con la luz de la fe, espoleados por el amor, y con la firme esperanza de contemplarlo cara a cara en el cielo”. Hoy pedimos la intercesión del nuevo Beato para que nos alcance de Dios la gracia de hacer realidad esta luminosa enseñanza.

Y ponemos nuestra vida en el altar, junto a al sacrificio de Jesucristo, para que el Espíritu Santo la convierta en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios. Este es el mejor culto espiritual y la mejor acción de gracias a Dios que podemos ofrecer en memoria de la beatificación de D. Álvaro del Portillo.

Novena de Santa Teresa de Jesús

Queridos hermanos: por intercesión de Santa Teresa, ruego al Señor que ponga sus palabras en mi boca y en vuestros corazones, para que esta celebración sea para todos nosotros un gozoso tiempo de diálogo íntimo de amor con aquel que sabemos que nos ama.

El mismo Jesús, el Señor, nos ha recordado hoy de nuevo que es Él quien nos ha elegido para ser sus amigos y nos ha dado a conocer su relación íntima de conocimiento y de amor con el Padre, para que tengamos parte en esa misma relación y demos fruto de amor duradero. Así llegará su alegría a plenitud en nosotros.

Dicho de otra forma: La amistad con Jesús es la respuesta a su gran amor a nosotros; brota de la misma experiencia de san Pablo: ¡me amó y se entregó a la muerte por mí! Y, por otra parte, nuestra amistad con Jesús debe tener como fruto la guarda de su mandamiento: “que os améis unos a otros como yo os he amado”. Para dar este fruto nos ha elegido Jesús. Y este fruto de amor es lo Jesús quiere que pidamos al Padre en su nombre.

Nuestra alegría sólo es verdadera y plena cuando nace de la unión de amor con Jesús y es una participación en la alegría que Jesús experimenta en su unión de amor con el Padre y en la obediencia a su voluntad. Nuestra alegría es pascual y nace de compartir los sentimientos y los sufrimientos de Cristo, con la esperanza de tener parte también con él en la resurrección y en la vida eterna.

La carta a los Efesios nos ha exhortado a pedir al Padre que Cristo habite por la fe en nuestros corazones y que el amor sea la raíz y el cimiento de nuestra vida. La fe nos hace reconocer que Cristo vive en nosotros y nos mueve a amar con el amor de Cristo. Así nuestra vida se edifica sobre la roca firme de Cristo. Así el amor cristiano es la fuente de conocimiento de todas las dimensiones de nuestra existencia y la fuerza que las impulsa a alcanzar la plenitud en Dios.

Santa Teresa asumió con total determinación y profunda alegría esta enseñanza de la Palabra de Dios, y nos ha dejado en su vida y en su enseñanza testimonios bellísimos de su camino personal de perfección

en la fe y en el amor. Por ese mismo camino nos anima a ser “*En tiempos recios, amigos fuertes de Dios*”

Esta última frase reúne en una especie de programa espiritual dos expresiones del Libro de la Vida con las que Santa Teresa calificó su época como “*tiempos recios*” (Vida 33,5) y manifestó la necesidad de vivir las dificultades de esos tiempos siendo “*amigos fuertes de Dios*” (Vida 15,5). Esta llamada de la Santa tiene plena actualidad para nosotros. De hecho, constituye el lema del encuentro europeo de jóvenes a celebrar con motivo del V Centenario de su Nacimiento.

Como en tiempos de la Santa, también ahora en el nuestro el corazón humano sigue buscando amores que le consuelen y animen; anhela de forma más o menos consciente el encuentro con el Amor absoluto que le cure sus tristezas y temores, y que le saque de sus noches oscuras. En palabras del Papa Francisco, “*nuestra tristeza infinita sólo se cura con un infinito amor*” (EvGa 265). Este Amor es Jesucristo, que nos llama a renovar la experiencia “*de gustar su amistad y su mensaje*” (EvGa 266).

Si queremos ser amigos fuertes de Dios como Santa Teresa, “*importa mucho, y el todo, una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar*” a la meta (Camino 21,2). Se trata de una decisión firme, apoyada en la experiencia de sentirnos queridos al mirar al Amigo Jesús, para no abandonar el camino emprendido, vengan las dificultades que vinieren.

Realmente corren hoy tiempos recios que precisan amigos fuertes de Dios. Estamos en una nueva época caracterizada por los adelantos que con gran rapidez se van dando en el progreso científico y en las innovaciones tecnológicas aplicadas a distintos campos de la naturaleza y de la vida. Junto a estos avances que contribuyen al bienestar de la gente en los ámbitos de la salud, la educación y la comunicación, no podemos olvidar que se ha producido un aumento de graves patologías sociales que hacen vivir a la mayoría de los hombres y mujeres de nuestro tiempo de forma precaria en su vida diaria. El miedo y la desesperación se apoderan del corazón de muchas personas, incluso en los países ricos. La alegría de vivir con frecuencia se apaga, la falta de respeto y la violencia crecen y la falta de equidad en la vida social y en la actividad económica es cada vez más patente. (Cf. EvGa 52).

El rechazo de la ética y el rechazo de Dios conducen a una cultura materialista del bienestar centrada en el consumo, que nos anestesia ante el drama de los demás y nos encierra en el individualismo egoísta y en la globalización de la indiferencia (Cf. EvGa 54). Este clima generalizado produce también dentro de la Iglesia “una acentuación del individualismo, una crisis de identidad y una caída del fervor” (EvGa 78). Una especie de complejo de inferioridad y de pesimismo estéril lleva a muchos cristianos a ocultar su identidad y sus convicciones y a perder su pasión y alegría evangelizadora, paralizados por el virus de la mundanidad espiritual (Cf. EvGa 79. 84.85. 93).

Teresa de Jesús es una excelente compañera y maestra para afrontar esta recia situación y seguir la invitación del Papa Francisco “a cada cristiano, en cualquier lugar y situación..., a renovar... su encuentro personal con Jesucristo” (EG 3)

Santa Teresa nos ha contado cómo vivió ella su experiencia de un nuevo encuentro con Cristo que significó su conversión definitiva: “Entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar... Era un Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe Él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle”. (Vida 9, 1).

Cuando Teresa de Jesús nos aconseja ser “amigos fuertes de Dios” sabe muy bien lo que dice. En Cristo ha encontrado un Amigo capaz de llenar su hambre de amor y de comunión de vida; y también ha hallado en él respuesta a la crisis religiosa que el nuevo humanismo del renacimiento y la reforma luterana suscitaron en la vida de la Iglesia y en la doctrina y práctica de la espiritualidad cristiana.

Es significativa la preferencia de Teresa por el misterio del Dios Amor, que revela especialmente san Juan (1 Jn 4, 8.16). Teresa lo expresa con la imagen del *Dios Amigo de los hombres, que vive y trata con ellos*: Un Dios muy “amigo de amigos” (CV 35, 2), que es fiel, comprensivo y tratable, especialmente en la humanidad de Cristo, que es

la revelación del amor de Dios (cf. Jn 3, 16-17), y en la eucaristía, pues “debajo de aquel pan está tratable” (CV 34, 9).

De esta experiencia del Dios Amigo surge la idea de Teresa sobre la oración, que incluye todas las experiencias de la vida en una admirable síntesis bajo la clave del amor. Pues “*no es otra cosa oración mental sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama*” (V 8, 5).

Este tratar de amistad es un diálogo entre Dios y el hombre; Dios que no cesa en su empeño de manifestar al hombre su amor; y el hombre abierto a un encuentro necesario con el Dios Amor. Teresa busca a Cristo en la oración y se define como Teresa de Jesús. Y Cristo responde dándose el nombre de Jesús de Teresa. Cristo entra en la vida de Teresa como un Amor que transforma su persona. Y Teresa confiesa que anhela tener a Cristo en el centro de su vida: “Había sido yo tan devota toda mi vida de Cristo... y así siempre tornaba a mí costumbre de holgarme con este Señor, en especial cuando comulgaba. Quisiera yo siempre traer delante de los ojos su retrato e imagen, ya que no podía traerle tan esculpido en mi alma como quisiera...” (Vida, 22,4). Por eso en más de una ocasión, pudo decir “Puedo tratar (con Cristo) como con amigo” (Vida 37,5).

Y el trato en la oración con el Amigo, convierte a Teresa en Maestra que nos enseña el Cristo Vivo. En el Libro de la Vida nos cuenta que en un momento de inquietud, porque se le ha prohibido el acceso a los libros de espiritualidad que eran su alimento diario, el Señor le dijo: “*No tengas pena, que yo te daré libro vivo*”. Y continúa explicando la Santa: “Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades. ¡Bendito sea tal libro, que deja impreso lo que se ha de leer y hacer de manera que no se puede olvidar! ¿Quién ve al Señor cubierto de llagas y afligido con persecuciones que no las abraza y las ame y desee? ¿Quién ve algo de la gloria que da a los que le sirven que no conozca que es todo nonada cuanto se puede hacer y padecer, pues tal premio esperamos” (Vida, 26, 6).

El anhelo del Amor de Cristo se va haciendo cada vez más intenso en la oración de Teresa. “¡Oh, qué de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor a la Samaritana!, y así soy muy aficionada a aquel

Evangelio. Y es así, cierto, que... suplicaba muchas veces al Señor me diese aquel agua” (Vida, 30,19).

En el Libro de la Vida va confesando las muestras de amor que recibe del Señor. Al narrar cómo el ángel mete en su corazón el dardo de fuego, confiesa que le “*dejaba toda abrasada en amor grande de Dios*” y explica “*ni se contenta el alma con menos que Dios... es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento*” (Vida, 29, 13). En otra ocasión recibe Teresa esta declaración de amor: “*Ya eres mía y Yo soy tuyo*”. A lo que ella responde: ¿Qué se me da, Señor, a mí de mí, sino de Vos? (Vida 39, 21). Y el Señor revela también a Teresa su predilección al hacerle comprender las verdades de la Escritura: “*No es poco esto que hago por ti, que una de las cosas es en que mucho me debes; porque todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad; no faltará ni una tilde de ella*”. Teresa comenta: “*A mi me pareció que siempre yo había creído esto, y que todos los fieles lo creían*”. Y añade que el Señor le dijo: “*¡Ay, hija mía, qué pocos me aman con verdad!, que si me amasen, no les encubriría yo mis secretos. ¿Sabes que es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a Mí. Con claridad verás esto que ahora no entiendes en lo que aprovecha a tu alma*” (Vida 40, 1).

El trato íntimo de amor con el Señor llega a la meta cuando Teresa recibe la gracia del matrimonio espiritual: una vida “en Cristo” en sentido pleno, en total identificación con él. Teresa convive con Cristo, goza de su presencia, de sus palabras, de la visión de su rostro. Recordamos lo narrado por la Santa: “*Díjome su Majestad: No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de mí... Entonces... díome su mano derecha y díjome: Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy; hasta ahora no lo habías merecido; de aquí adelante, no sólo como Criador y como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía: mi honra es tuya y la tuya mía*” (CC 22.a).

Unos años más tarde, recibe la confirmación de esta gracia y oye de labios de Cristo esta declaración: “*Ya sabes el desposorio que hay entre ti y mí, y habiendo esto, lo que yo tengo es tuyo, y así te doy todos los trabajos y dolores que pasé y con esto puedes pedir a mi Padre como*

cosa propia"; la Santa comenta: "La amistad con que se me hizo esta merced, no se puede decir aquí... y desde entonces miro muy de otra suerte lo que padeció el Señor, como cosa propia, y dame gran alivio" (CC 50.a). Referimos por último un testimonio de Teresa semejante al de san Pablo: ... "que ni me parece vivo yo, ni hablo, ni tengo querer, sino que está en mí quien me gobierna y da fuerza, y ando como casi fuera de mí" (CC 3.a, 10).

Teresa nos enseña que la oración es la puerta de entrada a nuestro castillo interior, donde nos llama a estar con el Amigo, que allí habita y nos acoge con el amor más grande. En el trato con él podemos ser nosotros mismos y alcanzar el saber que trasciende toda filosofía: el amor cristiano.

El camino hacia el interior hemos de realizarlo cada uno con el Evangelio en la mano, para interpretar y llenar de contenido nuestros encuentros con el Señor. Teresa concretaba el camino de perfección del Evangelio en tres actitudes básicas, que son fruto de la oración y la gracia, sin necesidad de fenómenos místicos: primero, el desasimiento: liberarnos de las cosas, de las personas y de nosotros mismos, es decir, de la soberbia, del egoísmo y la codicia; junto a esto, la caridad: amar a Dios y a los otros más que a nosotros mismos; y por último, la más importante, la humildad: andar en verdad ante Dios, para descubrir quiénes somos y lo que podemos por nosotros mismos y con la gracia del Señor.

Como amigos fuertes de Dios, estamos llamados a afrontar nuestros tiempos recios con la esperanza de quienes se abren sin temor a la acción del Espíritu Santo. Cuando se va estrechando el espacio para la fe en Dios y la presencia cristiana en la sociedad, Cristo manifiesta más su amor en su lugar propio: en el hombre que lleva su imagen en medio del mundo, y en la comunidad de los discípulos, cuya vida se ha transformado en el encuentro con Él. La presencia de Cristo es real y operante, aunque tantas veces permanezca desconocida y oculta. El Señor solo necesita que le miremos, para que descubramos con cuanto amor nos está mirando y esperando. No encontraremos en Él reproches. Sólo se alegrará de nuestra vuelta a Él en nuestra propia casa, en la cual ha venido a hacer su morada junto con el Padre, para compartir con nosotros la fiesta de la amistad y de la vida, en plenitud de alegría.

Celebración de Vísperas en la Apertura del V Centenario del Nacimiento de Santa Teresa de Jesús

Queridos hermanos:

La lectura breve de la carta a los Efesios inserta en una oración de adoración y alabanza a la Trinidad una exhortación a pedir al Padre que Cristo habite por la fe en nuestros corazones y que el amor sea la raíz y el cimiento de nuestra vida. La fe nos hace reconocer que Cristo vive en nosotros y nos mueve a amar con el amor de Cristo. Así nuestra vida se edifica sobre la roca firme de Cristo. Así el amor cristiano es la fuente de conocimiento de todas las dimensiones de nuestra existencia y la fuerza que las impulsa a alcanzar la plenitud en Dios.

Santa Teresa vivió con total determinación y alegría esta enseñanza de la Palabra de Dios, y nos ha dejado en su vida y en su enseñanza testimonios bellísimos de su camino personal de perfección en la fe y en el amor.

Teresa de Jesús nos ha contado cómo vivió ella su experiencia de un nuevo encuentro con Cristo que significó su conversión definitiva: “Entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar... Era un Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe Él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándome me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle”. (Vida 9, 1).

Es significativa la preferencia de Teresa por el misterio del Dios Amor, que revela especialmente san Juan (1 Jn 4, 8.16). La Santa lo expresa con la imagen del *Dios Amigo de los hombres, que vive y trata con ellos*: Un Dios muy “amigo de amigos” (CV 35, 2), que es fiel, comprensivo y tratable, especialmente en la humanidad de Cristo, que es la revelación del amor de Dios (cf. Jn 3, 16-17), y en la eucaristía, pues “debajo de aquel pan está tratable” (CV 34, 9).

De esta experiencia del Dios Amigo surge la idea de Teresa sobre la oración, que incluye todas las experiencias de la vida en una admirable síntesis bajo la clave del amor. Pues “*no es otra cosa oración mental sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama*” (V 8, 5).

Este tratar de amistad es un diálogo de amor. Teresa busca a Cristo en la oración y se define como Teresa de Jesús. Y Cristo responde dándose el nombre de Jesús de Teresa. Cristo entra en la vida de Teresa como un Amor que transforma su persona. Y Teresa confiesa que anhela tener a Cristo en el centro de su vida: “Había sido yo tan devota toda mi vida de Cristo... y así siempre tornaba a mí costumbre de holgarme con este Señor, en especial cuando comulgaba. Quisiera yo siempre traer delante de los ojos su retrato e imagen, ya que no podía traerle tan esculpido en mi alma como quisiera...” (Vida, 22,4). Teresa ha experimentado que puede “tratar (con Cristo) como con amigo” (Vida 37,5).

Y en el trato en la oración con el Amigo, recibe Teresa la revelación de Jesús como su Libro Vivo. En un momento de inquietud, porque se le ha prohibido el acceso a los libros de espiritualidad que eran su alimento diario, el Señor dijo a Teresa: “*No tengas pena, que yo te daré libro vivo*”. Y continúa explicando la Santa: “Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades. ¡Bendito sea tal libro, que deja impreso lo que se ha de leer y hacer de manera que no se puede olvidar! ¿Quién ve al Señor cubierto de llagas y afligido con persecuciones que no las abraza y las ame y desee? ¿Quién ve algo de la gloria que da a los que le sirven que no conozca que es todo nonada cuanto se puede hacer y padecer, pues tal premio esperamos” (Vida, 26, 6).

En su autobiografía espiritual, el Libro de la Vida, va confesando Teresa las muestras de amor que recibe del Señor. Al narrar cómo el ángel mete en su corazón el dardo de fuego, confiesa que le “*dejaba toda abrasada en amor grande de Dios*” y explica “*ni se contenta el alma con menos que Dios...*”. (Vida, 29, 13). En otra ocasión recibe Teresa esta declaración de amor: “*Ya eres mía y Yo soy tuyo*”. A lo que ella responde: ¿Qué se me da, Señor, a mí de mí, sino de Vos? (Vida 39, 21).

Y el Señor revela también a Teresa su predilección al hacerle comprender las verdades de la Escritura: “*No es poco esto que hago por ti, que una de las cosas es en que mucho me debes; porque todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad; no faltará ni una tilde de ella*”. Teresa comenta: “A mi me pareció que siempre yo había creído esto, y que todos los fieles lo creían”. Y añade que el Señor le dijo: “*¡Ay, hija mía, qué pocos me aman con verdad!, que si me amasen, no les encubriría yo mis secretos. ¿Sabes que es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable a Mí*”. (Vida 40, 1).

En el largo trato de amor en la oración, Teresa ha ido poniendo cada vez más a Jesús en el centro de su vida, como raíz y cimiento. En la oración ha ido experimentando la morada de la Trinidad en el castillo interior de su alma; ha sentido a Cristo Amigo, con el que vive sin vivir en sí, como fuera de sí, pero encontrando en él toda la plenitud de su vida en una identificación de amor, compartiendo sus dolores y su gloria; ha conocido la plena verdad de la Escritura y que nada es verdad que a Cristo le desagrade; ha recibido la gracia del matrimonio espiritual y ha oído de labios de Jesús esta declaración: “*Ya sabes el desposorio que hay entre ti y mí, y habiendo esto, lo que yo tengo es tuyo, y así te doy todos los trabajos y dolores que pasé y con esto puedes pedir a mi Padre como cosa propia*”; la Santa comenta: “La amistad con que se me hizo esta merced, no se puede decir aquí... y desde entonces miro muy de otra suerte lo que padeció el Señor, como cosa propia, y dame gran alivio” (CC 50.a).

Desde su experiencia, Teresa nos ha enseñado que la oración es la puerta de entrada a nuestro castillo interior. Allí nos llama a estar con el Amigo, que en nuestra alma habita y nos espera y acoge con el amor más grande. En el trato con él llegamos a ser en plenitud nosotros mismos y alcanzamos el saber que trasciende toda filosofía: el amor cristiano.

Apertura del V Centenario del Nacimiento de Santa Teresa de Jesús

Queridos hermanos en el Señor: Por intercesión de Santa Teresa, ruego al Señor que ponga sus palabras en mi boca y en vuestros corazones, para que esta celebración sea para todos nosotros un gozoso tiempo de diálogo íntimo de amor con aquel que sabemos que nos ama. (Cf. Vida 8,5).

El Señor nos ha convocado en Alba de Tormes, en la cercanía del sepulcro de Santa Teresa de Jesús, para iniciar con la celebración de la Eucaristía la gozosa acción de gracias que vamos a rendirle durante todo el Año Jubilar del V Centenario del Nacimiento de nuestra Patrona diocesana. Sed todos bienvenidos. Agradezco vuestra presencia y os saludo con afecto fraternal.

Sentimos y agradecemos la cercanía y unión espiritual en esta celebración de las hermanas Carmelitas Descalzas de los Monasterios de Alba de Tormes, Cabrerizos, Ledesma, Peñaranda de Bracamonte, Mancera de Abajo y Cabrera, así como de las restantes comunidades de hermanas de vida contemplativa de nuestra diócesis, que desde su clausura están aquí presentes en espíritu.

El Señor ha hecho grandes obras de fe y de amor en Santa Teresa de Jesús y estamos alegres. En ella nos ha dado una gran maestra de la vida espiritual que nos acompaña con su intercesión y nos guía en el camino de la perfección de nuestra vida cristiana como discípulos fieles de nuestro común Señor, hermano y salvador, Jesucristo, hijo de Dios.

¡Qué hermoso es contemplar esta asamblea litúrgica del Pueblo de Dios en Salamanca! ¡Cuánta alegría sentimos pastores y fieles en este inicio de nuestro Año Jubilar Teresiano y de la Vida Consagrada, que nos introduce gozosamente, de la mano de Teresa de Jesús, Doctora de la Iglesia, en el proceso de renovación espiritual y evangelizadora que busca alcanzar nuestra anunciada Asamblea diocesana. Esta asamblea eucarística nos congrega a todos como hermanos, con

Teresa de Jesús y la Virgen del Carmen, en la invocación del Espíritu Santo para un renovado Pentecostés santificador y misionero de nuestra Iglesia diocesana. Necesitamos que el Espíritu Santo sea el actor principal en esta celebración y le pedimos: Ven, Espíritu divino, manda tu luz desde el cielo, Padre amoroso del pobre; don es tus dones espléndido; luz que penetras las almas, fuente del mayor consuelo.

Con el autor humano del Libro de la Sabiduría confesamos que Dios es el origen y el mentor de la sabiduría y quien marca el camino de los sabios; en sus manos estamos nosotros y nuestras palabras, y toda la prudencia y el talento. La sabiduría tiene su sede en Dios: le asistió en la creación del mundo, conoce todas sus obras y sabe lo que es grato a sus ojos y lo que es recto según sus preceptos (Cf. Sab 9, 9). Hoy nos proponemos asumir de nuevo la sabiduría de Dios por luz de nuestra vida, para que entre en nuestras almas y nos haga *“amigos de Dios y profetas”* (Sap 7, 27). Y suplicamos a Dios que nos conceda de nuevo el espíritu de la sabiduría; que nos ilumine para darle preferencia sobre todos los bienes de este mundo: poder, riqueza, salud y belleza. *“Pues Dios solo ama a quien convive con la sabiduría”* (Sap 7, 28). *“Cristo... es fuerza y sabiduría de Dios”* (1 Co 1,24), la vida y la luz de los hombres (Cf. Jn 1, 4), que hace *“ser hijos de Dios a los que creen en su nombre”* (Jn 1, 12).

El apóstol Pablo ha proclamado: *“el Espíritu de Dios habita en vosotros”*, los que tenéis *“el Espíritu de Cristo”* y sois *“de Cristo”* (Cf. Ro 8, 9). *“...habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: ‘Abba, Padre’... Ese mismo Espíritu da testimonio...de que somos hijos de Dios”* (Ro 8, 15-16). La consecuencia práctica de ello es doble: Tenemos que acreditar nuestra condición de hijos de Dios dejándonos llevar por el Espíritu de Dios; y así tenemos derecho a la herencia de los hijos junto con Cristo. Esta herencia incluye sufrir con Cristo y ser glorificados con él.

El texto del Evangelio de Juan ha descrito la acción del Espíritu Santo en nosotros con el símbolo del agua viva, que Jesús prometió a la samaritana con estas palabras: *“El que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él”*

en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna” (Jn 4,14). A los que creemos en él, nos ha recordado Jesús que sólo a él hemos de ir a apagar nuestra sed. Sólo él, con el don de su Espíritu, hace manar en nuestras entrañas torrentes de agua viva.

Con esta imagen del agua viva nos está hablando del Amor de Dios, del Amor que él comparte con el Padre, y que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones, según la expresión de Pablo: *“El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado”* (Ro 5, 5). Y en esta experiencia del amor de Dios pone Pablo el fundamento de nuestra esperanza que nunca se verá defraudada: *“Dios nos demostró su amor en que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros”* (Ro 5, 8), y nada *“podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor”* (Ro 8, 30). Pablo personalizó más esta convicción al afirmar: *“Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí”* (Gal 2, 20).

Teresa de Jesús se identificó con esta experiencia del apóstol y siguió con total determinación y profunda alegría la enseñanza de la Palabra de Dios hoy proclamada. Así nos mostró con su vida y escritos el camino de perfección por el que Dios conduce al hombre hasta Él y, a la vez, lo orienta hacia los hombres.

En un escrito dirigido al Obispo de Ávila con motivo del inicio del Centenario de Santa Teresa de Jesús, el Papa Francisco ha propuesto a todos los católicos de España cuatro caminos por los que el Señor quiere llevarnos hoy tras las huellas y de la mano de Teresa: el camino de la alegría, de la oración, de la fraternidad y del propio tiempo vivido como gracia.

“Teresa de Jesús invita a sus monjas a “andar alegres sirviendo” (Camino 18,5). La verdadera santidad es alegría, porque “un santo triste es un triste santo”. Los santos, antes que héroes esforzados, son fruto de la gracia de Dios a los hombres. Cada santo nos manifiesta un rasgo del multiforme rostro de Dios. En santa Teresa contemplamos al Dios que, siendo “soberana Majestad, eterna Sabiduría” (Poesía 2), se revela cercano y compañero, que tiene sus delicias en conversar con los

hombres: Dios se alegra con nosotros. Y, de sentir su amor, le nació a la Santa una alegría contagiosa que no podía disimular y que transmitía a su alrededor. Esta alegría es un camino que hay que andar toda la vida. No es instantánea, superficial, bullanguera. Hay que procurarla ya “a los principios” (Vida 13,1). Expresa el gozo interior del alma, es humilde y “modesta” (cf. Fundaciones 12,1). No se alcanza por el atajo fácil que evita la renuncia, el sufrimiento o la cruz, sino que se encuentra padeciendo trabajos y dolores (cf. Vida 6,2; 30,8), mirando al Crucificado y buscando al Resucitado (cf. Camino 26,4). De ahí que la alegría de santa Teresa no sea egoísta ni autorreferencial. Como la del cielo, consiste en “alegrarse que se alegren todos” (Camino 30,5), poniéndose al servicio de los demás con amor desinteresado. Al igual que a uno de sus monasterios en dificultades, la Santa nos dice también hoy a nosotros, especialmente a los jóvenes: “¡No dejen de andar alegres!” (Carta 284,4). ¡El Evangelio no es una bolsa de plomo que se arrastra pesadamente, sino una fuente de gozo que llena de Dios el corazón y lo impulsa a servir a los hermanos!

La Santa transitó también el camino de la oración, que definió bellamente como un “tratar de amistad estando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama” (Vida 8,5). Cuando los tiempos son “recios”, son necesarios “amigos fuertes de Dios” para sostener a los flojos (Vida 15,5). Rezar no es una forma de huir, tampoco de meterse en una burbuja, ni de aislarse, sino de avanzar en una amistad que tanto más crece cuanto más se trata al Señor, “amigo verdadero” y “compañero” fiel de viaje, con quien “todo se puede sufrir”, pues siempre “ayuda, da esfuerzo y nunca falta” (Vida 22,6). Para orar “no está la cosa en pensar mucho sino en amar mucho” (Moradas IV,1,7), en volver los ojos para mirar a quien no deja de mirarnos amorosamente y sufrirnos pacientemente (cf. Camino 26,3-4). Por muchos caminos puede Dios conducir las almas hacia sí, pero la oración es el “camino seguro” (Vida 21,5). Dejarla es perderse (cf. Vida 19,6). Estos consejos de la Santa son de perenne actualidad. ¡Vayan adelante, pues, por el camino de la oración, con determinación, sin detenerse, hasta el fin! Esto vale singularmente para todos los miembros de la vida consagrada. En una cultura de lo provisorio, vivan la fidelidad del “para siempre, siempre, siempre” Vida

1,5); en un mundo sin esperanza, muestren la fecundidad de un “corazón enamorado” (Poesía 5); y en una sociedad con tantos ídolos, sean testigos de que “sólo Dios basta” (Poesía 9).

Este camino no podemos hacerlo solos, sino juntos. Para la santa reformadora la senda de la oración discurre por la vía de la fraternidad en el seno de la Iglesia madre. Esta fue su respuesta providencial, nacida de la inspiración divina y de su intuición femenina, a los problemas de la Iglesia y de la sociedad de su tiempo: fundar pequeñas comunidades de mujeres que, a imitación del “colegio apostólico”, siguieran a Cristo viviendo sencillamente el Evangelio y sosteniendo a toda la Iglesia con una vida hecha plegaria. “Para esto os juntó Él aquí, hermanas” (Camino 2,5) y tal fue la promesa: “que Cristo andaría con nosotras” (Vida 32,11). ¡Qué linda definición de la fraternidad en la Iglesia: andar juntos con Cristo como hermanos! Para ello no recomienda Teresa de Jesús muchas cosas, simplemente tres: amarse mucho unos a otros, desasirse de todo y verdadera humildad, que “aunque la digo a la postre es la base principal y las abraza todas” (Camino 4,4). ¡Cómo desearía, en estos tiempos, unas comunidades cristianas más fraternas donde se haga este camino: andar en la verdad de la humildad que nos libera de nosotros mismos para amar más y mejor a los demás, especialmente a los más pobres! ¡Nada hay más hermoso que vivir y morir como hijos de esta Iglesia madre!

Precisamente porque es madre de puertas abiertas, la Iglesia siempre está en camino hacia los hombres para llevarles aquel “agua viva” (cf. Jn 4,10) que riega el huerto de su corazón sediento. La santa escritora y maestra de oración fue al mismo tiempo fundadora y misionera por los caminos de España. Su experiencia mística no la separó del mundo ni de las preocupaciones de la gente. Al contrario, le dio nuevo impulso y coraje para la acción y los deberes de cada día; porque también “entre los pucheros anda el Señor” (Fundaciones 5,8). Ella vivió las dificultades de su tiempo –tan complicado– sin ceder a la tentación del lamento amargo, sino más bien aceptándolas en la fe como una oportunidad para dar un paso más en el camino. Y es que, “para hacer Dios grandes mercedes a quien de veras le sirve, siempre es tiempo” (Fundaciones 4,6). Hoy Teresa nos dice: Reza más para comprender

bien lo que pasa a tu alrededor y así actuar mejor. La oración vence el pesimismo y genera buenas iniciativas (cf. Moradas VII,4,6). ¡Éste es el realismo teresiano, que exige obras en lugar de emociones, y amor en vez de ensueños, el realismo del amor humilde frente a un ascetismo afanoso! Algunas veces la Santa abrevia sus sabrosas cartas diciendo: “Estamos de camino” (Carta 469,7.9), como expresión de la urgencia por continuar hasta el fin con la tarea comenzada. Cuando arde el mundo, no se puede perder el tiempo en negocios de poca importancia. ¡Ojalá contagie a todos esta santa prisa por salir a recorrer los caminos de nuestro propio tiempo, con el Evangelio en la mano y el Espíritu en el corazón!

“¡Ya es tiempo de caminar!” (Ana de San Bartolomé, *Últimas acciones de la vida de santa Teresa*). Estas palabras de santa Teresa de Ávila a punto de morir son la síntesis de su vida y se convierten para nosotros, especialmente para la familia carmelitana, sus paisanos abulenses y todos los españoles, en una preciosa herencia a conservar y enriquecer.

Con mi saludo cordial, a todos les digo: ¡Ya es tiempo de caminar, andando por los caminos de la alegría, de la oración, de la fraternidad, del tiempo vivido como gracia! Recorramos los caminos de la vida de la mano de santa Teresa. Sus huellas nos conducen siempre a Jesús”.

Hasta aquí las cálidas palabras de exhortación que nos ha dirigido el Papa Francisco. Las acogemos con filial gratitud y nos unimos hoy en una más intensa oración por él, respondiendo a su humilde petición.

Los que queremos ser amigos fuertes de Dios en nuestros tiempos recios, pedimos hoy que el Espíritu Santo derrame en nuestros corazones el intenso fuego de amor a Jesucristo que abrasó el corazón de Teresa de Jesús.

Preparación de la Asamblea Diocesana

El Adviento es el tiempo de preparación a la Navidad, memoria actual de la primera “venida” del Hijo de Dios, y es también una invitación a vivir en la espera “de la segunda venida” de Cristo al final de los tiempos. Nuestra vida cristiana adquiere sentido a partir de estos dos tiempos de gracia y salvación: La encarnación de Cristo nos hace participar de su vida divina, y la Parusía lleva la obra de Cristo a su total cumplimiento. Por ello, el cristiano vigila y espera siempre la venida del Señor; y el Adviento es tiempo de fe vigilante, de anhelo de salvación y de esperanza activa y alegre. En consecuencia es también tiempo de conversión, para preparar los corazones a la acogida del Señor que viene, y tiempo de misión, para anunciar la venida incesante del Reino de Dios. Es tiempo de conversión misionera.

Con estas actitudes estamos llamados a vivir este Adviento de 2014 en el clima de fe vigilante y de alegría espiritual al que nos invita nuestra Asamblea misionera diocesana. Como bien sabéis, la hemos convocado con la esperanza de favorecer un renovado encuentro con Jesucristo, nuestro Señor y Salvador, que nos llene de alegría. Creemos firmemente que Él viene siempre de nuevo a nosotros y le rogamos que en esta nueva época nos acompañe con su luz y su gracia para renovar nuestra Iglesia diocesana en su vida espiritual, en su actividad pastoral y en su organización y formas de presencia institucional en medio de la sociedad. Reconocemos que sin Él no podemos hacer nada, no somos nada.

La lectura del profeta Isaías nos ha mostrado al pueblo de Israel en una situación desesperada. A la esclavitud se añade la opresión del pecado, que degrada al hombre, le lleva al fracaso, lo hace impuro, repugnante, sin peso, sin consistencia; que, sobre todo, lo aleja de Dios, su sostén y su gloria, le oculta su rostro, le niega su intimidad. Desde esta situación angustiosa el pueblo invoca al Señor: que rasgue los cielos y baje a salvarle; él, el único que puede librarlo cuando ya es inútil el recurso a cualquier salvador humano; él, el redentor; el que ya salvó al pueblo de opresiones semejantes, que, por la alianza se ha hecho padre del pueblo; el alfarero que ha modelado la arcilla de cada naturaleza humana como obra de sus manos.

El cristiano, aunque salvado ya, espera aún la salvación definitiva. Hace suya la invocación de Israel: Ojalá rasgases los cielos y bajases. Aparta nuestras culpas y seremos salvos. Vuelve a mostrarnos tu amor. Mira que somos tu pueblo. Nosotros hemos hecho hoy la misma súplica con las palabras del Salmo responsorial: Señor, Dios nuestro, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve. Ante una catástrofe nacional los israelitas recurren a Dios, que en tiempo de sus padres “sacó a Israel como una vid de Egipto”; y claman, ¡que Dios quiera de nuevo ocuparse de la viña de su predilección!

Es esta, también, la súplica cristiana al empezar el tiempo de Adviento: Estamos a veces tan perdidos en nuestros intereses mundanos que damos la impresión de que ya no esperamos nada, y podemos ser la causa de que mucha gente no invoque el nombre de Dios ni se esfuerce por aferrarse a él. Por ello, necesitamos suplicar con fervor ¡que las visitas de Dios se repitan nuevamente y el Señor venga a salvarnos!

En la segunda lectura hemos escuchado el saludo inicial de la carta primera de san Pablo a los cristianos de Corinto. El apóstol describe la comunidad de Corinto en la perspectiva espiritual del adviento; es decir, en referencia a la primera venida de Cristo, que ha derramado en ella su gracia en abundancia, y en la espera confiada de su segunda venida en gloria. En Cristo han sido enriquecidos en todo: en las palabras, en el conocimiento y en el fruto que ha producido en ellos el testimonio de Pablo sobre Cristo. No carecen de ningún don de Dios. Así enriquecidos, pueden aguardar con confianza la manifestación gloriosa de Jesucristo. Él los mantiene firmes hasta el final, para que sean hallados irrepreensibles en el día del Señor. El Dios que los llamó a la comunión con su Hijo Jesucristo es fiel y los mantiene en la fidelidad a sus dones. Todo es obra de la gracia de Dios en Cristo Jesús.

La exhortación a la vigilancia aparece con frecuencia en el Nuevo Testamento. La vigilancia es una característica de la vivencia de la esperanza cristiana. En el texto evangélico de hoy se expresa uno de los motivos de la vigilancia: No sabemos el día ni la hora en que volverá el Señor. Esta vuelta del Señor hay que entenderla de su actuación continua en la Iglesia, de su venida al encuentro de cada hombre a la hora de su muerte y de la vuelta final al término de la existencia del mundo.

Permanecer en vela a la espera de la llegada del Señor no significa estar paralizados u ocupados sólo en adivinar la fecha de la venida, escurtando con inquietud posibles señales del fin del mundo. La vigilancia de los criados se ha descrito como una tarea encargada por el Señor (Mc 13, 34); por eso consiste en trabajar con serenidad y sosiego, en aprovechar bien el tiempo para hacer fructificar los talentos recibidos; y en salir al mundo entero a anunciar el Evangelio, siguiendo el mandato del Señor. Por eso, la exhortación a la vigilancia es permanente y se dirige a todos: a los Apóstoles, en primer lugar, y a todos los discípulos en general.

Los discípulos de Jesús estamos llamados a permanecer vigilantes en medio de una sociedad en gran parte sumergida en el sueño de la despreocupación por la venida del Señor. En la breve parábola, podemos ver representada la misión de la Iglesia en el portero de la casa, llamado por Jesús especialmente a vigilar mientras los demás criados hacen su tarea. La vigilancia de los discípulos brota de la fe, que nos abre los ojos de par en par, y de la gracia del Espíritu Santo que derrama el amor de Dios en nuestros corazones y siembra en ellos la esperanza que nunca se verá defraudada. Los escépticos pueden menospreciar nuestra vigilancia como algo propio de gente soñadora, cuya atención está puesta en inciertos acontecimientos futuros. Pero el texto de Marcos da a entender que esos menospreciados “soñadores” somos los que realmente tenemos los ojos abiertos, mientras que los supuestos “realistas”, que piensan que el mundo seguirá indefinidamente su curso acostumbrado, están sencillamente adormecidos.

Los discípulos respiramos el mismo aire de una atmósfera social que parece mostrar una profunda incapacidad de esperar. Pero sabemos con certeza que la espera del Señor es la única importante y decisiva, porque, igual que la comunidad de Corinto, hemos sido enriquecidos en toda gracia en Cristo Jesús. Y esperamos que el Dios fiel, que nos ha llamado a participar en la vida de su Hijo, nos mantendrá firmes hasta el día de la manifestación del Señor. Creemos firmemente su palabras sobre la venida del Hijo del Hombre (cf. Mc 13, 26-32).

El Hijo del hombre, es decir, Jesús, que vino ya en la frágil carne humana, nacido de María y muerto en la cruz, resucitado y vivo,

vendrá en la gloria. Muchos de nuestros conciudadanos, ni piensan ni creen en un juicio; tampoco consideran que pueda llegar ese día en que se cumplirá la justicia y la verdad para todos aquellos que han sido oprimidos y afligidos a lo largo de la historia, para todas las víctimas y los sin voz. Sin embargo, ese día llegará. Y esto es una buena noticia, es evangelio. La venida del Señor no niega la historia, no condena a esta humanidad, sino que tiene el poder de transfigurar este mundo y redimir la historia.

Los cristianos estamos llamados a velar, porque somos “*los que esperan la manifestación del Señor*” (2 Tim 4, 8). Sabemos también que más allá de la muerte existe la vida eterna, es decir, la vida en Dios para siempre; tenemos la certeza de que Jesucristo, vencedor del pecado, del mal y de la muerte, nos hará sentar con él en la gran fiesta del banquete del Reino de los cielos, que el Padre ha preparado para nosotros desde antes de la creación del mundo.

Nuestra gozosa esperanza en el Señor, alimentada en la contemplación de su Palabra y en la comunión eucarística, nos capacita para el acercamiento cordial y lúcido a la realidad cultural y espiritual de nuestra gente, con amor y misericordia, con humildad y sencillez, con realismo y esperanza. El amor al Señor y a la gente son imprescindibles para ser capaces de presentarles el Evangelio de Jesús con un lenguaje comprensible y que dé respuesta a los sentimientos y preocupaciones que abrigan en su corazón. Sin intimidad con el Señor y cercanía cordial al pueblo no puede surgir el diálogo evangelizador.

Hemos de creer con firmeza en la fuerza del Evangelio para superar la “apostasía silenciosa” que se ha instalado en nuestra sociedad, abandonando las referencias a Dios, a Jesucristo, a la Iglesia y a las consecuencias morales y prácticas de la fe cristiana como carentes de fundamento racional o científico, o considerándolas como meras “opciones subjetivas”, que no pueden reclamar valor universal, ni pueden influir en la vida pública y colectiva.

El clima cultural de consolidación de la increencia como forma mayoritaria de vida hace más difícil la fe de los cristianos y favorece la creciente mundanización de la vida personal y social. En este contexto,

la práctica de la vida cristiana es abandonada por muchos sin crisis ni remordimientos de ninguna clase. En consecuencia, el aspecto central de nuestro trabajo pastoral está hoy en ayudar a la gente a *recuperar la memoria de Dios*, el reconocimiento de su existencia y de su providencia salvadora como algo primordial para el bien y la autenticidad de la vida humana. Sin esta recuperación de la experiencia religiosa personal, todas las demás posibles propuestas y recomendaciones se quedan sin fundamento.

La historia de la Diócesis de Salamanca es una historia de salvación conducida por el Espíritu del Señor, que la va llevando a la plenitud en la comprensión y vivencia de su verdad misteriosa y de su misión y presencia en medio del mundo. Con sus dones de gracia, Dios enriquece la vida de nuestra Iglesia diocesana y suscita en los sacerdotes y en numerosos fieles laicos verdaderas actitudes de vida evangélica y de servicio a la misión en numerosas actividades apostólicas: en el anuncio misionero, en la iniciación cristiana, en la formación y educación de los jóvenes, en la celebración de la liturgia, en el servicio de la caridad, en la vida familiar y en la acción social, en la colaboración económica y en la participación en sus órganos de consejo. En medio de las crecientes dificultades de la misión, Dios no deja de acompañar con amor paternal a sus hijos. Y su presencia operante a través de los fieles de cada comunidad de la diócesis debe ser reconocida con fe y agradecida con amor.

Nuestro Adviento y nuestra Asamblea diocesana son un tiempo de gracia y conversión y, por ello, de esperanza. A tal fin, con humildad y confianza tenemos que revisar nuestra vida cristiana y nuestras tareas apostólicas para hacerlas más fructíferas en el nuevo y difícil contexto social en el que tienen que desarrollarse. El testimonio eficaz del Evangelio nos exige hoy una vida espiritual muy auténtica y un intenso fervor, así como la mayor libertad de todas las servidumbres a los bienes e intereses mundanos, y la absoluta primacía del amor al Señor y al prójimo. Necesitamos creer de verdad en la eficacia y en la necesidad del Evangelio para el bien de nuestros hermanos. Y estamos haciendo todo lo posible para que nuestro pueblo crea en Jesucristo y viva con alegría las riquezas de los dones de Dios.

En nuestra sociedad hay realidades positivas que Dios, con su gracia y la acción del Espíritu Santo, hace crecer en los corazones de los hombres. Dios no deja nunca de actuar en el mundo para el bien de sus hijos y sana constantemente la vida de nuestra sociedad. La sensibilidad cultural actual tiene también aspectos positivos que preparan a las personas para el reconocimiento de Dios y la aceptación de la vida cristiana como un camino de verdadera salvación. La creciente valoración de la persona humana, el gusto por la libertad, la exaltación de la solidaridad, la experiencia de la unidad del género humano, la rebelión contra la injusticia y contra la intolerable pobreza de tantos millones de personas: estos valores, bien interpretados y orientados, pueden favorecer el descubrimiento del valor perenne y definitivo del evangelio de la salvación de Dios.

Por otra parte, la misma experiencia del mal que sufre el hombre cuando se aleja de Dios puede preparar una reacción de arrepentimiento y auténtica religiosidad. Tiene que llegar un día en que los que se fueron de la casa del Padre sientan la necesidad de levantarse y volver a encontrarse con el abrazo misericordioso del Dios de la salvación (Cf. Lc 15, 18). Nuestra gente está viendo cómo el abandono de Dios no trae más felicidad sino que aumenta el sufrimiento. La saturación de mundanidad despierta en muchos la necesidad de vivir otra cosa. Hay hastío, desencanto, confusos deseos de una vida mejor, más consistente, más limpia, más de acuerdo con los deseos profundos del corazón. Este sentimiento de insatisfacción y de protesta puede ser también un camino para el descubrimiento y la alegre acogida del mensaje del evangelio. La crisis ha hecho ver a muchos que la vida sin religión se deteriora sin remedio. Parece que en nuestra sociedad se despierta ya un deseo sincero de más justicia, más veracidad, más transparencia, más honradez y responsabilidad en el servicio al bien común. Hay motivos para pensar que la “regeneración democrática” de la que ahora se habla, termine despertando el deseo de una “regeneración moral” que podrá facilitar el redescubrimiento de la importancia antropológica y social de la religión, el gran valor cultural y humano de la fe cristiana, sincera y operante. Pero no percibimos todavía claros síntomas de vuelta a la valoración de la vida cristiana.

En cualquier caso, la verdadera razón y la motivación profunda de nuestra gozosa esperanza y de nuestra conversión misionera tiene que ser el amor a Dios, a Jesucristo y a nuestros hermanos. “*En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros*” (Jn 13,35). Con Jesús queremos estar junto a la gente para mostrarles el camino de la verdadera humanidad, del verdadero progreso, de la salvación plena y verdadera.

Para ello, necesitamos permanecer en la vigilante espera de la venida de Jesucristo, que nos ha prometido: “*Sí, vengo pronto*”; y perseverar en la incesante súplica: “*Amén. ¡Ven, Señor, Jesús!*” (Apc 22, 20).

María Inmaculada

María es la mujer que espera a Dios. Y es el modelo ideal para la Iglesia que en el Adviento espera la salvación de Dios.

El himno inicial de la carta a los Efesios nos ha presentado, en forma de oración de bendición, el designio salvador de Dios Padre por medio de Jesucristo para todos los hombres creados a su imagen y semejanza (cfr. Gn 1, 26). Dejamos resonar de nuevo el texto en los oídos para meditarlo y guardarlo en el corazón:

“Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos... En él, por su sangre, tenemos la redención, el perdón de los pecados”. (Ef 1, 1-7).

En este plan de salvación tiene un lugar especial la “*mujer*” destinada a ser la Madre del Redentor. Esta mujer es insinuada proféticamente en la promesa dada a nuestros primeros padres caídos en pecado, según el libro del Génesis (cf. 3,15). Y ella misma es la Virgen

que concebirá y dará a luz un Hijo cuyo nombre será Emmanuel, según las palabras de Isaías (cf. 7,14).

Por su parte, el profeta Natán había transmitido a David la promesa de Dios de asegurarle una dinastía real: *“Al que salga de tus entrañas le firmaré su reino... Tu casa y tu reino se mantendrán siempre firmes ante mi, tu trono durará para siempre”* (2 Sm 7, 12. 16). A David se le promete un hijo del que Dios mismo será padre; un hijo que será para siempre rey del pueblo de Israel. Aquí está el origen de la esperanza mesiánica de Israel, que ha alimentado a generaciones de creyentes y que ahora llega a su cumplimiento; muchos han aguardado esta venida del Mesías, pero especialmente el Israel espiritual, ese pequeño resto de pobres y humildes que confían sólo en el Señor y no cesan de invocar cada día la venida del Reino. Y es entre estos donde aparece el Mesías (cf. Lc 1, 5-2, 38) gracias a una mujer de Nazaret, María, la mujer creyente y humilde que espera a Dios, a la que el ángel anuncia el cumplimiento de la promesa. De este modo, el Antiguo Testamento ha preparado la plenitud del tiempo, en el que Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, para que recibiéramos la adopción filial (Cf. Gal 4, 4-6).

El pasaje evangélico de hoy nos presenta la concepción virginal del Mesías: el comienzo de la vida humana del Hijo eterno de Dios en el seno de María, que preludia su próximo nacimiento en carne humana.

El anuncio del ángel en Nazaret introduce a María en la realización del misterio de Cristo en la historia de Israel. Gabriel dice a María: *“Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”* (Lc 1,28). María *“se conturbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquel”* (Lc 1,29). Qué significarían aquellas extraordinarias palabras y, en concreto, la expresión *“llena de gracia”*.

En el lenguaje de la Biblia, “gracia” significa un don especial y libre de Dios mismo, que es amor (cf. 1 Jn 4,8). Fruto de este amor es la elección, de la que habla la Carta a los Efesios, que expresa la voluntad de salvar al hombre haciéndole participar en Cristo de la naturaleza divina (cf. 2 P 1,4). El fruto de esta gracia de la elección del hombre es la santidad de los elegidos.

Cuando el ángel llama a María “llena de gracia”, da a entender que ha recibido una bendición singular entre todas las “bendiciones espirituales en Cristo”. En el misterio de Cristo, María estaba presente ya antes de la creación del mundo como aquella que el Padre ha elegido para ser Madre de su Hijo. Y María es amada eternamente por el Padre en su Hijo Amado. Por la aceptación del anuncio, María ha sido confiada por Dios para siempre a la gracia del Espíritu Santo. Así, en las diversas etapas del plan salvador de Dios, María ha estado unida a Cristo de un modo totalmente especial y excepcional,

El himno de la carta a los Efesios ha proclamado que en Cristo, “*por su sangre, tenemos la redención, el perdón de los pecados*” (Ef 1,7). Esta gracia de la redención se ha realizado en María de un modo eminente. En virtud de los méritos del que sería su Hijo, María ha sido preservada de la herencia del pecado original. De esta manera, desde el primer instante de su existencia, es de Cristo; participa de la gracia santificante y del amor de Dios.

Esta significación especial de María en el plan de Dios viene confirmada por el saludo que le dirige su pariente Isabel, poco después de recibir el anuncio del ángel Gabriel. “*¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!*” (cf. Lc 1,42). Con este saludo se expresa que María es especialmente bendita en comparación con las restantes mujeres y que la razón de esta singular bendición es su condición de madre del Hijo bendito de Dios.

El mensajero divino continúa diciéndole: “*No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin*”. (Lc 1,30-32).

En este mensaje está muy definido el misterio y la misión del Mesías: Es hijo de María e Hijo de Dios; su misión está significada en el nombre Jesús, “*porque él salvará a su pueblo de sus pecados*” (Mt 1,21); es descendiente y heredero del reino de David.

María no muestra extrañeza ante este mensaje, ni pide explicación de su contenido, que era expresión de la fe y la esperanza de Israel. La

mujer llena de gracia, que espera al enviado de Dios, sabe reconocer que el ángel le propone ser la madre del Mesías. De hecho, María sólo pregunta por la forma en que esa misión va a realizarse: “¿Cómo será esto, pues no conozco varón?” (Lc 1, 34). Y recibe de Gabriel la explicación: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios” (Lc 1,35).

María acoge con humilde confianza la misión que el ángel le propone y da su libre consentimiento con estas palabras: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”(Lc 1, 38). Este “hágase en mí” de María ha decidido, desde el punto de vista humano, la realización del plan salvador de Dios. María se confió a Dios y “se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo” (LG 56).

María ha sido llamada por el ángel de forma implícita madre del Mesías rey; pero ella ha respondido confesando ser para el Señor únicamente su esclava, dispuesta a hacer siempre en su vida la voluntad de Dios. Y esta voluntad de Dios lleva consigo la renuncia a la propia voluntad, ya manifestada en su desposorio con José por amor, como preparación de una futura convivencia matrimonial según la ley de Dios. Pero la aceptación del plan de Dios representa un nuevo desposorio con el Espíritu Santo, que la consagra en plenitud y la reserva al servicio exclusivo al Hijo de Dios. María y José van a ser separados por el Espíritu Santo, que los consagra con su gracia para vivir un matrimonio virginal.

FELIZ LA QUE HA CREÍDO

Gabriel ha anunciado a María que también su pariente Isabel ha concebido un hijo en su ancianidad, como prueba de que para Dios nada hay imposible. Movida por este anuncio, María orienta con pres-teza sus pasos hacia “una ciudad de Judá” (Lc 1,39), situada entre las montañas, en donde viven Zacarías e Isabel.

“En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó de Espíritu Santo y, levantando la voz, exclamó: “¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?... Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá” (Lc 1, 43-45).

El saludo de Isabel y el saludo de Gabriel revelan la verdad sobre María, que ha llegado a tener un lugar tan singular en el misterio de Cristo precisamente porque “ha creído”. La plenitud de gracia, anunciada por el ángel, significa el don de Dios mismo; la fe de María, proclamada por Isabel, indica cómo la Virgen de Nazaret ha respondido a este don. María concibió a su Hijo en su mente y en su corazón por la fe antes de concebirlo en el seno.

Los discípulos de Jesús respiramos en este Adviento el mismo aire de una atmósfera social que muestra una profunda incapacidad de esperar en nada que trascienda los propios proyectos. *María nos mantiene en la certeza de que la espera del Señor es la única fundamental y decisiva.*

María ofreció espacio en su seno al hijo que sólo Dios podía dar. Y a nosotros nos alienta con su palabra, ejemplo e intercesión maternal a dejar espacio a la acción de Dios en nuestras vidas, haciendo realidad su lema: *Hágase en mí según tu palabra.*

María manifestó la plenitud de la gracia que llevaba en su seno con el servicio a Isabel. Ante las necesidades de los hermanos *nos sigue recordando que hagamos lo que Jesús nos dice (Cf. Jn 2,5): “Tuve hambre y me disteis de comer...fui forastero y me hospedasteis, estuve... enfermo y me visitasteis” (Mt 25, 35-36).*

María nos dio a su Hijo Jesús, el Evangelio vivo, para salvarnos de los pecados y hacernos hijos adoptivos de Dios (Cf. Gal 4, 4-6). Y acompañó a los primeros discípulos en la súplica de la venida del Espíritu Santo para la misión. Ahora convoca en torno a ella a la Iglesia de Salamanca, que celebra su Asamblea diocesana; e invoca con nosotros la venida del Espíritu Santo, cuya fuerza necesitamos para ser testigos auténticos de Jesucristo resucitado. (Cf. Hch 1, 8).

María ha hecho presente en el mundo para siempre al “Emmanuel”, el Dios con nosotros (cf. Is 7, 14; Mt 1, 22-23): *“nacido de la estirpe de David según la carne, constituido Hijo de Dios en poder según el Espíritu de santidad por la resurrección de entre los muertos: Jesucristo nuestro Señor”* (Ro 1, 3-4). Y este Hijo victorioso de la Virgen ha revestido la desnudez de Eva y de sus descendientes pecadores con el vestido de gloria de la mujer nueva, llena de gracia en su Concepción, María Inmaculada y Purísima: *“una mujer vestida del sol, y la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza”* (Ap 12, 1).

Hoy suplicamos a la Virgen Inmaculada que nos alcance de su Hijo la gracia de participar con ella de la plenitud de la gracia y de la santidad, de la felicidad de la fe y de la alegría de acoger el amor salvador de Dios y proclamar su misericordia a los humildes y hambrientos de generación en generación (Cf. Lc 1, 46- 55).

Navidad, misa de medianoche

El Salvador del mundo ha nacido en medio de las circunstancias ordinarias de la historia de su pueblo. Palestina está bajo el poder del emperador romano Augusto, que ha ordenado hacer un censo de todos los súbditos de su imperio, con el fin de asegurar la recaudación de los impuestos. María y José están sometidos a este censo y se ven obligados a trasladarse a Belén, la ciudad natal de David, porque José es de la casa y de la familia de David. Con esta referencia, el evangelista aplica a Jesús la promesa del Mesías, heredero del reino de David, como lo había anunciado ya el ángel Gabriel a María. Y esta promesa se cumple ya en su nacimiento en Belén.

María da a luz a su hijo primogénito cuando le llega el tiempo, según el curso de la naturaleza. No puede escoger el momento ni esperar a circunstancias más favorables. No cuenta con ninguna ayuda en su parto, y ella misma envuelve al niño en pañales y lo acuesta en

el pesebre del establo donde han tenido que pasar la noche. La vida de Jesús está marcada desde el principio por el signo de la pobreza. Y él dirá un día: “*Las zorras tienen madrigueras, y los pájaros del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza*” (Lc 9, 58).

En estas circunstancias ordinarias del nacimiento de un niño en la extrema pobreza se manifiesta precisamente la gloria del Señor. Su gloria envuelve de claridad a los pastores y su ángel les anuncia un mensaje de alegría: ha nacido para ellos y para todo el pueblo el Salvador, el Cristo, el Señor. El que ha venido al mundo tan pobremente es el Salvador de Israel y de todo el mundo. Dios ha querido salvarnos con la pobreza que manifiesta la riqueza de su amor; con la pobreza que le acerca y le identifica con la nuestra.

En todas las épocas han abundado los que se han presentado afirmando: “Yo soy el hombre justo. Yo conozco el camino. Yo implantaré la justicia. Yo haré que tengáis el paraíso. Vosotros sólo debéis escucharme y concederme todos los poderes. Yo haré todo lo demás”. Pero nosotros tenemos experiencia de que no nos salvan los poderosos del mundo; reconocemos que sólo hay un Salvador: es éste niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. Él es el Mesías largamente esperado, el Ungido del Señor, el definitivo Rey de Israel, dado por Dios. Él tiene sólo en su mano el poder liberador de la verdad y del amor de Dios. Y en su nacimiento se alaba la gloria de Dios y se proclama la paz para los hombres llamados a vivir en el amor y la justicia de Dios.

La Liturgia de la Palabra de esta Misa de Medianoche declara cumplida en el nacimiento de Jesús la profecía de Isaías: “*El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande*” (Is 9,1). Este anuncio nos conmueve el corazón porque expresa la realidad de nuestra existencia personal y lo que somos como pueblo en camino, entre tinieblas y luces. Y en esta noche, en medio de la oscuridad del mundo, se renueva el acontecimiento que siempre nos asombra y sorprende: el pueblo en camino ve una gran luz: Jesús, que viene a salvar al pueblo de sus pecados. Jesús, la luz del mundo, nos descubre el misterio de nuestro *caminar* como peregrinos capaces de *ver* todas las circunstancias de nuestra vida con la luz de la fe en él.

El caminar diario nos llama a situar el sentido de nuestra vida en el largo camino de la historia de la salvación, comenzando por Abrahán, nuestro padre en la fe, a quien el Señor llamó un día a salir de su pueblo para ir a la tierra que Él le indicaría. Desde entonces, nuestra identidad como creyentes es la de peregrinos hacia la tierra prometida que esperamos: “*la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo*”. El Señor acompaña y alienta siempre nuestra gozosa espera, porque es fiel a su alianza y a sus promesas. Y el mismo Jesucristo, “*la luz verdadera que alumbra a todo hombre*” (Jn 1,9), ilumina nuestro camino, en el que se alternan momentos de luz y de tiniebla, de fidelidad y de infidelidad, de obediencia y de rebelión, momentos de pueblo peregrino hacia su meta y momentos de pueblo errante, que no sabe a donde va.

Si amamos a Dios y a los hermanos, caminamos en la luz; pero si nuestro corazón se cierra, si prevalecen el orgullo, la mentira, la búsqueda del propio interés, entonces las tinieblas nos rodean por dentro y por fuera. “*Quien aborrece a su hermano –escribe el apóstol San Juan– está en las tinieblas, camina en las tinieblas, no sabe adónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos*” (1 Jn 2,11). Entonces dejamos de ser un pueblo peregrino y nos convertimos en un pueblo errante, sin rumbo..

En esta noche, iluminada por la luz de Belén, resuena también el anuncio gozoso del Apóstol: “*Ha aparecido la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres*” (Tt 2,11).

La gracia que ha aparecido en el mundo es Jesús, nacido de María Virgen, Dios y hombre verdadero, Hijo del Padre, “*lleno de gracia y de verdad*” (Jn 1,14). Jesús es el Amor hecho carne, que ha venido a habitar entre nosotros (cfr. Jn 1, 14), se ha integrado en nuestra historia y ha compartido nuestro camino. Es la vida y la luz de los hombres (cfr. Jn 1, 4.9) y ha venido a ofrecernos el “*poder de ser hijos de Dios*” (Jn 1, 12). Esta es la gracia de la salvación, que manifiesta el amor, la misericordia y la ternura del Padre. Jesús “*se entregó por nosotros para rescatarnos de toda maldad y para prepararse un pueblo purificado, dedicado a las buenas obras*” (Tt 2,14). Y él mismo nos llama hoy a acoger la ternura del Padre que nos ama y espera con paciente misericordia.

Los pastores fueron los primeros que recibieron el anuncio del nacimiento de Jesús, vieron el Amor de Dios hecho carne de un niño y contemplaron su gloria. Fueron los primeros porque eran de los últimos, de los marginados. Y fueron los primeros porque estaban en vela aquella noche, guardando su rebaño. Nosotros reconocemos que es nuestra condición de peregrinos estar en vela y, en esta noche de gracia y salvación, nos quedamos con los pastores ante el Niño en silencio. Con ellos damos gracias al Señor por habernos dado a Jesús; y con ellos, desde dentro de nuestro corazón, damos gloria y alabanza a Dios por su fidelidad: Te alabamos, Señor, Dios Altísimo, que te has despojado de tu rango por nosotros. Tú eres inmenso, y te has hecho pequeño; eres rico, y te has hecho pobre; eres omnipotente, y te has hecho débil. Te has hecho carne humana para darnos tu espíritu divino.

Y en esta Noche nos quedamos también en silencio con María y José; llenos de admiración conservamos este Misterio y lo meditamos en nuestro corazón (cfr. Lc 2, 19). Así podremos compartir la alegría del Evangelio. Dios nos ama, nos ama tanto que nos ha dado a su Hijo como nuestro hermano y Salvador, como luz para nuestras tinieblas y fuente de gracia y de verdad. Hoy acogemos como dicho a nosotros lo anunciado a los pastores: “*No temáis, os traigo... una gran alegría*” (Lc 2,10). Y como los pastores nos sentimos llamados a anunciar lo que hemos visto y oído de aquel niño, lo que hemos celebrado. Lo anunciamos confesando la fe en Jesús ante quienes no le conocen, le ignoran conscientemente o, incluso, le combaten a él y persiguen a sus discípulos. Y somos sus testigos con las obras de amor, de servicio y de entrega de nuestros bienes a los más necesitados. Así somos para los más pobres testigos de la ternura de Dios que acogemos en la fiesta del nacimiento de su Hijo.

Navidad, misa del día

“En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo”.

Esta declaración de la Carta a los Hebreos sitúa el misterio del nacimiento de Jesucristo, Hijo de Dios e hijo de María, en la etapa final del diálogo de salvación mantenido por Dios con el hombre desde el principio de su historia. Y en esta declaración se revela el misterio de Dios. No es un ser encerrado en sí mismo. Es Amor que se da como vida a todos los seres creados por él, en especial al hombre, en el que ha puesto su misma imagen. Es Amor que se da a conocer de forma incesante y progresiva al hombre y le llama a la comunión de vida con él, en un diálogo incesante de misericordia, ternura y consoladora esperanza. Dios es Palabra, es Comunicación de la Verdad y la Luz que son reflejos de su Bondad. Dios se ha revelado como Padre que dialoga con amor con sus hijos, que busca la respuesta libre del amor de sus hijos. ¿Y cual ha sido la respuesta?

El profeta Isaías confiesa la hermosura de su misión de mensajero de la Buena Noticia de liberación que Dios le encarga anunciar a la Jerusalén cautiva en Babilonia. Con toda su fuerza de vigía de Dios grita: *“¡Despierta, despierta, vístete de tu fuerza, Sión, vístete el traje de gala, Jerusalén, santa ciudad!... Sacúdete el polvo, ponte en pie, Jerusalén cautiva, desata las correas de tu cuello. (Is 52, 1-2).* E invita a aclamar la venida del Señor a su ciudad elegida, diciendo: *“Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, que el Señor consuela a su pueblo, rescata a Jerusalén”.* El fundamento de este gozoso y consolador anuncio es que el Señor vuelve a Sión, para reinar en ella: *“¡Tu Dios reina!” (Is 52, 7).*

Este anuncio de salvación se ha cumplido de forma definitiva en el nacimiento de Jesús, el Mesías, el Señor, que viene a salvar a los hombres de sus pecados. El nacimiento del Hijo de Dios ha hecho posible ver cara a cara al Señor que viene a habitar en su casa y con los suyos. Y la fiesta de la Navidad nos ofrece el consuelo de Dios y nos hace experimentar la alegría de comprobar que Dios se muestra cercano a

nosotros, más aún, se hace presente en medio de nosotros en un niño de nuestra misma carne. Se hace presente y suscita ternura, porque manifiesta su propia ternura de Padre con el nacimiento de su Hijo en Belén.

El anuncio de Isaías: “*Tu Dios es rey*”, es decir, “Ya reina tu Dios”, se hace realidad también en el nacimiento de Jesús. El reino de Dios llega con el nacimiento de Jesús; y se manifiesta de una manera sorprendente, pues el niño que nace en la mayor pobreza no tiene apariencia de rey. Sin embargo, el reino de Dios comienza realmente así. La transformación de la condición humana, la transformación del mundo comienza con el nacimiento de Jesús, que nos hace cambiar nuestras perspectivas por completo, para introducirnos en las perspectivas del reino de Dios, que garantiza el verdadero reino del hombre y el respeto de su dignidad y sus derechos.

La Carta a los Hebreos nos ayuda a comprender que el niño nacido en Belén es el Hijo de Dios, por el que nos habla su Palabra definitiva. El niño de Belén nos habla ya con su presencia del amor de Dios y del proyecto de salvación que Dios le envía a realizar. La realización completa de este proyecto nos ha dado a conocer que este niño nacido de María en la más extrema pobreza es reflejo de la gloria de Dios e “*impronta de su ser*”, porque *es el Hijo unigénito de Dios*. Por medio de él ha ido realizando Dios “*las edades del mundo*” y “*él sostiene el universo con su palabra poderosa*”. ¡Qué sorprendente misterio! Este niño indefenso, que ni siquiera tiene la capacidad de hablar, es, en realidad, la persona que sostiene todo el mundo con el poder de su palabra. A este niño, que viene a realizar la purificación de los pecados, le adoran ya en Belén todos los ángeles como Hijo primogénito de Dios.

El prólogo del Evangelio de Juan nos presenta al niño nacido de María como el Hijo único del Padre, Palabra eterna y creadora de Dios, origen de la vida y fuente de la luz de los hombres, que “*se hizo carne y acampó entre nosotros*”. Pero el texto indica igualmente que “*el mundo no la conoció. Vino a su casa y los suyos no la recibieron*”.

El apóstol Pablo describe con lucidez en la carta a los Romanos algunas formas de aquel rechazo de Dios y sus consecuencias. Su diagnóstico no carece de actualidad cuando denuncia la impiedad “*de los*

hombres, que tienen la verdad prisionera de la injusticia... Pues lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son perceptibles para la inteligencia a partir de la creación del mundo a través de sus obras; de modo que son inexcusables, pues, ...no lo glorificaron como Dios ni le dieron gracias; todo lo contrario, se ofuscaron en sus razonamientos, de tal modo que su corazón insensato quedó envuelto en tinieblas. Alardeando de sabios, resultaron ser necios... Por lo cual Dios los entregó a las apetencias de su corazón, a una impureza tal que degradaron sus propios cuerpos; es decir, cambiaron la verdad de Dios por la mentira, adorando y dando culto a la criatura y no al Creador... Por eso Dios los entregó a pasiones vergonzosas... cambiaron las relaciones naturales por otras contrarias a la naturaleza... Y como no juzgaron conveniente prestar reconocimiento a Dios, los entregó Dios a su mente insensata, para que hicieran lo que no conviene, llenos de toda clase de injusticia, maldad, codicia” (Ro 1, 18-29).

Frente a esta situación de desconocimiento de Dios, el prólogo del cuarto evangelio termina reafirmando que el Hijo unigénito de Dios es quien nos ha dado a conocer a su Padre. Conociendo al hombre Jesús, contemplándolo en sus palabras y en sus acciones, y siguiéndolo desde su nacimiento hasta su muerte en la cruz, hemos conocido a Dios. El mismo Jesús nos aseguró que quien le ha visto a él, ha visto al Padre (cf Jn 14, 9). Y a cuantos reciben con fe la Palabra hecha carne “*les da poder para ser hijos de Dios*”, renaciendo del agua y del Espíritu (Jn 3,5).

De esta manera, y desde la propia experiencia de la vida nueva en su Hijo Jesús, Dios nos ha dado a conocer el misterio de nuestra vida. En Jesús, Dios da a conocer al hombre lo que es el hombre. Por ello pudo decir Jesús: “*yo soy la verdad*”, “*yo soy la luz del mundo*”. Quienes creemos en él estamos en la luz y somos su luz.

Los que, en esta celebración del Nacimiento del Hijo de Dios en carne humana, confesamos haber conocido el amor de Dios y creer en él, tenemos que acreditarlo con alegría. Y debemos hacerlo especialmente con la ayuda generosa a las personas y familias que por falta de trabajo están en dramática situación de necesidad. E igualmente con el testimonio de la fe y del amor ante quienes todavía no han reconocido que “*la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo*” (Jn 1, 17).

NOMBRAMIENTOS 2014

Fecha	Nombre	Apellidos	Cargos nuevos	Categoría	Cargos Antiguos	Sustituye a	Reside en
13/01/2014	José Vicente	Gómez Gómez	Párroco de la Santísima Trinidad y la Sagrada Familia, en la ciudad de Salamanca	Párroco	por el tiempo de seis años	Bernardo Corral Velasco (falleció)	Salamanca
17/01/2014	José Luis	Rivera García	Hermano Mayor de la Hermandad de Nuestro Padre Jesús Flagelado, de Salamanca	Hermano Mayor	por el tiempo determinado en los Estatutos	Renovación	Salamanca
21/01/2014	José Ángel	Pérez Ciudad	Hermano Mayor de la Hermandad de Nuestro Padre Jesús del Perdón	Hermano Mayor	por el tiempo de tres años	Renovación	Salamanca
21/01/2014	Santiago	Velázquez Criado	Hermano Mayor de la Seráfica Hermandad de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Agonia		por el tiempo de tres años	Renovación	Salamanca
28/01/2014	Domingo	Martín Vicente	Capellán de la Residencia de Mayores USERA, de las Religiosas del Armador de Dios, de Salamanca	Capellán			Salamanca
28/01/2014	Domingo	Martín Vicente	Confesor Ordinario de las Hermanitas de los Pobres, de Salamanca	Confesor Ordinario			Salamanca
28/01/2014	Francisco Javier	García Santos	Notario, Actuario Adjunto del Tribunal Eclesiástico	Notario Actuario			Villar de Peralonso
28/01/2014	José Luis	Ullán Martín, S.J.	Director Diocesano del Apostolado de la Oración	Director Diocesano	por el tiempo de cuatro años	Renovación	Salamanca

Fecha	Nombre	Apellidos	Cargos nuevos	Categoría	Cargos Antiguos	Sustituye a	Reside en
20/02/2014	Cristina	Andújar López	Miembro de la Comisión Diocesana para los Centenarios de Santa Teresa	Miembro de la Comisión			
20/02/2014	Emiliarno	Fernández Vallina	Miembro de la Comisión Diocesana para los Centenarios de Santa Teresa	Miembro de la Comisión			
20/02/2014	Florentino	Gutiérrez Sánchez	Presidente y Coordinador de la Comisión Diocesana para los Centenarios de Santa Teresa de Jesús	Presidente y Coordinador			Salamanca
20/02/2014	Francisco	García Martínez	Miembro de la Comisión Diocesana para los Centenarios de Santa Teresa	Miembro de la Comisión			
20/02/2014	Gonzalo	Escamilla Romero	Miembro de la Comisión Diocesana para los Centenarios de Santa Teresa	Miembro de la Comisión			Alba de Tormes
20/02/2014	Hna. Mariola	Iglesias Díez	Miembro de la Comisión Diocesana para los Centenarios de Santa Teresa	Miembro de la Comisión			
20/02/2014	Hna. María José	Mariño Pérez	Miembro de la Comisión Diocesana para los Centenarios de Santa Teresa	Miembro de la Comisión			
20/02/2014	Jesús	Vicente Sánchez	Miembro de la Comisión Diocesana para los Centenarios de Santa Teresa	Miembro de la Comisión			
20/02/2014	Lauren	Sevillano Arroyo	Miembro de la Comisión Diocesana para los Centenarios de Santa Teresa	Miembro de la Comisión			

Fecha	Nombre	Apellidos	Cargos nuevos	Categoría	Cargos Antiguos	Sustituye a	Reside en
20/02/2014	Luis Enrique	Rodríguez Sampedro	Miembro de la Comisión Diocesana para los Centenarios de Santa Teresa	Miembro de la Comisión			
20/02/2014	M. María Sonsoles	Gutiérrez Robledo	Miembro de la Comisión Diocesana para los Centenarios de Santa Teresa	Miembro de la Comisión			
20/02/2014	P. Francisco	Martín Tejedor	Miembro de la Comisión Diocesana para los Centenarios de Santa Teresa	Miembro de la Comisión			Alba de Tormes
20/02/2014	P. Matías	Tejerina Espeso	Miembro de la Comisión Diocesana para los Centenarios de Santa Teresa	Miembro de la Comisión			
20/02/2014	Polycapo	Díaz Díaz	Delegado de Pastoral Universitaria. Comisión Diocesana para los Centenarios de Santa Teresa	Delegado de Pastoral Universitaria			
15/05/2014	José Antonio	De los Hoyos Hoyos, OP	Facultad de ejercer el Ministerio Sacerdotal y oír confesiones en el territorio de la Diócesis de Salamanca, durante el tiempo de su legítima residencia en el Convento de San Esteban, en Salamanca				Salamanca

Fecha	Nombre	Apellidos	Cargos nuevos	Categoría	Cargos Antiguos	Sustituye a	Reside en
15/05/2014	Juan José	Baldini Campanella, OP	Facultad de ejercer el Ministerio Sacerdotal y oír confesiones en el territorio de la Diócesis de Salamanca, durante el tiempo de su legítima residencia en el Convento de San Esteban, en Salamanca				Salamanca
15/05/2014	Marciano	Sánchez Rodríguez	Título “ Emérito” de Canónigo Doctoral	Canónigo “Emérito” de la Catedral			Salamanca
15/05/2014	Octavio Ramón	Sánchez Ureña, OP	Facultad de ejercer el Ministerio Sacerdotal y oír confesiones en el territorio de la Diócesis de Salamanca, durante el tiempo de su legítima residencia en el Convento de San Esteban, en Salamanca				Salamanca
20/05/2014	Marciano	Sánchez Rodríguez	Acceptada la renuncia por el Sr: Obispo a su oficio de Vicario Judicial de la Diócesis de Salamanca	Vicario Judicial “Emérito” de la Diócesis			Salamanca
21/05/2014	Casimiro	Muñoz Martín	Vicario Judicial de la Diócesis de Salamanca, por el tiempo de cinco años	Vicario Judicial		D. Marciano Sánchez Rodríguez	Salamanca

Fecha	Nombre	Apellidos	Cargos nuevos	Categoría	Cargos Antiguos	Sustituye a	Reside en
21/05/2014	Juan José	Calles Garzón	Arcipreste del Arciprestazgo de Santa Teresa en la ciudad de Salamanca, por el tiempo de 5 años	Arcipreste		Jesús Humberto Jiménez Benito	Salamanca
22/05/2014	Anastasio	Fariza Burrienza	Miembro Elegido Consejo Presbiteral. Arciprestazgo 11. Penaranda de Bracamonte	Miembro Elegido			Cantalpino
22/05/2014	Andrés	González Buenadicha	Miembro Elegido Consejo Presbiteral. Arciprestazgo 10. Guijuelo	Miembro Elegido			Guijuelo
22/05/2014	Andrés	Pinto Barbero	Miembro Elegido Consejo Presbiteral. Arciprestazgo 06. Sta. Teresa de Jesús-Alba de Tormes	Miembro Elegido			Valdecarros
22/05/2014	Casimiro	Muñoz Martín	Miembro Nato Consejo Presbiteral. Vicario Judicial. Durante cinco años	Miembro Nato			Salamanca
22/05/2014	Emilio	Vicente de Paz	Miembro de libre designación episcopal. Delegado de Liturgia. Durante 5 años	Miembro Libre Designación Episcopal			Ledesma
22/05/2014	Eusebio	Gómez Navarro	Miembro de libre designación episcopal. Prior de los Carmelitas Descalzos	Miembro Libre Designación Episcopal			Salamanca
22/05/2014	Fernando	García Herrero	Miembro Elegido Consejo Presbiteral. Arciprestazgo 01, S. Juan de Sahagún. Durante cinco años	Miembro Elegido			Salamanca

Fecha	Nombre	Apellidos	Cargos nuevos	Categoría	Cargos Antiguos	Sustituye a	Reside en
22/05/2014	Florentino	Gutiérrez Sánchez	Miembro Nato Consejo Presbiteral. Vicario General. Durante cinco años	Miembro Nato			Salamanca
22/05/2014	Francisco Javier	García Santos	Miembro Elegido Consejo Presbiteral. Arciprestazgo 05, Vitigudino-Ledesma	Miembro Elegido			Villar de Peralonso
22/05/2014	Fructuoso	Mangas Ramos	Miembro de libre designación episcopal.	Miembro Libre Designación Episcopal			Salamanca
22/05/2014	Isidoro	Crespo Panadero	Miembro Elegido Consejo Presbiteral. Arciprestazgo 12. Ntra. Sra. de la Peña de Francia	Miembro Elegido			Rinconada de la Sierra
22/05/2014	Javier	Alonso Talegón	Miembro Elegido Consejo Presbiteral. Arciprestazgo 08. Robliza	Miembro Elegido			Doñinos
22/05/2014	Jesús	Terradillos García	Miembro Nato Consejo Presbiteral. Presidente del Cabildo de la Catedral. Durante cinco años	Miembro Nato			Salamanca
22/05/2014	Jesús humberto	Jiménez Benito	Miembro Elegido Consejo Presbiteral. Arciprestazgo 02, Santa Teresa de Jesús	Miembro Elegido			Salamanca
22/05/2014	José Joaquín	Tapia Pérez	Miembro Elegido Consejo Presbiteral. Arciprestazgo 03, Ntra. Sra. de la Vega, durante 5 años	Miembro Elegido			Salamanca

Fecha	Nombre	Apellidos	Cargos nuevos	Categoría	Cargos Antiguos	Sustituye a	Reside en
22/05/2014	José Luis	Sánchez Moyano	Miembro Elegido Consejo Presbiteral. Arciprestazgo 04, S. Pedro Apóstol, durante 5 años	Miembro Elegido			Salamanca
22/05/2014	José Vicente	Gómez Gómez	Miembro Nato Consejo Presbiteral. Rector del Seminario. Durante cinco años	Miembro Nato			Salamanca
22/05/2014	Juan José	Calles Garzón	Miembro de libre designación episcopal. Delegado de Pastoral Universitaria. Durante 5 años	Miembro Libre Designación Episcopal			Salamanca
22/05/2014	Manuel	Muños Amoedo	Miembro Elegido Consejo Presbiteral. Arciprestazgo 09. Calvarrasa-Las Villas	Miembro Elegido			Santa Marta de Tormes
22/05/2014	Miguel	Martín Yuste	Miembro Elegido Consejo Presbiteral. Arciprestazgo 07. La Armuña	Miembro Elegido			Almenara
22/05/2014	Polcarpo	Díaz Díaz	Miembro de libre designación episcopal. Delegado de Pastoral universitaria. Durante 5 años	Miembro Libre Designación Episcopal			Salamanca
22/05/2014	Ricardo	De Luis Carballada	Miembro de libre designación episcopal. Prior de San Esteban	Miembro Libre Designación Episcopal			Salamanca
22/05/2014	Tomás	Durán Sánchez	Miembro Nato Consejo Presbiteral. Vicario Pastoral. Durante cinco años	Miembro Nato			Salamanca
23/05/2014	Andrés	González Buenadicha	Miembro del Colegio de Consultores, durante 5 años	Miembro C. Consultores			Guijuelo

Fecha	Nombre	Apellidos	Cargos nuevos	Categoría	Cargos Antiguos	Sustituye a	Reside en
23/05/2014	Casimiro	Muñoz Martín	Miembro del Colegio de Consultores, durante 5 años	Miembro C.C.Consultores			Salamanca
23/05/2014	Fernando	García Herrero	Miembro del Colegio de Consultores, durante 5 años	Miembro C.C.Consultores			Salamanca
23/05/2014	Florentino	Gutiérrez Sánchez	Miembro del Colegio de Consultores, durante 5 años	Miembro C.C.Consultores			Salamanca
23/05/2014	Fructuoso	Mangas Ramos	Miembro del Colegio de Consultores, durante 5 años	Miembro C.C.Consultores			Salamanca
23/05/2014	José Joaquín	Tapia Pérez	Miembro del Colegio de Consultores, durante 5 años	Miembro C.C.Consultores			Salamanca
23/05/2014	Manuel	Muñoz Amoedo	Miembro del Colegio de Consultores, durante 5 años	Miembro C.C.Consultores			Santa Marta de Tormes
23/05/2014	Miguel	Martín Yuste	Miembro del Colegio de Consultores, durante 5 años	Miembro C.C.Consultores			Almenara
23/05/2014	Tomás	Durán Sánchez	Miembro del Colegio de Consultores, durante 5 años	Miembro C.C.Consultores			Salamanca
15/06/2014	Andrés	González Buenadicha	Delegado Diocesano de Pastoral Juvenil	Delegado Diocesano		Tomás Durán Sánchez	Guijuelo
15/06/2014	Antonio	Matilla Matilla	Párroco de la Unidad Pastoral constituida por las Parroquias de La Purísima, San Sebastián y San Martín	Párroco		Fructuoso Mangas Ramos y a José Manuel Hernández Sánchez	Salamanca
15/06/2014	Enrique	Gómez-Puig Gómez, S.J.	Vicario Parroquial del Milagro de San José de Salamanca	Vicario Parroquial		Gerardo Villar Maciñeiras, S.J.	Salamanca

Fecha	Nombre	Apellidos	Cargos nuevos	Categoría	Cargos Antiguos	Sustituye a	Reside en
15/06/2014	José Ángel	Ávila Hernández	Delegado Diocesano de Pastoral Vocacional	Delegado Diocesano		José Vicente Gómez Gómez	Salamanca
15/06/2014	José Ángel	Ávila Hernández	Rector del Seminario Diocesano	Rector del Seminario		José Vicente Gómez Gómez	Salamanca
15/06/2014	José María	Miñambres García	Párroco de El Carmen	Párroco		Juan Díez Miguel y Argimiro García Sánchez	Salamanca
15/06/2014	Polcarpo	Díaz Díaz	Párroco de la Unidad Pastoral constituida por las Parroquias de La Purísima, San Sebastián y San Martín	Párroco		Fructuoso Mangas Ramos y a José Manuel Hernández Sánchez	Salamanca
24/06/2014	Manuel	Villanueva de la Cruz, O. S.J.	Administrador Parroquial de Escorial de la Sierra, Rinconada de la Sierra, Navarredonda de la Rinconada, Tejeda y Segoyuela, Barbalos y Hondura	Administrador Parroquial		Isidoro Crespo Panadero	Linares de Riofrío
24/06/2014	Marcos	Trujillo Reaño, O.S.J.	Administrador Parroquial de Horeajo de Montemayor, Colmenar de Montemayor, Pinedas, Aldeacipreste, Valbuena, Valdehijaderos, Montemayor del Río, Lagumilla y Valdelegeve	Administrador Parroquial		Pedro Calama Barés	Linares de Riofrío

Fecha	Nombre	Apellidos	Cargos nuevos	Categoría	Cargos Antiguos	Sustituye a	Reside en
24/06/2014	Pablo	Loarte Mauricio, O.S.J.	Administrador Parroquial de San Miguel de Valero, Valero, San Esteban de la Sierra, Santibáñez de la Sierra y El Tornadizo	Administrador Parroquial		Jesús Manuel Monforte Vidarte	Linares de Riofrío
28/06/2014	José Vicente	Gómez Gómez	Capellán de la Hermandad del Cristo del Amor y de la Paz	Capellán		Bernardo Corral Velasco (falleció)	Salamanca
05/08/2014	Francisco Javier	García Santos	Promotor de Justicia adjunto y Defensor del Vínculo adjunto del Tribunal Eclesiástico	Promotor J y Def. Vínculo		Nuevo	Villar de Peralonso
05/08/2014	Isidoro	Crespo Panadero	Notario Actuario adjunto del Tribunal Eclesiástico	Notario Actuario Adjunto		Nuevo	Rinconada de la Sierra
05/08/2014	Isidoro	Crespo Panadero	Notario Mayor Adjunto de la Curia Diocesana	Notario Mayor Adjunto		Nuevo	Rinconada de la Sierra
05/08/2014	Isidoro	Crespo Panadero	Párroco de Miranda de Azán, Mozárbez, San Pedro de Rozados y Santo Tomé de Rozados, por el tiempo de seis años	Párroco		Pablo Lamamié de Clairac y Palarea	Rinconada de la Sierra
25/09/2014	Carlos	Vicente Hernández	Presidente de la Hermandad Jesús Amigo de los Niños	Presidente		Javier Domínguez Flores	Salamanca
25/09/2014	Ezequiel	Barbero Bellido	Confesor Ordinario del Monasterio de Santa Clara	Confesor Ordinario	Renovación		Salamanca
02/10/2014	Miguel Ángel	García Sánchez	Delegado Diocesano de Pastoral de la Salud	Delegado Diocesano		Jesús García Rodríguez	Salamanca

Fecha	Nombre	Apellidos	Cargos nuevos	Categoría	Cargos Antiguos	Sustituye a	Reside en
14/10/2014	Esteban	Díaz Merchán – Operario	Administrador Parroquial de Mogarraz, San Martín del Castañar, Las Casas del Conde y Cereceda de la Sierra	Administrador Parroquial		Arturo Fraile Rodríguez	Salamanca
14/10/2014	Juan José	Sánchez Pérez- OSA	Administrador Parroquial de Fresno Alhándiga, Encinas de Arriba, Sieteglesias de Tormes y Torrejón de Alba	Administrador Parroquial		Ángel Sánchez González	Salamanca
17/10/2014	Ángel Teodoro	García García	Administrador Parroquial de Valdelamatanza	Administrador Parroquial		Ambrosio Duque Barroso	Aldeanueva del Camino (Cáceres)
23/10/2014	Emilio	Vicente de Paz	Presidente del Patronato de la “Fundación Hospital de San José”, en Ledesma	Presidente del Patronato		Casimiro Muñoz Martín	Ledesma
29/10/2014	Álvaro	Gómez Gómez	Hermandad de Jesús Despojado de sus Vestiduras y María Santísima de la Caridad y del Consuelo	Hermano Mayor	Renovación		Salamanca
01/12/2014	Pedro Jesús	Martín Hernández	Hermano Mayor de la Congregación de Jesús Rescatado y Nuestra Señora de las Angustias	Hermano Mayor	Nuevo	Renovación	Salamanca
22/12/2014	Justa	Hernández Gómez	Presidenta de la Fraternidad Cristiana de Personas con Discapacidad de Salamanca	Presidenta		Manuel Egido Sánchez	

ORDENACIONES 2014

Fecha	Nombre	Apellidos	Ordenación	Diocesano o no	Obispo ordenante	Lugar	Hora
19/03/2014	Rafael Manuel	Chichaba	Diácono	Mariannahill	D. Carlos López Hernández	Ntra. Sra. de Fátima	19,30 h
05/07/2014	Edgardo	Banegas Bardales	Diaconado	Sacerdotes Operarios Diocesanos	D. Juan José Pineda Fásquelle, Obispo auxiliar de la Arquidiócesis	San Pablo	

SACERDOTES FALLECIDOS 2014

Fecha	Nombre	Apellidos	Lugar de fallecimiento	Observaciones	funeral y entierro
09/01/2014	Bernardo	Corral Velasco	Salamanca	Párroco de la Parroquia de La Santísima Trinidad de Salamanca	Funeral en la parroquia de La Sagrada Familia de Salamanca
30/01/2014	Timoteo	Hernández Sánchez	Hervás	Adscrito a la parroquia de San Pablo	Funeral en Hervás, funeral oficiado por el Sr. Obispo de Coria-Cáceres
04/12/2014	Sebastián	González García	Salamanca (Residencia Calatrava)	Último destino en Getafe, anteriormente en Salamanca en la Iglesia de Fátima, También estuvo en Paraguay	Funeral en Calatrava y entierro en Aldearrubia
05/12/2014	Francisco	Hernández Chico	Salamanca (Residencia Calatrava)	Incardinado en la diócesis de Madrid	Funeral en Calatrava y entierro en Lumbrales

Conferencia Episcopal Española

DEFENDER LA VIDA HUMANA ES TAREA DE TODOS

Nota de la CCXXXIII Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española

1. Ante el debate abierto con motivo de la retirada por parte del Gobierno del «Anteproyecto de Ley para la protección de la vida del concebido y de los derechos de la mujer embarazada», la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española desea de nuevo hacer oír su voz. La vida humana es sagrada e inviolable y ha de protegerse desde la concepción hasta su fin natural. En esa defensa ocupan un lugar privilegiado los más débiles: aquellos que habiendo sido ya concebidos no han nacido todavía. La ciencia prueba que desde el momento de la concepción hay un nuevo ser humano, único e irrepetible, distinto de los padres.

2. No se puede construir una sociedad democrática, libre, justa y pacífica, si no se defienden y respetan los derechos de todos los seres humanos fundamentados en su dignidad inalienable y, especialmente, el derecho a la vida, que es el principal de todos.

3. Proteger y defender la vida humana es tarea de todos, principalmente de los Gobiernos. España sigue siendo, por desgracia, una triste excepción, al llegar incluso a considerar el aborto como un “derecho”. En este sentido es especialmente grave la responsabilidad de quienes, habiendo incluido entre sus compromisos políticos la promesa de una ley que aminoraba algo la desprotección de la vida humana naciente que existe en la vigente normativa del aborto, han renunciado a seguir adelante con ello en aras de supuestos cálculos políticos. Hay bienes, como el de la vida humana, que son innegociables.

4. Es cierto que la existencia humana no está libre de dificultades. La Iglesia conoce bien los sufrimientos y carencias de muchas personas a las que se esfuerza en ayudar en todo el mundo con el ejercicio de la caridad, que es el distintivo de los discípulos de Jesús (cfr. Jn 13, 35), del que dan testimonio tantas personas e instituciones eclesiales. Pero, también es verdad que, como nos advierte el Papa Francisco, aún hemos de hacer más “para acompañar adecuadamente a las mujeres que se encuentran en situaciones muy duras, donde el aborto se les presenta como una rápida solución a sus profundas angustias” (EG, 214). En ello están empeñadas muchas asociaciones eclesiales y civiles, a las que queremos apoyar al tiempo que pedimos a las Administraciones públicas un esfuerzo más generoso en políticas eficaces de ayuda a la mujer gestante y a las familias.

5. Por otro lado, no es momento, por difícil que pueda parecer, para la desesperanza y el desencanto democrático ante reveses legislativos. Al contrario, son numerosos los voluntarios y las organizaciones de apoyo a la vida, promoción de la mujer y de solidaridad con los más necesitados de la sociedad, quienes nos animan a seguir adelante, extendiendo la civilización del amor y la cultura de la vida, y a abrazar sin condición a todos, especialmente a los que más sufren, como son los más pobres, los inmigrantes, los parados, los sin techo, los enfermos y todos aquellos, en definitiva, que se encuentran en las periferias sociales y existenciales. Y por supuesto, acompañar sin descanso a las madres embarazadas para que, ante cualquier dificultad, no opten por la «solución» de la muerte y elijan siempre el camino de la vida, que es el de la realización más plena de la verdadera libertad y progreso humano. Oremos para que así sea con la ayuda de Dios. Madrid 1 de octubre de 2014.

Santa Sede

Litterae Decretales Benedictus PP XVI

SERVUS SERVORUM DEI AD PERPETUAM REI MEMORIAM

“Debemos ser todas para todas siguiendo a Jesús, que olvida su condición y su rango de Dios y se hace pequeño como los hombres porque vino a servirlos y no a ser servido por ellos”.

Cuando Bonifacia Rodríguez de Castro dirige estas palabras a su comunidad de Salamanca se estaba retratando a sí misma sin ella saberlo. A su vida de continuo servicio se le pueden aplicar las palabras del Señor: “El que quiera servirme, que me siga y donde yo esté, allí también estará mi servidor” (Jn 12, 26).

Nace en Salamanca (España) el 6 de junio de 1837 en el humilde taller de un sastre. Aprende en su adolescencia el oficio de cordonera, con el que comienza a ganarse la vida a los 15 años. Muy devota de san José y de la Inmaculada Concepción, crea con un grupo de amigas la Asociación Josefina en su propio taller, que se convierte en un centro de prevención de la mujer trabajadora.

Funda en Salamanca con Francisco Javier Butinyà i Hospital, jesuita catalán, la Congregación de Siervas de san José el 10 de enero de 1874. Se trataba de un novedoso proyecto de vida religiosa femenina, inserto en el mundo del trabajo, que miraba a la mujer trabajadora pobre en los comienzos de la revolución industrial española. En sus Casas-Talleres de Nazaret

las Siervas de san José les ofrecían trabajo para preservarlas de los peligros que corría su dignidad al trabajar fuera de casa. Fallece en Zamora (España) el 8 de agosto de 1905 muy querida de todos y venerada como santa.

La Beata Bonifacia Rodríguez de Castro es testigo de grandes valores evangélicos:

Vive el mandamiento del Señor con toda generosidad, haciendo del amor fraterno su sello de identidad y del amor a los pobres su primordial dedicación. Dotada de extraordinario sentido evangélico, distingue los caminos de Dios y los humanos, optando libre y claramente por los primeros sin vacilación alguna, con total resolución y seguridad, sin titubeos, a lo largo de toda la vida.

Dios es para ella un padre amoroso y providente, en el que vive abandonada “llena de fe y confianza”. Esta fe y confianza en Dios se alimentan de oración intensa y la hacen resistente y fuerte en las contrariedades. Perdona y olvida humillaciones, calumnias e injusticias, sigue de cerca los pasos de Jesús y deja que su silencio y perdón le sellen los labios, y se convierten en luminoso y heroico ejemplo de humildad. Nunca se le oye la menor queja, considerándose dichosa de poder imitar el silencio de Jesús y su caridad en perdonar a los que lo crucificaron.

Madre y maestra de mujeres trabajadoras, ellas son “las niñas de sus ojos”, les da por entero la vida pues, por defender la prevención de la mujer pobre sin trabajo como genuina misión del Instituto, padece persecuciones y rechazos. Sabe sufrir con la madurez de quien lo espera todo de Dios, “siempre igual, tranquila y bondadosa” y “no se preocupaba más que en agradar a Dios en todas las cosas”.

Su aporte específico a la espiritualidad de la Iglesia es el seguimiento de Jesús en los años de Nazaret, hermanando la oración con el trabajo en la sencillez de la vida cotidiana. “Hermanar oración y trabajo” intenta actualizar para el mundo del trabajo del siglo XIX el “buscar y hallar a Dios en todas las cosas” de san Ignacio. El aspecto central de su misión se orienta a la mujer trabajadora pobre en situación de riesgo, generando espacios de vida y trabajo en los que la vivencia de Nazaret se convierte en un medio de evangelización y promoción que le permite ver reconocida su dignidad.

El Proceso Ordinario Informativo comienza en Zamora en 1954 y concluye en 1962. La Investigación Histórica Diocesana se instruye en

1995 y el Decreto sobre la validez del Proceso y de la Investigación se otorga el 2 de febrero de 1996. Siguiendo los pasos establecidos en el Derecho, en presencia del Beato Juan Pablo II se promulga el Decreto *super virtutibus* el 1 de julio de 2000 y el Decreto *super miraculo* el 20 de diciembre de 2002, celebrando él mismo la ceremonia de beatificación el 9 de noviembre de 2003 en la Plaza de San Pedro. Con vistas a la canonización, la curación de Kasongo Bavon fue considerada científicamente inexplicable en la Consulta Médica de la Congregación de los Santos el 2 de julio de 2009 y considerada milagrosa y atribuida a la intercesión de Bonifacia Rodríguez en el Congreso Peculiar de los Teólogos el 30 de octubre del mismo año, lo que fue decidido por los Padres Cardenales y Obispos en la Congregación Ordinaria del 16 de marzo de 2010. NOS mismo hemos autorizado la promulgación del Decreto *super miraculo* el 27 de marzo de 2010 y en el Consistorio del 21 de febrero de 2011 hemos decidido la canonización de la Beata Bonifacia Rodríguez de Castro, presidiendo el solemne Rito el 23 de octubre de 2011 en la Plaza de san Pedro del Vaticano.

Hoy, pues, en la solemnidad de la misa celebrada en la Plaza de San Pedro, proclamamos estas palabras:

Para honor de la Santísima Trinidad, exaltación de la fe católica y crecimiento de la vida cristiana, con la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, de los santos Apóstoles Pedro y Pablo y la Nuestra, tras madura reflexión y después de haber pedido frecuentemente la ayuda divina y el parecer de muchos de Nuestros Hermanos en el Episcopado, proclamamos y designamos santos a los Beatos Guido María Conforti, Luis Guanella y Bonifacia Rodríguez de Castro y los inscribimos en el Catálogo de los Santos, estableciendo que en toda la Iglesia sean reconocidos como Santos.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Esto que decretamos, queremos que sea válido y firme ahora y en el futuro, sin que obste nada en contra.

Dado en Roma, junto a San Pedro, bajo el anillo del Pescador, día veintitrés del mes de octubre del año del Señor dos mil once, séptimo de Nuestro Pontificado.

Ego, Benedictus
Catholicae Ecclesiae Episcopus
Marcellus Rossetti, protonot. apost.

Carta apostólica en forma de «motu proprio»

FIDELIS DISPENSATOR ET PRUDENS DEL SUMO PONTÍFICE FRANCISCO PARA LA CONSTITUCIÓN DE UNA NUEVA ESTRUCTURA DE COORDINACIÓN DE LOS ASUNTOS ECONÓMICOS Y ADMINISTRATIVOS DE LA SANTA SEDE Y DEL ESTADO DE LA CIUDAD DEL VATICANO

Fidelis dispensator et prudens (Lc 12,42)

Del mismo modo que el administrador fiel y prudente tiene la tarea de cuidar con esmero cuanto le ha sido confiado, así la Iglesia es consciente de la responsabilidad que tiene de salvaguardar y gestionar diligentemente sus propios bienes, a la luz de su misión evangelizadora y con particular solicitud hacia los necesitados. Especialmente, la gestión económica y financiera de la Santa Sede está íntimamente relacionada con su misión específica, no sólo al servicio del ministerio universal del Santo Padre, sino también del bien común, en aras del desarrollo integral de la persona humana.

Después de haber considerado atentamente los resultados del trabajo de la Comisión referente de la organización de la estructura económico-administrativa de la Santa Sede (cf. Quirógrafo del 18 de julio de 2013), tras haber consultado al Consejo de Cardenales para la reforma de la Constitución apostólica Pastor Bonus y al Consejo de Cardenales para el estudio de los problemas organizativos y económicos de la Santa Sede, con esta Carta apostólica en forma de *Motu proprio* establezco cuanto sigue:

CONSEJO DE ASUNTOS ECONÓMICOS

1. Queda instituido el Consejo de asuntos económicos, con la tarea de supervisar la gestión económica y vigilar las estructuras y actividades administrativas y financieras de los Dicasterios de la Curia Romana, de las Instituciones relacionadas con la Santa Sede y del Estado de la Ciudad del Vaticano.

2. El Consejo de asuntos económicos está compuesto por quince miembros, ocho de los cuales son elegidos entre Cardenales y Obispos, de modo tal que quede reflejada la universalidad de la Iglesia, y siete, expertos laicos de diversas nacionalidades, con competencia financiera y de reconocida profesionalidad.

3. El Consejo de asuntos económicos está presidido por un Cardenal Coordinador.

SECRETARÍA DE ASUNTOS ECONÓMICOS

4. Queda instituida la Secretaría de asuntos económicos, como Dicasterio de la Curia Romana según la Constitución apostólica *Pastor Bonus*.

5. Teniendo en cuenta las indicaciones del Consejo de asuntos económicos, la Secretaría responde directamente ante el Santo Padre y lleva a cabo el control económico y la vigilancia de los Entes detallados en el punto 1, así como las políticas y los procedimientos relativos a las adquisiciones y a la adecuada distribución de recursos humanos, respetando las competencias propias de cada Ente. La competencia de la Secretaría se extiende, por tanto, a todo lo relacionado con el ámbito económico.

6. La Secretaría de asuntos económicos está presidida por un Cardenal Prefecto, que colabora con el Secretario de Estado. Un Prelado Secretario General tiene la tarea de ayudar al Cardenal Prefecto.

AUDITOR GENERAL

7. El Auditor General es nombrado por el Santo Padre y tiene la tarea de realizar la revisión contable (*audit*) de los Entes indicados en el punto 1.

LOS ESTATUTOS

8. El Cardenal Prefecto es responsable de la redacción de los Estatutos definitivos del Consejo de asuntos económicos y de la Oficina

del Auditor General. Los Estatutos serán presentados *quam primum* a la aprobación del Santo Padre.

Dispongo que cuanto queda establecido entre en vigor de manera inmediata, plena y estable, abrogando todas las disposiciones incompatibles, y que la presente Carta apostólica en forma de *Motu proprio* sea publicada en “L’Osservatore Romano” del 24-25 de febrero de 2014 y posteriormente en *Acta Apostolicae Sedis*.

Roma, junto a San Pedro, 24 de febrero de 2014, primer año de mi Pontificado.

Francisco

Noticias

Bodas de oro sacerdotales (ordenados en 1964)

Benito Martín, Ángel
Delgado Hernández, Francisco
Hernández Clavero, Manuel
Hernández García, Félix
Labajos Alonso, José
Martín Flores, Aureliano
Martín Martín, Joaquín Juan
Martínez Alegría, Evaristo. Reparador
Romo Pedraz, Antonio
Ruano Vacas, Miguel
López García, Pedro. S.D.B.
Pombo Suárez, Manuel. O.F.M.

Bodas de plata sacerdotales (ordenados en 1989)

Jiménez Benito, Jesús Humberto
Martín Figuero, Luis. O.P.
Martínez Juan, Manuel Ángel. O.P.

Declaraciones a favor de la Iglesia

ASIGNACIÓN TRIBUTARIA 2012

- 9 millones de contribuyentes asignaron a favor de la Iglesia Católica Declaraciones a favor de la Iglesia: 7.339.102.
- Del total de las declaraciones presentadas el 34,87% marcaron la casilla de la Iglesia, un 0,04% más que el año pasado.
- Desde el 2006 el número de declaraciones con asignación a la Iglesia católica ha aumentado en 833.379

La persecución a los cristianos aumentó en 2014

Cien millones de cristianos son perseguidos en el mundo a causa de su fe, y este fenómeno está en aumento. Son las conclusiones del informe anual de la ONG Open Doors, que detalla los 50 países donde hay más persecución religiosa, entendida ésta en un sentido más amplio que otros estudios. En 2014, 4.344 cristianos fueron asesinados por su fe, más del doble que en 2013. Por 13º año consecutivo, a la cabeza de esta triste lista está Corea del Norte, donde 70.000 cristianos están en prisión. Le siguen Somalia, Iraq, Siria y Afganistán. Sudán y Eritrea vuelven a los diez primeros puestos, donde también está Nigeria por primera vez. En 40 de los 50 países estudiados, la persecución se debe al Islam, que es también la causa de que África sea el continente –y Kenia el país– donde la persecución aumenta más rápido. La libertad religiosa de los cristianos también sufre limitaciones severas en China y la India, donde se concentra el 40% de la población mundial

